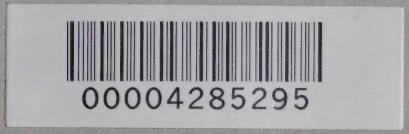
SHOUT IT
SHARE

Wilson Annex
RC 343
.R252
v.2

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

Wilson Annex
RC343
.R252
v.2


00004285295

This book is due at the WALTER R. DAVIS LIBRARY on the last date stamped under "Date Due." If not on hold it may be renewed by bringing it to the library.

DATE DUE	RET.	DATE DUE	RET.
NOV 13 1996			
NOV 24 96			
MAY 04 2004			
CANCELLED			
AUG 31 2004			

Form No. 513
Rev. 1/84

JOSE MARIA RAMOS MEJIA

OBRAS COMPLETAS

V

LAS NEUROSIS

DE LOS

HOMBRES CÉLEBRES

EN LA

HISTORIA ARGENTINA

PROLOGO DEL Dr. FRANCISCO DE VEYGA

PRECEDIDO DE UNA INTRODUCCION

POR EL DOCTOR D. VICENTE FIDEL LOPEZ

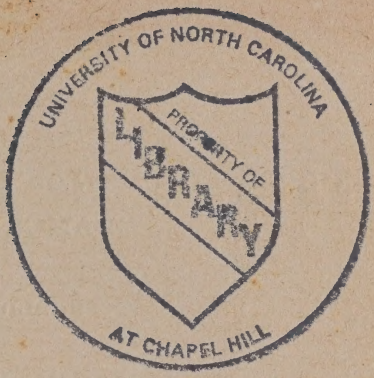
REIMPRESIÓN DE LA EDICION ORIGINAL

II

Buenos Aires
EDITORIAL CIENTÍFICA Y LITERARIA ARGENTINA
ATANASIO MARTÍNEZ
Oficinas: Rivadavia 1255

1927

Wilson Annex
RC343
.R252
v.2



LAS NEUROSIS CELEBRES

II

OBRAS COMPLETAS DEL Dr. JOSE MARIA RAMOS MEJIA

PUBLICADAS

Tomos I, II y III. ROSAS Y SU TIEMPO. Prólogo del Dr. David Peña. III edición. Ilustrada con 47 grabados. 1927.

„ IV y V. LAS NEUROSIS DE LOS HOMBRES CELEBRES EN LA HISTORIA DE LA REPUBLICA ARGENTINA. II edición con un prólogo del Dr. Francisco de Veyga. 1927.

„ VI y VII. LA LOCURA EN LA HISTORIA. Contribución al estudio psicopatológico del fanatismo religioso y sus persecuciones. II edición con una introducción de Paul Groussac y un juicio académico sobre las obras histórico-sociológicas del autor, por el Dr. Antonio Dellepiane. 1927.

JOSE MARIA RAMOS MEJIA

OBRAS COMPLETAS

V

LAS NEUROSIS

DE LOS

HOMBRES CÉLEBRES

EN LA

HISTORIA ARGENTINA

PROLOGO DEL Dr. FRANCISCO DE VEYGA

PRECEDIDO DE UNA INTRODUCCION

POR EL DOCTOR D. VICENTE FIDEL LOPEZ

SEGUNDA EDICION

II

ROSAS Y SU EPOCA

Buenos Aires
EDITORIAL CIENTÍFICA Y LITERARIA ARGENTINA
ATANASIO MARTÍNEZ
Oficinas: Rivadavia 1255

1927

EDICIONES DE LA
EDITORIAL CIENTIFICA Y LITERARIA ARGENTINA

MACHADO. Dr. José Olegario. — Exposición y comentario del Código Civil Argentino, 1922, 11 tomos.

OBARRIO. Dr. Manuel. — Curso de Derecho Comercial. Edición puesta al día por los doctores Wilmart y Adrián Beccar Varela, 1925, 3 tomos, en impresión el tomo IV.

LEVENE. Dr. Ricardo. — Historia de la Revolución de Mayo y Mariano Moreno. Segunda edición ampliada por el autor. Con reproducción en fotograbados, de firmas, documentos y carátulas de impresos. Obra que ha obtenido el "Primer premio del Concurso Nacional de 1921" y el premio "*Raza*" de la Real Academia de la Historia de Madrid en 1925, 3 tomos.

ESTRADA. José Manuel. — Lecciones de Historia Argentina. Prólogo del Dr. Carlos Ibarguren, 3ª edición, 1925, 2 tomos.

GARCIA MEDINA. Vicente. — Disparates no usuales pero usados por escritores de postin: Ricardo Monner Sans, Leopoldo Lugones, Ricardo Rojas. Crítica literaria, 1924, 1 tomo.

GONZALEZ. Dr. Joaquín V. — Mis montañas, 1925, 1 tomo.

OBARRIO - MALAGARRIGA. Dres. Manuel y Carlos C. — Estudio sobre las quiebras. Nueva edición puesta al día, 1926, 2 tomos.

MALAGARRIGA. Dr. Carlos C. — Derecho Comercial. Nueva edición, 1926, 2 tomos.

ESTRADA. José Manuel. — Curso de Derecho Constitucional. II edición, 3 tomos, 1927.

RAMOS MEJIA. — Rosas y su tiempo. Prólogo del Dr. David Peña. Tercera edición, 3 tomos ilustrados con 47 grabados, 1927.

DEL VALLE. Aristóbulo. — Nociones de Derecho Constitucional (Historia Constitucional de la República Argentina), 1927.

RAMOS MEJIA. José María. — Las neurosis de los hombres célebres en la historia de la República Argentina, II edición con un prólogo del Dr. Francisco de Veyga, 2 tomos, 1927.

RAMOS MEJIA. José María. — La locura en la historia. II edición con una introducción de Paul Groussac y un juicio académico sobre las obras del autor por el Dr. Antonio Dellepiane, 2 tomos, 1927.

Talleres Gráficos A. Contreras, Avda. de Mayo 1357

SEGUNDA PARTE

LA MELANCOLIA DEL DICTADOR FRANCIA
EL ALCOHOLISMO DEL FRAILE ALDAO
EL HISTERISMO DE MONTEAGUDO
EL DELIRIO DE LAS PERSECUCIONES DEL ALMIRANTE BROWN
LAS PEQUEÑAS NEUROSIS

LA MELANCOLIA

DEL

DICTADOR FRANCIA

9775- 226

CAPITULO 1

SUMARIO.—Juicios sobre el dictador emitidos por diversos autores Rengger y Longchamp, Moreau de Tours etc. etc.—Los padres de Francia.—Su orígen y antecedentes.—La niñez.—Primeros síntomas de locura.—Incidentes íntimos.—D. Martín Arámburu.—En la Universidad de Córdoba.—Influencia de la educación que recibió allí, sobre su enfermedad.—Qué era la Universidad de Córdoba y cómo pudo influir de una manera tan poderosa.—El Colegio de Monserrat.—Opinión de Funes.—Influencia de la educación en el desarrollo de los trastornos mentales.—Cómo iba acentuándose su melancolía.—Síntomas avanzados.—Episodios de su vida de colegial.—Contextura moral de los educandos de Loreto y Monserrat.—Sus entretenimientos.—Otros síntomas.

BIBLIOGRAFIA. — GUISLAIN. — Lecciones orales &. — RENGGER y LONGCHAMP. — *Historia de la Revolución del Paraguay.* — ROBERTSON. — *Cartas sobre el Paraguay.* — TARDIEU. — *La Folie.* — GRATIOLET. — *De la Fisonomía.* — RAMON GIL NAVARRO. — *Veinte años en un calabozo o la desgraciada historia de veinte argentinos envejecidos en los calabozos del Paraguay.* — VOGT. — *Lettres physiologiques.* — FOURNIER. — (*E.*) *Psychologie.* — TERAN y PEREIRA GAMBA. — *Compendio de Historia y Geografía del Paraguay.* — DAGRON. — *Des Alienés.* — W. C. ELLIS. — *Traité de l'alienation mentale.* — MOLAS. — *Descripción histórica de la antigua provincia del Paraguay.* — HOFMANN. — *Elements de medecine legale.* — DUMERSAY. — *Histoire phisique, economique, &. &. du Paraguay.* — MOREAU DE TOURS. — *Psycologie morbide.* — JACOUD. — *Patología interna.* — *Apuntes de los S. S. Machain y Loizaga.* — ROBERTSON. — *Cartas sobre el reinado del Terror bajo*

la dictadura de Francia. — FALRET. — *Maladies mentales.* — LEGRAND DU SAULLE. — *Traité de Medecine legale.* — LUYS. — *Tratado de las enfermedades mentales.* — FUNES. — *Ensayo de la Historia Civil del Paraguay.* — MITRE. — *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina.* — DU GRATY. — *La República del Paraguay.* — BARROS ARANA. — *Compendio de la Historia de América.* — F. PAGE. — *La Plata, the argentine confederation and Paraguay.* — ARCOS. — *La Plata.*

La generalidad de los autores que han escrito sobre la dictadura de Francia, hablan de las proverbiales singularidades de su carácter. Desde Rengger y Longchamp que hicieron un libro reputadísimo, hasta las últimas biografías de los diccionarios europeos, todos están de acuerdo sobre este punto, para cuya confirmación basta, por otra parte, un conocimiento superficial de su vida. El mismo Moreau de Tours cuyo chispeante libro hemos citado tantas veces en el curso de este trabajo, consagra con la autoridad irrefutable de su palabra, esa afirmación de los alienistas *dilettantis,* digámoslo así: "Una enfermedad terrible, la locura, dice el autor citado, ha hecho muchas víctimas entre los suyos. A veces en medio de accesos repetidos de hipocondría, su razón parecia turbarse, y se había notado que el viento del Norte siempre caliente y húmedo cuya influencia es una causa activa de malestar para las personas nerviosas, agriaba su carácter hasta el más alto grado".

Francia, pues, por consagración universal, pertenecia, como dice Paul de Saint-Victor, hablando de Nerón, al alienismo histórico, una ciencia a crearse, y en cuyos cua-

dros figuraria la mayor parte de los malos Césares (1). No se si me equivoco, pero creo que ninguno es más digno que él de que esta moderna tendencia de los estudios morales, que algún día formará una rama importante de la psicología positiva, le consagre su atención tratando de investigar cuales fueron las secretas influencias que produjeron su enorme desequilibrio moral.

Francia o França como él pretendia, buscando en la adulteración de su apellido una prueba de su supuesto orígen francés, era hijo de un brasileño que había venido al Paraguay llamado por el gobernador Jaime Sanjust, cuando la corte de Madrid quiso hacer competencia a Portugal, introduciendo en su colonia la fabricación del tabaco negro (2) García França era un mameluco, paulista de orígen oscuro y de conducta equívoca; mitad aventurero y vagabundo que sentó sus reales en la Asunción con la esperanza fundadísima de levantar con el contrabando del tabaco una fortuna fácil. Allí contrajo matrimonio con una criolla de buena clase y de nombre muy conocido (3); de la cual, algunos años después de nacer nuestro héroe (1757), se separó, regresando de nuevo al Brasil, a continuar su ágil y holgada vida de aventurero, ya que las pingües fortunas que había soñado sólo alcanzaron para comprar una casa en la ciudad y una chacra que fué más tarde el refugio melancólico y el único patrimonio de su

(1) Paul de Saint-Victor.

(2) Histoire Phisique, etc., etc., du Paraguay par A. Dumarsay.

(3) Del documento que insertamos en el Apéndice resulta que la madre de Francia era de una de las principales familias del Paraguay. Pero segun informes de otra fuente que tengo, era una mujer vulgar y de orígen completamente oscuro.

primogénito. Pocos años después regresó de nuevo al Paraguay, en donde murió a una edad avanzada. Ni había estado en Francia jamás, ni su tipo menudo y restringido, ni su color aceitunado y bilioso, revelaban que por sus venas corriera una sola gota de sangre francesa, según en sus delirios de grandezas napoleónicas se lo imaginaba su hijo.

Cuando el niño se hizo hombre, lo tomó bajo su paternal protección un comerciante español llamado Martín Aramburu (1) y gracias a sus infinitas bondades y a las repetidas dádivas de que fué objeto por mucho tiempo, pudo ingresar a la Universidad de Córdoba a donde, según sus propias palabras, lo empujaban a estudiar la carrera eclesiástica.

No conocemos los primeros años de su adolescencia que se pierden en la oscuridad de su orígen mismo, y que probablemente se deslizaron en la inalterable quietud de su aldea, en la eterna y soñadora molicie de esos climas cálidos, que dan mayor sensibilidad a los sentidos, despiertan la fantasía con su exuberante lujuria, y hacen germinar con precipitación peligrosa la semilla que en las naturalezas predispuestas produce la enajenación. No es extraño que ese niño vagabundo y desamparado por su propio padre, en la edad en que el cerebro se deja modelar dócilmente por las mil influencias que lo acechan, haya principiado entonces a sentir los primeros síntomas de su enfermedad; todos esos temores inciertos y oscuros que asaltan la imaginación precipitándola en el tedio insoportable, en los vagos y tristes anhelos con que se inicia la

(1) Datos suministrados por el Sr. Machain.

pálida *madre de las sombras*. Lo único que recuerdan los contemporáneos y que la tradición ha trasmitido con cierta repugnancia supersticiosa, es que aquel bruto, ya medio envenenado por sus propios vicios morales, tuvo a la edad de veinte años un fuerte altercado con su padre, en el cual reveló toda la fría y enorme ferocidad de su carácter símio y bestial. Tomáronse ambos en palabras, y como su padre le increpara acremente ciertos procederes poco limpios, Francia levantó su mano y lo abofeteó despiadadamente; lo abofeteó sin que mediaran ímpetus y exaltaciones justificables; fríamente impulsado por esa maligna obsesión que mueve la mano de un parricida.

En este incidente hay todavía algo más cruel para la especie humana. Muchos años después, moribundo el pobre viejo, lo mandó llamar con el deseo vehemente de reconciliarse. Desea salvar su alma, — le decian, tentando la única grieta por donde parecia entrar luz a aquella naturaleza proterva — ciertos escrúpulos implacables lo empujan a solicitar esta entrevista suprema. *¡Y a mí qué me importa de ese viejo; que se lleve el diablo su alma!* — fué toda su contestación. *The old man died almost raving and calling for his son José Gaspar* dice Robertson refiriendo este episodio que hace temblar la pluma. (1)

Cuando fué a Córdoba tendría veinticinco años proximamente, y no llevaba otro caudal de ilustración que el que había podido recoger en aquellos colegios cuyos maestros, según el juicioso autor del *"ensayo de la Historia civil del Paraguay"* difundian la corrupción de ideas que les era familiar. Enredado entre los lazos de Aristóteles

(1) Cartas sobre el Paraguay por J. P. y V. P. Robertson tomo II pág. 297.

y las trabas pegajosas de la escolástica colonial, entre las cuales el alma grande de Maciel sufrió crueles angustias, según se ha dicho, terminó sus estudios y se graduó en la Facultad de Teología. Sólo conocia el derecho por los preceptos del Decálogo, la teologa de Goti y la filosofía de Dupasquier; libros en voga entre las eruditas falanjes del Claustro Universitario, y en cuyas páginas escritas con ese estilo inflexible con que Berigard de Piza escribió su *Liber trium verborum,* había causas suficientes para enloquecer al cerebro más bien templado.

Si es cierto, como lo es, que la educación intelectual defectuosa, agregada a causas de otro orden más poderoso, encierra gérmenes infinitos de perturbaciones mentales, la que recibió Francia en el Paraguay y particularmente en Córdoba, debió influir en el desarrollo ulterior de sus extraordinarias anomalías.

Cuatro años de teología revelada deben ser para el espíritu, algo como la gravitación de un tumor semejante a una montaña, y si a esto se agrega la masticación casi diaria de las *Eneadas de Plotin* y del *Proslogium* hiperemiante de San Anselmo; si se agrega el extravío que causaria en aquellas pobres cabezas la idea de que terminando ese suplicio irían a *refrescar* la inteligencia adormecida por el estilo tenebroso de sus textos herméticos, en la deglución obligada de alguna rapsodia filosófica llena de congestiones cerebrales, se tendrá una idea vaga de lo que era en aquel tiempo y la influencia que podría tener aquella educación lóbrega y estéril como sus claustros. Eran larvas de locuras incurables, algo como cuerpos extraños angulosos y ásperos que se echaban dentro del cráneo indefenso de estos pobres filósofos, y que les estaban pinchando,

oprimiendo, irritando el cerebro, si cerebro les quedaba después de cuatro mortales años de abstinencias y flagelaciones intelectuales inícuas. La *gótica pagoda* de Monserrat que agobiaba el espíritu con el peso de su beca encarnada, era la que con éxito no menos maravilloso formaba las más firmes columnas de aquel oscurantismo exótico, que el clima y la localidad misma con el horizonte sobre los ojos, hacía más pesado. Porque Córdoba por su situación extraña, recibe *la luz* más tarde que las otras ciudades colocadas sobre los valles y las altiplanicies.

Monserrat era un recurso, porque en sus rígidos encierros y en su disciplina presidiaria, en la áspera misantropía de los maestros y en aquellas lecturas místicas verificadas por sus discípulos escuálidos y huraños en medio de un silencio profundo y desolado, fué donde pretendieron encontrar el *gran magisterio* que les permitiera hacer las trasmutaciones tan deseadas por una política que gobernaba con la sombra y el fuego, y educaba con el silicio y la penitencia. No había otro recurso: o permanecer oscuro en la aldea dejando que la inteligencia se atrofiara en su inercia soñolienta; o caer en las aguas de aquel lago turbio en donde circulaban revueltas las añejas ideas de Aristóteles con bárbaros comentos de los árabes (1).

Para aquellos venerables astrólogos de las letras, la lógica era el arte del sofisma, y la física convertida en el "estudio infructuoso de accidentes y cualidades ocultas, que nada tenian que ver con el conocimiento de los fenómenos naturales" más bien que una ciencia exacta, era la continuación estéril de los ensueños inocentes de Arnaldo de Villanueva. La teología envuelta también en las redes de la escolástica "corría cenagosa, apartada de sus fuentes

(1) JUAN M. GUTIERREZ. Vida del Dr. D. Juan B. Maciel.

puras, por el campo de las sutilezas y de las disputas frívolas a que daba lugar el espíritu de facción, introducido en las escuelas monásticas que declinaban ya" (1). Después de todo esto y de haber torturado su inteligencia con la absorción lenta de la *Pars prima,* de la *Prima secondae* y de la *Tertia pars* quedaban como sumidos en el estado intelectual deplorable en que quedan los fueguinos embrutecidos por la repetición de sus orgías estomacales, esperando que la ansiada digestión levantara el peso que gravitaba sobre sus cráneos inermes.

Una vez terminados sus estudios, o se envolvían en el ancho sayal continuando la vida áspera del monasterio o salian al mundo, como Francia, inválidos del cerebro, cuando no palpitaba en su corazón el *empuje innovador* del Deán Funes, el temple de Baltasar Maciel o la ambición saludable, el vigor de espíritu de los que lograron eliminar el veneno que se bebía alli hasta en el aire de sus claustros lóbregos y desamparados.

Tenía, pues, que ser necesariamente nociva esa vida de eterna masturbación intelectual, aquel constante vagar del entendimiento oprimido por el grillete que lo amarraba al nebuloso sistema del Peripato o al viejo pergamino apolillado y venerado en los éxtasis excesivos; aquella densa tiniebla que envolvía las cabezas, y que nacida de adentro de los cráneos angustiados de Salamanca, fué, sin un relámpago de luz, difundiéndose por toda la América, donde sólo era permitido el comercio embrutecedor de los autores que según la jerga peculiar de sus prosélitos, *simbolizaban con las verdades reveladas.*

(1) JUAN M. GUTIERREZ. Vida del Dr. D. Juan B. Maciel.

El clero — decia el inolvidable Dr. Gutiérrez — mantenia una red tendida por toda la superficie del mundo católico y sus hilos se extremecían a la aparición de un talento precoz, apoderándose inmediatamente de él. Pero Francia, aunque tenía talento, era demasiado huraño y misántropo para que pudiera sostener con la angusta resignación necesaria el peso de una tonsura muda y estéril como su alma. Asi es que huyó cuando pudo, del colegio de Monserrat, adonde habia ido desterrado, para ingresar a la Universidad a terminar sus estudios.

La vida sombría y monacal de Córdoba, su educación primera y una indudable predisposición nativa, habían ya desarrollado, aunque en tonos vagos, la oscura Melancolía que después lo hizo célebre. El jóven teólogo vivía extraño a todo y a todos, sustraído por completo al contacto diario de los compañeros y de los amigos cuyas francas y cordiales afecciones no necesitaba su corazón áspero y ya medio tibio. Un escaño casi perdido en la penumbra y en cuyo duro respaldo gravó su nombre, le servía de asiento o mejor dicho de refugio, porque allí se ocultaba a las miradas curiosas de sus compañeros que principiaban a preocuparse y a sentirse impresionados por su carácter tan torvo y anguloso.

A medida que su concentración melancólica aumentaba, iba perdiendo su rostro aquella vivacidad ingenua que en la plenitud de la vida palpita en los rostros jóvenes, y su cuerpo espigado y flexible como un junco, esas posiciones francas y amplias, signos habituales de un bienestar inconmovible y de una confianza sincera y despreocupada. Iba gradualmente dibujándose en toda su persona la marcha paulatina que seguía la enfermedad. El hábito de estar en

acecho habíale hecho adquirir a sus ojos la movilidad nerviosa y medio convulsiva, tan peculiar de los melancólicos y de los felinos, cuyas oscilaciones furtivas de cabeza, moviéndose siempre temerosa y desconfiada, le daban con ellos cierta sensible analogía.

Además de estos rasgos corporales que son, diré asi, la firma visible que escribe en la frente la dolencia íntima, sus padecimientos habían adquirido ya en este tiempo ciertos signos característicos. Su estado habitual de sombría tristeza, de fría repulsión, mezclado a un sentimiento de disgusto por todas las cosas humanas, se acentuaba profundamente en los prolongados encierros a que se condenaba él mismo en las celdas mal aireadas de Monserrat. La opresión incómoda que trae este malestar, la sensación tan característica de un peso enorme que gravita sobre el pecho, sólo se aliviaba y aún a veces desaparecía, en sus largos paseos por la ciudad. Y esto que tanto llamaba la atención de la persona que con cierto supersticioso asombro me comunicaba el fenómeno, se explica fácilmente recordando la curiosa observación del autor de *La Fisonomía*: de que el tedio y el aburrimiento vienen con mayor facilidad en los lugares en donde el aire no se renueva, que en las montañas o en las orillas del mar, allí donde circule profusamente y en grandes masas. De aqui la necesidad imperiosa de tomar aire, que sentia después de algunos días de reclusión mortal y de aburrimiento enfermizo, y que lo obligaban a estirar su largo pescuezo de expectro como dice Poe. El tedio es, en un cerebro enfermo como alguien lo ha establecido ya, un principio de congestión pasiva y de asfixia y asi se concibe que todas las causas que puedan directa o simpáticamente disminuir los movimien-

tos respiratorios, un canto lento y monótono por ejemplo, lo soliciten irremisiblemente. (1)

Todas esas peculiaridades extrañas con que se dió a conocer entonces, y que son expresiones legítimas de una misantropía que puede y debe considerarse sólo como el período prodrómico de su grave enfermedad posterior, le valieron de parte de sus propios compañeros el apodo apropiadísimo de el *gato negro*. Y debieron ser agudas las uñas de aquel teólogo felino, porque en una contienda de colegio, hirió gravemente a uno de sus condiscípulos, con un cortaplumas cuyo filo había preparado de antemano, rumiando a cuenta, digámoslo así, la íntima satisfacción que experimentaría al ver saltar la sangre de su inofensivo compañero.

Estos procedimientos ejecutivos eran usuales en aquel ya funestísimo hombre, educado como el fraile Aldao y otros neurópatas, bajo la férula teologal de la famosa Universidad y destinado como él por no se qué singular coincidencia a vestir hábitos de mansedumbre.

Con motivo de una penitencia impuesta por uno de sus profesores, y que en su humor agrio y destemplado consideró sumamente ofensiva, concibió una venganza cuya ejecución meditada y saboreada con perfidia bizantina, refleja de una manera perfecta toda la doblez de su carácter atrabiliario y peligrosísimo. Para el mejor éxito de la empresa empezó por simular un noble olvido, un sincero y cariñoso apego al profesor cuya confianza ganó de un modo admirablemente ruin y calculado; y después de examinar, comentar y madurar durante dos largos años todos

(1) GRATIOLET. "La Fisonomía".

sus planes, eligió aquel que le pareció más seguro. El dormitorio del profesor estaba debajo del suyo, y como habia estudiado con la minuciosidad que requería el caso la ubicación de la cama y de todos los muebles de la víctima, fijó en el piso de su cuarto el punto preciso que correspondía a la cabecera. En los ratos en que el pobre clérigo salía a sus ocupaciones habituales, Francia trabajaba pacientemente, sacando ladrillo por ladrillo hasta que el agujero le permitiera ampliamente la introducción de la mano. Hecho esto, se procuró un fusil, probó su exactitud disparando tiros en una supuesta cacería, y una noche que supuso al catedrático sumido en las beatitudes voluptuosas de su profundo sueño, metió el arma por el agujero y la descargó con rabia sobre su cráneo. El golpe, sin embargo, a pesar de tanta precaución se había frustrado. Para felicidad suya la inocente víctima no se encontraba en la cama. Esta circunstancia produjo en Francia el primer acceso de esa amarga odiosidad que toda su vida profesó a los clérigos.

¿No se ve en estas minuciosidades pavorosas, toda la aridez melancólica y tranquilamente bravía de su alma?

Otro episodio del mismo género: Un compañero de cuarto vió sobre la cama de Francia tres o cuatro duraznos, y se los comió dejando los carozos sobre su mesa de noche. Cuando aquel entró guardolos sin decir una palabra y todo pasó sin más ruido. Pasaron los días, las semanas y pasaron también los meses, cuando en una tarde al cerrar la puerta de la letrina, sintió el muchacho, que de afuera la empujaban violentamente y que se presentaba Francia *egaré,* con una pistola en la mano! — Cómete estos tres carozos o te mato aquí mismo — y le presentaba

tres carozos puntiagudos y llenos de escabrosidades. El pobre colegial vacila. Francia levanta el arma a la altura de la cara y cierra un ojo apuntando. La víctima estira la mano resignada porque el *gato negro* es insensible a las súplicas, y aquellos ojos magnéticos producían vértigos, mil terrores supersticiosos, y se echa el carozo a la boca... lo detiene en el borde de las fauces, lo pasea sobre la lengua haciendo tiempo y valor, lo pega contra el carrillo, lo vuelve asomar a las fauces sin atreverse a tragarlo... — ¡Trágalo! le dice Francia y como empujado por la palabra misma, el carozo se desliza por la garganta escribiendo en aquella pobre fisonomía todos los dolores y las opresiones indescriptibles que causa su bárbara peregrinación hasta el estómago.

—Este otro ... ...

—Pero ... ... aulla el infeliz echando fuera de sus órbitas unos ojos de sonámbulo extraviado, y se lo traga también, no sin que *el gato* le revisara la boca para cerciorarse de que realmente se los había comido.

... ...

La mayor parte de estos individuos formados en los claustros de la célebre Universidad, se resienten visiblemente de su educación viciosa, y hasta podría decirse deletérea. Su influjo ha sido un famosísimo incubador de todos los vicios incurables que constituyen el fondo turbio en estas naturalezas anómalas y mal dispuestas desde la cuna como Francia y sus congéneres. Muchos de ellos llevan en su carácter, cuando menos, la doblez de los procedimientos jesuíticos, la desolada frialdad de sus cálculos, la mansa y falaz hipocresia de sus maneras; un corazón lleno de las circunvoluciones y de las encrucijadas oscuras

de sus claustros; y hasta la pesadez ciclópea de sus muros, se refleja viva y elocuente en el estilo de muchas de esas pomposas reputaciones literarias, que nos ha legado la colonia. Cada una experimentó esta influencia a su manera y con arreglo a las condiciones y tendencias virtuales que sus respectivos organismos trajeron al nacer, y que ella desarrolló con la exuberancia que la época les permitia. Y al ver las grietas que han conservado toda su vida ciertos caracteres, parece que hubiera elegido con maléfica complacencia a aquellos cerebros llenos de mayor plasticidad, para adormecer en unos y atrofiar en otros, todas las tendencias bondadosas, favoreciendo el desarrollo de las máculas incurables y orgánicas que dieron por resultado esas naturalezas equívocas que harto conocemos.

Estúdiense sus más célebres discípulos, y se verá con qué viveza reflejan muchos de ellos, aún en los actos más pueriles de la vida, la influencia decisiva de aquella educación singularísima. El arte silencioso y paciente con que el Dr. Tagle urdía y llevaba a cabo la intriga más atrevida, su gesto fijo e inalterable como sus ideas, impasible como su corazón y como sus escrúpulos (1), mostraban la firmeza con que habia influido, fomentando ese sombrío y taciturno disimulo que tenia Francia en tan alto grado. El tartufismo medio soñoliento y sibarítico de Bustos; la astucia felina de Ibarra; las tendencias mefistofélicas y el espíritu opaco y frío de Velez Sarsfield ¿no eran acaso su expresión más elocuente?

Si no fuera científicamente cierto el influjo peligroso de este género de educación, sería casualidad singular, que

(1) VICENTE F. LOPEZ. Historia de la Revolución Argentina.

la mayor parte de los hombres formados en las aulas inolvidables de Monserrat y de Loreto, hubieran sacado una contextura moral equívoca, cuyas anomalías eran tan acentuadas, que se abrían paso a través de ciertas calidades lapidarias y de los escasos haces de luz que los salvaron de un olvido infalible, utilizando oportunamente el carácter y la inteligencia de muchos de ellos.

El mismo Funes, a pesar de su notoria reputación y de sus inclinaciones liberales, era un hijo rollizo del colegio de Monserrat, cuyo sistema de severísima disciplina llevada hasta sus últimos y más brutales extremos, produce el decaimiento moral que traba, cuando no impide, el desarrollo de los sentimientos afectivos sobre los cuales se apoyan los instintos más generosos. Parecia un hombre de carácter débil "para afrontar responsabilidades directas y para mantenerse en sí mismo frente a las exigencias del poder o de los hombres influyentes del partido dominante: sus maneras eran tan obsequiosas que a veces *comprometian lo que se debe a la propia dignidad,* pues parecía casi siempre predispuesto a pedir permiso para tener o expresar un parecer, *sobre todo si había conflicto o choque de pasiones* y de intereses políticos. Por esto se le tachaba de tener un carácter doble y de ser inclinado a la hipocresía y al servilismo" (1). Lafinur, otro de los educandos célebres de la Universidad, tenía todas las rarezas y extravagancias, cuyas afinidades nada equívocas con la enajenación mental, daban a su carácter cierto tinte profundo de hipocondría; y por lo que toca a Monteagudo (2) ese

(1) Vicente F. Lopez. Historia de la Revolución Argentina.
(2) El Dr. Gutierrez, en sus *Apuntes Biográficos de escritores y oradores etc*, dice que el célebre Auditor de Guerra hizo

histérico megalómano lleno de sombrías petulancias y de vicios enormes de organización moral, fermentados al calor del claustro, él como pocos comprueba la verdad de este aserto.

Insisto sobre este factor que constituye, como dice Parrot, una fuente etiológica deplorablemente fecunda, porque en este caso lo creo de particular importancia, pues si bien la educación moral e intelectual que *ayuda* a formar el carácter, no cambia el sello típico que constituye la propia e inalterable idiosincrasia del sujeto, en cambio cuando actúa sobre un organismo limpio de predisposiciones, puede preservarlo de los desvios anormales resultantes de las aberraciones de su sensibilidad elemental.

Cuando hay vicios ingénitos, los fomenta y ayuda mucho a su desarrollo. Es un riego fecundo que empuja fuera de la tierra morosa, esa vegetación abundante que después se hace lasciva y trepadora. El interés, la cultura muy trabajada del corazón u otra causa cualquiera podrán tal vez modificar (pero modificar simplemente), las manifestaciones del carácter, pero su tipo fundamental no se pierde jamás al través de las más grandes vicisitudes de la vida: *genio y figura hasta la sepultura,* es un adagio vulgar, pero profundamente cierto y filosófico.

Una educación viciosa como se daba en aquel tiempo en Córdoba, con todos los peligros que surgen de la lucha del carácter contra las imposiciones de sistemas atrabilarios, que oponian a la movilidad natural de la inteligencia una coerción antipática, era propia para enardecer la irritabilidad enfermiza nativa, más que para sujetarla dentro

---

sus estudios en Córdoba pasando después a Chuquisaca a completarlos.

de sus límites saludables. Su régimen interno, la disciplina conventual y depresiva de sus colegios (1); su manera de enseñar, sus libros, sus maestros y hasta el régimen y los hábitos mismos de aquella ciudad más colonial y retardataria que ninguna, echaban al espíritu en esas propensiones hipocondriacas que desvian los sentimientos y que dan a la inteligencia una dirección errónea.

Es necesario leer la descripción aterrante, aunque poco vivaz, que nos ha hecho el Deán Funes, el sistema seguido en el famoso Colegio de Monserrat y en la Universidad, para comprender cuán grande debió ser la influencia sobre el físico mismo, no ya sobre el espíritu que tenia tósigo suficiente con las lecturas reglamentarias. La comida, las flagelaciones mortíferas a que sujetaban sus cuerpos enjutos por la abstinencia, el inmenso trabajo mental improductivo, y una vida sedentaria y soñolienta a fuerza de ser debilitante, perturbaba profundamente aquellas pobres cabezas que esterilizaron sus fuerzas y empobrecieron una sangre destinada a vivificar sus elementos nerviosos. Porque fué precisamente por ahí, por la sangre, por el aparato circulatorio, por donde la célebre *pagoda* llevó al espíritu una parte de su influjo complementado después por otros medios eficasísimos. Por la sangre que hace vivir a la célula nerviosa; que es la que domina y reglamenta las diversas formas de su actividad; y no hay sangre ni organismo por bien templado que se halle, que resista un par de años a las torturas físicas y morales a que vivian sujetos los que como Francia ingresaban alli a estudiar para clérigos.

(1) Véase en el *Ensayo* de Funes el régimen del Colegio de Monserrat. Era bárbaro.

Me imagino la impresión desagradable que producirían aquellos claustros, en donde desfilaban a la media luz de un crepúsculo artificial, todas esas sombras humanas, entregadas a sus meditaciones excesivas, transidas por la anemia, pálidas, secas y como identificadas con el pergamino de sus infolios; con la sangre hecha agua, la esclerótica azulada y el cerebro gimiendo bajo el peso de su mendicidad circulatoria.

Cuando el torrente sanguíneo ha sido lanzado en los haces nerviosos con una impetuosidad insólita, — dice Luys — o cuando se establece de una manera persistente bajo la forma de irrigación contínua, el movimiento vital se desarrolla en la célula, que poco a poco se eleva a una faz de eretismo incoercible; entonces este mismo movimiento fluxionario, según que se localize en tal o cual departamento cortical, o que se circunscriba a tal o cual grupo de células aisladas, determina, aquí fenómenos de emotividad incesante, allá asociaciones de ideas, excitación de la memoria y de la imaginación, más allá exaltación de las fuerzas motoras, turbulentas, locuacidad incoercible; fenómenos variados y movibles que a pesar de su diversidad entran en acción bajo el influjo de una causa única: la aceleración de las corrientes sanguíneas en los haces de las células nerviosas (1). Asi se explica probablemente la turbulenta inciativa de Ramírez; la movilidad incansable y el espíritu travieso de Dorrego; los arranques petulantes de Alvear y el brío fosforescente y movible de aquellos *chisperos* inolvidables que capitaneaba Beruti en los arcos de la Recova. Porque bajo la influencia de una alimenta-

(1) Luys. Traité des Maladies mentales.

ción sana y abundante, de un aire puro y convenientemente oxigenado y una existencia libre, fácil y estimulante, la sangre enriquecida y saludable corría sin obstáculo irritando la célula y produciendo en cada uno las manifestaciones siempre bulliciosas de su idiosincrasia moral.

Cuando al contrario, la circulación se hace lánguida y la sangre se empobrece bajo el influjo de un ascetismo inconveniente, de una alimentación precaria o del recargo indigesto de la inteligencia verificado en la melancólica soledad de un claustro oscuro y asediado por las mil preocupaciones de una sociedad sin horizontes, fenómenos inversos se manifiestan, es la vida — agrega Luys — que retrocede de todas partes degradando la actividad nerviosa, que cae debilitada más abajo de la *media* fisiológica. Son los fenómenos de depresión, de *lipemanía* y de lasitud que aparecen y que se presentan bajo el aspecto de diversas y variadas modalidades, según que el proceso anémico se haga sentir en tal o cual parte del sistema y según que un número más o menos considerable de células hayan caido en la faz de torpeza incurable (1).

Asi también podria explicarse el lánguido y embrutecedor abandono de Bustos "ejemplo irreconciliable con la marcha progresiva del país" especie de topo cretinizado por el Colegio de Monserrat y sin más calidad intelectual que la astucia agudísima del lobo; asi la misantropía huraña de Lafinur; la morosidad sensitiva del Dr. Tagle, su fisonomía nebulosa y fría, aquel color lipemaniaco tan desagradable y las aptitudes medio linfáticas de su cuerpo pequeño y bilioso; asi por fin, la dura oscuridad del espíritu de Francia, sus angulosidades y precipicios donde no

(1) Luys. Obra citada.

brilló jamás el más pálido destello de un sentimiento humano. Nada hay que produzca más decrepitud nutritiva, que haga más lenta la irrigación sanguínea del encéfalo y aún del resto del organismo, que esa vida sedentaria y pasiva del claustro, donde todo es pálido y languideciente lento, inmóvil, desprovisto de esos húmedos resplandores de la vida que abrillantan la pupila y coloran la carne de los jóvenes con sus transparencias celestes.

Pongamos en condiciones semejantes a un organismo dispuesto al raquitismo mental por vicios hereditarios, y pronto veremos con qué maligna lozanía se desarrolla; tal cual sucedió en Francia sobre quien se hicieron sentir de una manera funesta y decisiva.

Con lo expuesto tenemos, pues, un elemento poderoso para el diagnóstico de su neurosis; elemento que si bien no lo creo *único,* influyó sin embargo como se ha visto de una manera poderosa.

Hay algo más que es necesario apuntar. El jóven teólogo a pesar de su concentración bravía, amaba las mujeres tanto cuanto odiaba a los hombres. Las calles apartadas de la ciudad fueron más de una vez testigos mudos de escenas ruidosas en las cuales salió más de una vez apaleado por algún galán de baja estofa. Su mala suerte y sus inclinaciones naturales lo habían obligado a rozarse con gente de la clase ínfima, porque era donde encontraba más fácilmente satisfacción plena de sus pasiones de sátiro hidrópico, y porque siempre que solicitaba los favores de alguna dama de posición más alta que la suya, recibía en contestación un desaire, le daban con la puerta en las narices, o le acomodaban por la mano anónima de los sirvientes, una paliza llena de cruentos recuerdos.

Uno de los protagonistas de estos dramas amorosos que derramaban tanta amargura en su alma, pagó sus agresiones, *diez años después,* gimiendo en una de las mazmorras de la Asunción, en donde fué enterrado por Francia, cuyas espaldas conservaban vivaz todavia todo el escozor humillante de la ofensa.

Otro vivió cautivo en un sótano, hambriento y martirizado como sólo él sabía hacerlo, durante diez y ocho años al fin de los cuales fué enviado al patíbulo, a donde tuvo que arrastrarse materialmente, porque las piernas entumecidas por la inacción del presidio lo habían paralizado. Pero éste tenia cuentas muy largas que arreglar con él. No sólo había rechazado con indignación ciertas pretensiones matrimoniales ambiciosas de Francia, sino que al rechazarlas le habían llamado *¡mulato!* Y el *¡mulato!* estuvo durante nueve años sonando en su oído con la intensa continuidad de una alucinación orgánica hasta que llegó el momento de *yugularla* secando los labios venerables que la habían pronunciado. El no vengaba ninguna injuria inmediatamente, porque era cobarde, pero su recuerdo le acariciaba la memoria con cierta fruición diabólica, manteniéndose vivaz hasta el día de la venganza.

He dicho que *amaba* a las mujeres, y he dicho mal, como se comprenderá fácilmente. Sólo buscaba la hembra cualquiera que fuese su clase y su color; la carne abundante y de fácil adquisición como medio de satisfacer pronto las exigencias apremiantes de sus instintos puramente bestiales. La médula con su automatismo irreflexivo y prepotente, absorbia al corazón demasiado frío para ser fecundo y sensible.

Las reuniones de la clase baja en donde los *niños decentes* gozan del prestigio de su clase y de ciertas prerrogativas inalienables, lo seducian y por esto eran el teatro diario de sus hazañas, el refugio supremo en donde iba a consolar su amor propio intimamente herido por las repulsas de las clases aristocráticas. Y aún allí mismo, para colmo de sus desdichas no privaba como correspondia a su *alcurnia* y a su ambición hinchada y petulante. Sea que su generosidad fuera un poco equívoca, su tipo demasiado repugnante o que su fama de poco escrupuloso hubiera llegado hasta ellos, lo cierto es que no siempre sus tentativas eran coronadas de un éxito feliz. Sin embargo él se mantuvo rodando entre esa gente hasta que una aventura en que como de costumbre salió machucado, lo obligó a huir para siempre de todo contacto humano envolviéndose definitivamente en las sombras de su propio espíritu.

Se comprende que esta repulsión instintiva que inspiraba a todos, hiriera profundamente su inconmensurable orgullo haciéndolo más retraido aún y dando pábulo a sus propensiones melancólicas.

Cuando ya la ciudad mística comenzó a ahogarlo con su fastidiosa monotonía y el vacío se hizo a su derredor pensó en su viaje como en un remedio a sus dolorosas ansiedades. Se había apoderado de él esa suprema inquietud que sucede a los grandes dolores y que nos impulsa a movernos de un lado a otro. El valle pequeño y profundo lo echaba en la angustia constrictiva que oprime el pecho como si gravitara sobre él una montaña.

Así fué cómo sin despedirse de nadie, marchose un día a su tierra sin más penates que una capa, una *Historia Universal* y la dispepsia con que anunciaba su entrada la *gota* punzante que tanto acrecentó después su neurosis.

CAPITULO II

SUMARIO.—Llegada de Francia al Paraguay.—Nuevos síntomas.—Ataques de hipoconcondría.—El Dr. Gauna.—Retrato de Francia.—Sus trajes.—Sus hábitos.—La organización interna de su casa.—Acentuación de su enfermedad.—Accesos de furor.—Sus sobrinos y su hermana.—La dispepsia.—Efectos de la dispepsia.—Efectos de la dispepsia sobre su espíritu.—Síntomas neuropáticos de los dispépticos.—Delirio de las persecuciones.—Desfallecimiento de sus facultades.—La *Cámara de la Verdad*.—Sus sueños mórbidos.—Efectos de ellos.—Su constipación habitual.—La melancolía termina su evolución.—Derrame seroso.—Decrepitud.—Muerte de Francia.—Estigarribia.—Sultán.

Cuando Francia regresó al Paraguay, tendría de treinta y cinco a cuarenta años proximamente, y una reputación de probidad intachable, para los que no conocían los detalles de su vida universitaria. Era, decían, el defensor más celoso de la justicia, el protector del débil, el padrino de todos los pobres contra las rapiñas de los ricos y en el desempeño de sus modestas funciones de cabildante y más tarde de Alcalde, mostrose de un carácter independiente, firme e inexorable en defensa de su país, y contra las pretensiones ambiciosas de la metrópoli (1).

Asi era efectivamente: un esfuerzo poderoso de voluntad y el cambio siempre benéfico de clima, habían contenido en los límites de su hogar doméstico los accesos hasta entonces poco ruidosos de su enfermedad. Un disimulo

(1) Rengger y Longchamp. Revolución del Paraguay.

jesuítico consumado con la supina habilidad con que ciertos alienados ocultan sus impulsiones inequívocas, le habían dado temporalmente el gobierno interno, logrando restablecer el orden en sus facultades cerebrales anarquizadas por sus propios vicios.

Pero más adelante la marea comenzó de nuevo sus ascención laboriosa; *la tolerancia* hizo ineficaz la acción del cambio de lugar y entonces bajo el influjo de causas pueriles y por lo general ignoradas en estos casos, volvió a desquiciarse su cabeza arrojando al espíritu en las convulsiones de la enfermedad.

Al principio, ciertas extravagancias extrañas que embargaban su inteligencia inspirándole determinaciones insólitas y envolviéndolo en las lasitudes femeniles que aniquilan a los hipocondriacos, hicieron entrever a ciertas personas sus dolores secretos; pero luego la intervención necesaria del médico y de algunos amigos curiosos e indiscretos acabaron de divulgarlos en toda la ciudad. El *histérico,* como llamaba el vulgo a sus males, comenzaba a golpear con más frecuencia en su cráneo suscitando presentimientos penosísimos de una muerte próxima; las ideas de suicidio, los terrores inciertos que le mordían el corazón y lo arrojaban en esa fantasmagoría interna y convulsiva que fatiga el espíritu de los alucinados con las luces siniestras y variadísimas de su caleidoscopio. Se sentia morir y llamaba a gritos a un médico español, D. Juan Lorenzo Gauna, (1) por cuya ciencia tenía entonces un profundo respeto, para que le quitara de encima decia — el peso de

(1) Apuntes suministrados por el Sr. Machain.

aquella angustia que le arrebataba el sueño y le desfiguraba el rostro de una manera repugnante.

El Dr. Gauna que sin duda era un taumaturgo que allanaba fácilmente las dificultades de cualquier tratamiento, tenía una teología peculiar para el pronóstico de estos *histéricos* que según él dependían de influencias astrológicas más que de causas morales incurables. Un poco de agua en las *sienes* y la estimulación del olfato por medio de sustancias aromáticas bastaban para *yugular* el acceso que por otra parte tenia su ciclo conocido y terminaba cuando debia. El Dr. Zavala que también acompañaba a Francia en estos trances amargos hacia jugar sus recursos apostólicos concretándose a proclamarlo, tratando de convencer al doliente que moriria cuando Dios quisiera y no cuando él pensaba; que orara con fervor ¡qué hiciera *ejercicios!* y que saliera del país, como si al dar este consejo sincero presintiera cuál iba a ser el porvenir de aquel *histérico* que evolucionaba con tanta mansedumbre y en cuyas manos no se descubría todavía una sóla pinta de sangre.

Para que nada faltara en el cuadro abundante de los síntomas, tenia Francia un tipo marcadísimo de melancólico.

Era de estatura mediana; más bien bajo que alto; delgado y bien conformado aunque con una espalda ligeramente jibosa y prolongada; circunstancia que haciendo más grande el volúmen de su cuerpo establecia cierto contraste ridículo con sus piernas enjutas y deplorablemente delgadas. Un pié árabe como el de Monteagudo; el pié delicado de la gente de buen orígen, completaba el conjunto de los miembros abdominales. Tenia una cabeza vulgar, en realidad, pero asimismo reveladora porque se espan-

día atrevidamente hácia atrás dando a la dolicocefalía occipital la acentuación marcadísima de las razas de mediano nivel moral. La frente era alta aunque corta y ligeramente oprimida, con las eminencias frontales sumamente pronunciadas y con un surco vertical profundo que la dividia, como si debajo de la piel estuviera todavía palpitante la sutura metópica. Era una frente muda y estéril porque, en verdad, es rara y confusa una frente con mil surcos y protuberancias vacías que escapan a la más atrevida y paciente interpretación frenológica.

Su piel era cobriza, oscura y llena de bilis; y en sus ojos ocultos tras un párpado plegado y laso estaba como reconcentrada toda la vivacidad felina de su fisonomía llena de una perspicacia traidora y pavorosa. Cuando algún pensamiento siniestro le hincaba el cerebro, los ojos se clavaban oblícuamente, y las cejas se hinchaban encrespadas con altanería echando sobre ellos una sombra intensa y recogiendo la frente que se plegaba en surcos hondos y oscuros como si toda la vida se concentrara sobre ella en ese supremo momento. Se movían pausada y trabajosamente como gobernados de adentro por un sentimiento profundo de desconfianza, y la mirada curiosa y centelleante iluminada por una intención agresiva y sagaz, se fijaba con sumo imperio en el rostro de sus intercolutores que debían mirarlo de frente y sin pestañar siquiera. Una nariz delgada y afilada como la hoja de un cuchillo, larga aguda y volada, digámoslo así, con esos dos tubérculos de la base que, según el patriarca de la inocente *Fisonomía,* son señales evidentes de firmeza y contumacia. Todas las carnes de la cara arrastradas por un movimiento pasivo parecían abandonadas a su propio peso; y los carrillos pendientes

secos y medio momificados, tiraban hácia abajo el párpado, dejando hacia arriba la pupila medio velada y confusa. La boca era, como ningún rasgo, el más elocuente, el más típico de su nacionalidad; porque los paraguayos, sobre todo los que nacen cruzados por sangre guaranítica, tienen este aparato peculiarísimo y sumamente característico. Era una boca ancha, de labios delgados y verticales casi, movibles medios lasos y juguetones; el labio inferior entrante, ligeramente invertido hacia afuera y cubierto por el superior, que tenia hacia la comisura derecha, un ligero encogimiento despreciativo. Era la boca de los desdentados con ese visible ortognatismo de los viejos, a quienes la falta de los dientes la empuja hacia adentro. Hobbein ha pintado en la cara del Judas que inmortalizó su pincel, ciertos rasgos que aunque parecen exclusivos del avaro bestial, corresponden, sin embargo, a todas estas naturalezas malignas y hondamente degeneradas.

Su palabra era lenta, oscura y embarazada: le gustaba como al viejo Tiberio emplear ciertos arcaismos favoritos y expresiones poco usuales; y cuando hablaba, acompañaba su palabra con aquellas gesticulaciones pesadas y desagradables con que el hermano de Drusus parecia estimular su pensamiento perezoso.

Aquellos pómulos prominentes y agudos, aquella piel enjuta y deslustrada, aquellas manos heladas y convulsas, con sus dedos largos y su pulpa achatada como los de los tuberculosos, complementaban de una manera acabada y admirable la *facies* típica y elocuente del melancólico hereditario.

Habitualmente vestía un pantalón ajustado color almendra y unas polainas de casimir muy altas y elegantes; frac

azul oscuro con dos galones y dos estrellas en cada faldón; chaleco blanco y un corbatín de dimensiones considerables.

Este era el traje que usaba en los primeros años de su dictadura, pues muy pronto y bajo el influjo de causas conocidas, cambió no sólo de manera de vestir sino tambien de hábitos, trasformándose totalmente en un hombre sobrio y de costumbres templadísimas. La desconfianza lo apuraba y era menester huir el contacto peligroso de las mujeres que habían constituido antes el deleite supremo de su vida. Además, ese ardor inmoderado que hacia insaciables sus apetitos genésicos no fué sino un pródromo que terminó con la aparición franca de la enfermedad que anunciaba.

Jamás le sorpredían en la cama los primeros rayos de sol, y al levantarse se hacia traer con un negrito esclavo, una estufilla, una olla y una pava con agua para cebarse con sus propias manos el mate interminable con que se desayunaba. Entonces tenían lugar aquellos largos paseos en el peristilo interior de su palacio, fumando un cigarro, que también armaba él mismo y que hacia encender con el negro, urgido por esa desconfianza enfermiza que iba por horas invadiendo su espíritu, que le imponía la frugalidad extremada de su comida, y que lo obligaba a verificar la elección de lo que habían de cocinarle.

Cuando regresaba del mercado la mujer que le servía de cocinera, de ama de llaves y aún de confidente íntima, dejaba la canasta a la puerta de su gabinete y sólo después de haber hecho un minucioso exámen de todo su contenido, separaba aquello que más apetecía y mandaba arrojar a su perro y a los cuervos el resto. Hecho todo esto, en-

traba el barbero: un mulato ebrio consuetudinario, sucio y de costumbres crapulosas, que después ascendió a espía de confianza. Si el dictador estaba de buen humor, lo que era raro, conversaba largamente, valiéndose de él para averiguar lo que hacían y pensaban ciertos personajes que al principio de su gobierno le despertaban amargas sospechas. En seguida recibia a los oficiales y al resto de sus empleados, que venían a pedirle órdenes con una humildad y con un servilismo asiático ¡revisaba los papeles que le traía el *fiel de fecho, sesteaba* y leía hasta la hora de montar a caballo. En aquella época eran todavía frecuentes sus paseos, rodeado de escoltas, precedido de numerosos batidores y armado de un largo sable y de un par de pistolas de bolsillo.

Su templanza era notoria y la castidad bravía en que entraba por razones fácilmente explicables, levantaron su buen nombre a una gran altura. Pero lo que el pueblo atribuía a un esfuerzo potente de voluntad, no era sino la expresión genuina de su enfermedad misma. Cuando estos *genesiacos* por impulsos patológicos, llegan a este término doloroso en el cual ciertas partes de la esfera emotiva del sensorium, como dice Luys, quedan como privadas del pábulo de la vida, el elemento nervioso que producia antes esas exaltaciones ruidosas, comienza a anestesiarse, sobreviniendo la fría indiferencia que los hace insensibles al estímulo del medio habitual. Concluyen para ellos todas las curiosidades ingenuas del corazón, como también todas estas delicadezas de orden moral, que antes estimulaban el cerebro procurándole emociones incesantemente renovadas. A medida que la enfermedad avanza, la esfera de esas emociones se va restringiendo hasta que, como dice

un eminente alienista, quedan condenados a vivir tan sólo por una porción limitada del sentimiento que aún resiste a la torpeza general.

Esto era lo que sucedía en Francia.

Hasta allí su ascetismo melancólico revestía tan sólo el carácter inofensivo de una simple hipocondría; tenia accesos repetidos de un "spleen" convulsivo y amargo, en que sin duda y como suele suceder en estos casos, oiría las mil voces destempladas que lanzan injurias y amenazan con la muerte; o bien los ruidos confusos de campanas lejanas, de tambores y silbidos agudos; la visión de espectros de figuras cadavéricas, de bóvedas subterráneas, de cráteres que se abren a sus piés y que tan dolorosamente crispan los nervios de los melancólicos (1). Pero estos accesos, aunque transitoriamente, cesaban bien pronto, dejando largos intervalos de salud casi completa, durante los cuales se entregaba a sus habituales ocupaciones: daba audiencia a todo el que quería verlo, paseaba diariamente visitando los cuarteles, las obras públicas, las guardias lejanas y lo que es más aún, se permitia con algunos camaradas de escuela indigentes, ciertos impulsos de rara generosidad; especie de extremecimientos *humanos* que todavía se abrían paso a través de ese exceptismo frío y sarcástico que lo suspendía oscilando entre Tiberio y Calígula. Fué por esta época cuando habiendo sabido que el hijo de una honorable casa cordobesa en donde había sido tratado con suma benevolencia, se encontraba en la Asunción, desamparado y paupérrimo, lo hizo llamar para obsequiarlo y nombrarlo secretario suyo (2).

(1) Griesinger. Maladies mentales.
(2) Rengger y Longchamp. Revolución del Paraguay.

Estos escasísimos instantes lúcidos, cesaron a su vez para siempre y dejaron en su lugar la amarga acritud, las angustias súbitas y violentas que inspiraban sus frecuentes atentados; la incurable y profunda exaltación melancólica que hace odiosa y despreciable la existencia y que arroja al carácter en las fascinaciones ineludibles de la muerte voluntaria, del incendio y del homicidio cruel y fríamente calculado, como vamos a verlo. Porque esta percepción penosa del mundo exterior que arrastra necesariamente a la soledad y que es al principio pasiva e inocente, se hace más tarde activa y peligrosa y obliga al paciente a destruir, a matar con una impasibilidad glacial. (1)

Así fué que poco tiempo después no reconoció más amigos ni parientes, reconcentrando en sus odios, exclusivamente, las pocas fuerzas que tenia, distraidas, diremos asi, en uno que otro débil sentimiento bondadoso, amamantado más que por naturales impulsos por mera especulación tal vez. Después de haber abofeteado a su padre, nada le quedaba que hacer para revelar su naturaleza melancólica, sino era complementar la sintomatología negándose a reconciliarse con él en circunstancias en que el pobre mameluco moria indigente y abandonado llamando a su hijo para perdonarlo (2).

Tenia a su lado a un sobrino, que aunque ligado a él por vinculos de sangre, era un jóven lleno de buenas cualidades y que en uno de sus buenos momentos lo había hecho, no recuerdo si su amanuense o su ayuda de cámara; sobrevino una de tantas *crisis negras* y por razones fútiles lo mandó fusilar en la plaza pública y en su presencia, como

(1) KRAFFT. Eving. Obra citada.
(2) Datos suministrados por el Sr. Machain.

acostumbraba a verificar más tarde las ejecuciones. Una hermana suya, mujer medio atrabiliaria e histérica que había recibido como él el gérmen de una enfermedad mental que después hizo explosión, que era la única persona por quien había mostrado algún apego durable y que vivia en su quinta, fué también abandonada, expulsada de su lado de una manera ruidosa e infamante. A otros dos sobrinos los cargó de cadenas y fueron sumidos por tiempo indeterminado en las cárceles de Estado. Todo esto paulatinamente, a medida que aquella savia prodigiosa que da a la melancolía la abundante variabilidad de sus cuadros oscuros iba ascendiendo con su precipitación habitual.

Desde el punto de vista físico, no era sólo la coloración amarillenta difusa de su rostro, la sombría inquietud de la mirada, sino también las habituales calenturas de cabeza, el enfriamiento intentísimo de las extremidades inferiores, la perezosa lentitud de su circulación y esta susceptibilidad extremada de la sensibilidad que al menor contacto producia una sobreexcitación extraordinaria.

El apetito como el de todos los melancólicos se conservaba bien; pero comía poco y hasta se privaba de ciertas cosas para no exponerse a los supuestos envenenamientos que lo perseguian. Poco o mucho que comiera, siempre se ponia después, más sombrío que nunca. La *dispepsia* que hace tan sumamente laboriosa la digestión, daba pábulo a sus crisis, despertando multitud de sensaciones penosísimas, originando el meteorismo y las flatuosidades que ponen el vientre tenso como un tambor, que producen la angustia y provocan los accesos de sofocación, los fuer-

tes latidos del corazón, las punzantes y embrutecedoras congestiones al cerebro. (1)

Si conocierais de lo que es capaz un pedazo de alimento que se digiere mal y que va trabajosamente abriéndose paso al través del intestino, por cuatro o seis largas horas, comprenderíais cómo era posible que una mala digestión alterara el ánimo de aquel melancólico destructor, hasta el punto de mandar traer su propia hermana para fusilarla. (2)

A este respecto conozco cosas curiosísimas y que pueden darnos la clave de las exacerbaciones que sufría Francia después de comer; exacerbaciones, que, bueno es decirlo, no eran de ninguna manera atribuibles a excesos alcohólicas sino a repercusiones del aparato digestivo sobre el centro encefálico.

Hay enfermos que inmediatamente después de sus comidas y al levantarse de la mesa se tambalean como embriagados; otros experimentan un sentimiento de vaguedad, de vacuidad en la cabeza; o bien les parece que sus sienes son comprimidas con violencia por un círculo de hierro. Una sensación de frío glacial medio pavorosa y penosísima, una bruma densa que cruza los ojos deformando los objetos les confunde y atormenta la inteligencia de una manera tenaz y violenta. Durante la evolución de estos síntomas diversos, el dispéptico puede experimentar todavía, una sensación de ansiedad intensa en la región cardíaca, sensación que a veces se acompaña de irradiaciones doloro-

(1) DAGONET. Traité des maladies mentales.

(2) Creo que es el libro de Rengger, quien dice que Francia intentó una vez fusilar a su hermana por el *delito* de haberse vuelto a juntar con su esposo.

sas que embargan todos los sentidos. Un grado más y las lipotimias y los desfallecimientos le hacen perder totalmente la cabeza; siente algo que lo extrangula, que lo sofoca, que le detiene el corazón produciendo las constricciones agudas a que Beau atribuye ciertas variedades de la angina de pecho.

Y no es esto todo: hay dispepsias con repercusiones neuropáticas tan acentuadas del lado de la sensibilidad, que hasta presentan anestesias extensas en diversas partes del cuerpo; anestesias que ocupan ya un punto, ya otro de la la piel, las manos, los brazos y sobre todo la cara interna de los antebrazos. Tan grande es la parálisis de la sensibilidad que se les puede pellizcar, pinchar fuertemente con una aguja hasta atravesarles el tegumento en todo su espesor, sin que se aperciban de ello.

Véase, pues, hasta dónde lleva su influencia perturbadora el aparato digestivo.

Así se comprenden fácilmente las súbitas impulsiones pasionales, las determinaciones inmotivadas y rápidas que solian empujarlo en las horas incómodas de sus digestiones siempre lentas y laboriosas. También, es verdad, que estos influjos nocivos se hacian sentir sobre un cerebro presa ya de la melancolía; que estos síntomas, más que causas, eran epifenómenos de la misma enfermedad mental, puesto que es difícil (no digo imposible) que en una persona sin una fuerte predisposición anterior, actúen, con el vigor suficiente para producir por sí sólos una enfermedad mental. Francia era melancólico hacia ya mucho tiempo y su dispepsia, fenómeno también inherente a la

gota que lo aquejaba, no hacia sino enardecer los síntomas de su psicopatia. (1)

Cuando terminaba la comida, o mejor dicho *la cena,* porque conservó siempre entre sus hábitos la proverbial *merienda* de los tiempos coloniales, comenzaba la noche esa noche tristísima sepulcral de una ciudad que gime bajo el peso de la tiranía de un melancólico que es la peor de las tiranías. El silencio más absoluto se producía en todos los barrios y con él, empezaba a levantarse en el cerebro, como fuegos fatuos, todo ese cúmulo de agitaciones que daban pábulo a sus insomnios. Si se movia la llauna de la vela, como ella se mueve algunas veces retozando con el aire... alguien la había soplado suave y diabólicamente para dejarlo a oscuras... y dejar a oscuras a un perseguido, en momentos en que comienzan a filtrarse al

(1) El Sr. Navarro, en el folleto que citamos en el capítulo anterior afirma que Francia era gotoso; el Sr. Alvariños me aseguró que el año 63 cuando estuvo en el Paraguay, D. Vicente Estigarribia le había afirmado lo mismo. Creo también aunque no tengo seguridad que Molas y Robertson lo dicen. La gota es una de las diatesis, cuya influencia patogénica sobre la producción de las neurosis está fuera de toda duda (Grasset). Recuérdense en comprobación de este aserto los trabajos de Trousseau, Gueneau de Mussy, etc., etc. La *migrania* es una de sus manifestaciones frecuentes. El *asma,* según dicen Jacoud y otros autores es uno de los estados patológicos cuya correlación con la gota es evidente. La *epilepsia* puede igualmente depender de ella en muchas ocasiones. Van Swieten cita un caso en el cual los ataques epilépticos cesaron tan pronto como aparecieron los accesos de gota. Garrot habla de muchos ejemplos del mismo género y Lynch da dos casos que le parecen demostrativos a Jacoud (Grasset). Sdiber, Klein y Musgrave refieren ejemplos de histeria en los cuales la neurosis desaparecía ante un ataque de gota. Stoll ha visto una *córea* gotosa, Sauvages y Ackerman un *tétanos* y varios autores alemanes y franceses han observado casos de locura producidos por esa diátesis.

través de las paredes y de las puertas los grupos grotescos de sus fantasmas, es lo más grave, lo más cruel que pueda acontecerle. Si chillaba el pestillo de la puerta o crujía el mueble que se despereza hinchando sus miembros entumecidos, le parecía que alguien le había hablado, que lo llamaban que le chistaban o que se movían detrás de él cautelosamente.

Era que síntomas evidentes de ese *delirio de las persecuciones* medio abortado y un tanto vago que padece este género de melancólicos, lo asaltaban a esa hora, llenándolo de temores y de angustias que nada justifican. El mismo cerraba las puertas, revisaba con sumo cuidado sus habitaciones y hasta sus muebles. Poníase a escuchar ruidos que la soledad y el silencio de la noche hacian pavorosos; aplicaba su oído al ojo de la llave, revisaba bajo su cama, detrás de las ropas dentro de su armario y después se acostaba para pasar el insomnio que la edad y su panofobia depresiva y punzante le producian, con algunas intermitencias consoladoras, sin embargo.

Por último, ciertos ímpetus de perseguido peligroso no tardaron en presentarse, y lo hicieron tan temible que ya no era posible ni mirarlo siquiera. No sabiendo una pobre mujer cómo acercársele se trepó hasta la ventana de su cuarto, y no sólo fué encerrada en una prisión por este *acto tan sospechoso,* sino que se buscó a su marido completamente ignorante de lo que había pasado, pero *probablemente complicado también en el infame complot* y se le encerró con ella por tiempo indeterminado.

Para evitar le repetición de un acto tan ultrajante para su propia dignidad y que sobre todo *parecía encerrar intenciones tan maléficas como misteriosas,* ordenó, que en

adelante, a toda persona que se le viera *mirar al palacio,* fuera allí mismo fusilada:

—Toma, le dijo al centinela, esta es una bala para el primer tiro y ésta—dándole otra—es para el segundo, por si yerras el primero; pero si yerras el segundo, puedes estar seguro que no te he de errar a tí el tercero. (1)

Conocida esta orden, la más triste soledad reinaba al rededor del palacio. Sin embargo, quince días después, un indio Payaguá *miró,* al pasar, las ventanas sagradas y el centinela le descerrajó un tiro, errándole felizmente. El dictador, asustado, salió a la puerta y dió contraorden, *diciendo que él jamás había ordenado semejante cosa,* circunstancia que indicaba en su memoria una falla que fué para él uno de los síntomas de decrepitud más crueles. Tanto más cruel, cuanto que antes su cerebro conservaba las impresiones y los recuerdos con cierta satisfactoria y pasmosa facilidad: el vigor de su memoria había tenido fama entre los condiscípulos, a punto de ser citado como un prodigio. Era, según se afirma, uno de los ejemplares más correctos de esos *memoriones* de colegio que absorben como la esponja y que tragan sin rumiar, todo lo que se presenta a sus sentidos. La atrofia de esta facultad, que a pesar de su vigor no le absorbía sin embargo el resto de sus fuerzas cerebrales, fué una de las lesiones que más influyeron en su decaimiento mental ulterior, echándolo en las mil contradicciones sangrientas que le conocemos.

Ya en los primeros meses del año XXVIII había comenzado a disminuir sus salidas. Poco después, se encerraba en sus piezas semanas enteras y no le veian, o mejor

(1) ROBERTSON. Cartas sobre el Paraguay.

dicho, no le oían porque sin dejarse ver daba sus ordenes por una rendija de la puerta, sino el médico Estigarribia, Patiño algunas veces y la vieja que le llevaba la comida.

Por esa época fué cuando su áspera lipemanía llegó a su colmo.

Cuenta el mismo Estigarribia que en algunas ocasiones se le oía hablar solo, pasearse trémulo agitado y gritar como si hablara delante de alguien a quien insultara: *a la horca! ¡al patíbulo! ¡al calabozo, miserable!* Un día que esta suprema agitación llegó a su más alto grado, se le vió salir a los corredores y sin duda en un acceso de delirio alucinatorio, gritar desaforadamente e insultar con palabras soeces al Sumo Pontífice (1), por quien decia tener el más profundo desprecio. Fué entonces cuando las ejecuciones, las prisiones y los tormentos aplicados en la célebre *Cámara de la Verdad* tomaron todo su carácter feroz. La tortura fué aplicada con un lujo de detalles diabólicos; las delaciones se multiplicaron y los fusilamientos, inútiles, pero necesarios para la satisfacción exigente de sus caprichos, se hicieron diarios y acompañados de circunstancias lamentables.

La *Cámara del tormento,* la más satánica y maligna invención de su ingenio, no cesaba de trabajar: aquellas torturaciones metódicas que aplicaban a la inocencia sus dos lobos favoritos, abrian una válvula saludable a su hidrofobia bestial y reglamentada. Como las noches de insomnio se habían hecho frecuentes, había que proporcionarse alguna distracción *melancólica,* cualquier *suave* derivativo que amortiguara la explosiva espontaneidad de esa idea-

(1) MOLAS. Descripción histórica de la antigua provincia del Paraguay.

ción morbosa que lo molestaba tanto y que es tan activa y atropellada en las cabezas que no tienen el supremo consuelo de la tregua orgánica que proporciona el sueño.

Era la Cámara una institución triste, tan bárbara como eficaz para la consecución de sus crueles propósitos; destinada a arrancar por medio de mil procedimientos dolorosísimos, revelaciones de ¡qué sé yo que conspiraciones y asesinatos completamente imaginarios! Se puede creer, y con mucho fundamento a mi juicio, que fuera en sus sueños o tal vez por efecto de alucinaciones perfectamente concebibles en este caso, que el dictador adquiría las sospechas y aún la certidumbre de los hechos que lo inducían a aplicar el tormento a determinadas personas, con tanta crueldad como notoria injusticia. Esto es posible, pues según lo afirman algunos alienistas, puede suceder en aquellos individuos amenazados de enajenación mental y en aquellos a quienes Lasegue con su acostumbrada exactitud de clasificación ha llamado *los cerebrales*. Son estos, personas dispuestas a los trastornos mentales por vicios hereditarios o adquiridos en algún accidente traumático lejano, que tienen un tinte especial en sus crisis, incompletas, irregulares y medio frustradas pero no por eso menos evidentes.

El curioso fenómeno a que me refiero lo designan con el nombre de *sueños mórbidos,* porque el estado equívoco de las facultades intelectuales hace que los incidentes infinitos del ensueño se tomen como cosas reales dando este resultado que tiene mucho de ridículo, si no tuviera algunas veces mucho de terrible. Así se ve que se resienten de una injuria recibida en el sueño y obran en consecuencia; que manden cobrar dinero prestado y se enfurezcan cuando les

niegan el préstamo, y que vivan por largo tiempo profundamente disgustados con individuos a quienes *los han visto* cometer acciones indecorosas que todo el mundo ignora. Es que falta el control de la razón intachable que atestigua la falsedad de la afirmación patológica.

Es verosimil que Francia tuviera estos sueños mórbidos dada su enfermedad mental, y que en muchas ocasiones fueran sometidas a los más crueles tormentos personas completamente inofensivas, pobres cuitados que huirian hasta de pensar mal del dictador. Los sueños de los *cerebrales* son terribles cuando se producen en una organización tan profundamente melancólica como la suya, porque son un incentivo lúgubre y poderosísimo que revuelve el cieno, dando un extraordinario poder de infección, a todo ese *parasitismo* moral que está como soñoliento e inactivo en el fondo oscuro donde germina. Cuando la enfermedad está ya declarada no son sino un resorte sensible que determina con toda seguridad la explosión de las crisis.

Durante los fuertes calores de diciembre y enero del año XXVIII, no se pasaba una noche sin que se aplicara el suplicio en el *cuarto del tormento.* (1)

La alta temperatura de la estación y la marcha natural de su enfermedad lo habían puesto más huraño aún: los rasgos profundos de su fisonomía, más que nunca contraida y apretada, expresaban con suma viveza esa suprema ansiedad que lo arrastraba a sus transportes maniacos. El labio inferior estaba ya pendiente, medio ingobernable y como fuliginoso; la mirada húmeda sorprendida y con con ciertas vaguedades indefinidas que le habían dado un

(1) "Clamor de un Paraguayo" atribuido a Molas.

aspecto aliénico tan característico, que el mismo Estigarribia, según lo expresó después, llegó a temer que el *Supremo* terminara sus días en un acceso de locura. Sus desordenados monólogos se habían hecho más frecuentes y en las rarísimas ocasiones que salía a los corredores se le veia accionar con violencia, paseándose con trabajo; levantando una voz agria y cascada, pararse súbitamente y con los ojos trémulos mirar afuera largo rato como si observara en la vaguedad del espacio un objeto sólo para él visible.

Sus ideas, fruto de lúgubres y continuas meditaciones, aunque más escasas por la degeneración que necesariamente experimentaría el cerebro en esa época de completa decadencia orgánica, eran más sombrías, más tristes, más extrañas aún, si es posible. Así es que la creciente taciturnidad de su humor había introducido en los castigos ciertas modificaciones originales de acuerdo con sus extravagantes necesidades afectivas.

Las ejecuciones ya no se verificaban lejos de él, sino en su misma presencia, a treinta varas de su puerta (1). El con su propia mano repartia a los pelotones los cartuchos y miraba desde su ventana la manera cómo despedazaban a bayonetazos a los reos que no habían podido morir a bala. Los cadáveres debían permanecer frente a las ventanas durante el día; y se le veía con bastante frecuencia, dice Robertson, asomarse y permanecer largas horas mirándolos fijamente, como para "saciar sus ojos en esa obra de muerte y proporcionar diabólica satisfacción a sus inclinaciones maléficas" (2).

(1) Robertson. Cartas sobre el Paraguay.
(2) Robertson. Id. id.

¡Que pavor no inspiraría aquella figurita enjuta, encorvada y temblorosa asomándose a los balcones a ciertas horas de la noche, para darse el placer, placer de melancólico, de contemplar cadáveres abandonados allí con ese único propósito! Estos espectáculos eran sus platos favoritos extrañamente estimulantes y adecuados de una manera admirable a la torpeza enfermiza de su paladar de viejo decrépito y de hipocondríaco homicida y empecinado.

Cuando los accesos se repetían con cierto carácter de agudez alarmante, se encerraba en su dormitorio por cuatro o seis días sin ocuparse de nada, o descargaba sus furores sobre las personas que lo rodeaban. Entonces los empleados civiles, los oficiales y soldados, todos eran igualmente maltratados por su mano y por su boca tan soez como no es posible imaginarlo. Vomitaba injurias y amenazas contra supuestos enemigos y era en aquel momento cuando hacia ejecutar, con una saña inconcebible, sentencias y arrestos injustos, e imponia los más crueles y severos tormentos hasta el punto de mirar como una bagatela las condenaciones numerosísimas que le dictaba su mal humor. (1)

¡Para hacer su figura aún más lúgubre si cabe, resolvió que el tormento sólo se aplicara de noche!

Las puertas de la *Cámara de la Verdad,* abiertas ex profeso, dejaban escapar mil quejidos lastimeros, gritos desfallecidos, imprecaaciones de ira sí es que aún quedaba en el Paraguay alguna garganta con el vigor suficiente para lanzarlos. Bien sabian los que escuchaban ateridos de miedo y transidos por un terror que ninguna pluma describi-

(1) Rengger y Lonchamp. Obra citada.

rá jamás, que allí se purgaban los pensamientos heréticos y se satisfacían con lascivia las ansias sanguinolentas de aquel implacable dispéptico.

En un cuarto del antiguo Colegio de Jesuítas, había instalado la famosa institución. Un largo catre atravesado al medio por un trozo de madera, sobre el cual descansaba el vientre, recibia a la víctima, que, echada boca a bajo era amarrada de piés y manos, las nalgas y las espaldas desnudas, el pescuezo agobiado por una enorme piedra y la cabeza colgando y envuelta en un poncho, que se trasformaba en dogal cuando la garganta incomodaba con sus gemidos inoportunos. Ni un grito, ni un espasmo "ni uno de esos movimientos de cólera que abrevian el suplicio o que lo levantan dándole el carácter de un combate. Despedaza simétricamente a su víctima; la divide y la subdivide infligiendo un dolor elegido a cada miembro, una convulsión especial a cada fibra."

Al lado del catre dos colosales guaycurues, con unas manos chatas y espesas, manejaban como plumas unos látigos de *vergas de toro,* previamente escupidos y sobados, según un procedimiento propio por medio del cual les restituían la flexibilidad que el uso y la sangre les hacian perder. Aquellas dos bestias, humanizadas por la estación bípeda, eran como dos ruedas locas, que no cesaban de funcionar una vez puestas en movimiento, hasta que Patiño o Bejarano los sacaban a empujones del lado del catre.

Patiño y Bejarano eran los jueces, y aunque compartian con los indios sus rudas funciones, lo hacian naturalmente con cierto arte maligno, porque apuraban el sufrimiento sin producir aquellas muertes inoportunas que arre-

bataban a los verdugos la mitad de su jornal de aguardiente y privaban al dictador de su parte de gemidos y lamentos. Para inventar suplicios atroces, tenian, como dice Paul de Saint-Victor, la fantasía perversa de esos tiranos italianos a quienes bien se les podia llamar los artistas de la tortura.

En el cuarto inmediato estaba Francia devorando los instantes en anchos paseos, cuando los engorrosos procedimientos para asegurar al reo retardaban las ejecuciones apetecidas. (1) Allí escuchaba él los ayes que le acariciaban el oido, produciéndole aquella sonrisa de tetánico agonizante, tan peculiar de su fisonomía bañada en esos instantes por la satisfacción de una venganza cumplida usurariamente. La víctima sudaba sangre de las espaldas y de las nalgas ulceradas, y cuando el dolor horrible, intensísimo, le producia el síncope, Patiño pasaba al cuarto inmediato a dar cuenta al dictador que resolvía lo que debía hacerse: si continuar el castigo hasta que muriera, o si cesaba la tortura vista su completa inutilidad.

Otro síntoma que molestaba enormemente su susceptibilidad rabiosa y que ayuda eficazmente al diagnóstico, eran sus *insomnios tenaces.* (2)

Perturbando las condiciones físicas de la circulación e inervación y produciendo un estado permanente de hiperemía en el cerebro, habían deteriorado de una manera profunda las funciones nutritivas. Dos, tres y aún ocho días pasaba durmiendo una hora, y cuando por un esfuerzo supremo conseguía conciliar el sueño se veia atormentado por ensueños y pesadillas penosas que le hacian abo-

(1) Clamor de un paraguayo—atribuido a Molas.
(2) Molas. Provincia del Paraguay.

rrecer la cama y daban a sus empujes melancólicos un tinte aún más oscuro que de ordinario. Y cuentan los que sobrevivieron, que una noche de insomnio costaba más al Paraguay que veinte conspiraciones; porque sus vigilias forzadas determinando las tenaces congestiones que son sus consecuencias indispensables, fomentaban la recrudescencia de sus crisis.

Así vivió durante años, hasta que síntomas evidentes de *parálisis* le anunciaron el decaimiento completo en que había caido su cuerpo. En estas alternativas de carácter y de humor fantástico, aguijoneado por las punzantes sospechas que le inspiraba su incurable neurosis, y en el ejercicio constante, inflexible, de un despotismo melancólico, fué cómo Francia llegó a los noventa años.

No le alarmaron los signos de su enfermedad final y a pesar del debilitamiento progresivo de sus fuerzas y aún de sus facultades intelectuales, laceradas por hondas grietas, siguió gobernando imperturbable, rígido como en los primeros años de su dictadura. A medida que su mal aumentaba, sus órdenes se hacían más caprichosas, más violentas y extravagantes. Ultimamente su memoria funcionaba apenas; su palabra se hacia cada vez más difícil, torpe y medio balbuciente, como que un lento derrame iba paulatinamente comprimiendo la superficie del cerebro: *l'intelligence atrophiée s'affaiblit et expire par degrés, la béte survit seule.*

Por fin, el veinte de septiembre de 1840 la *Apoplegía Serosa* hizo bruscamente su complea irrupción matándolo en pocas horas: (1) la melancolía se había convertido

(1) Todas las formas del reumatismo cerebral, dice Charcot, se encuentran en la gota. La *apoplegía reumática* o forma

en demencia, término habitual de esta forma. Moría según la predicción que Swift había hecho para sí: *comme un rat empoisonné dans son trou.*

Sólo Estigarribia, su médico, y *Sultan* su amigo interesado, rodearon su cama en ese momento supremo.

Estigarribia rezaba con el fervor y la sinceridad que le eran peculiares; *Sultán* roía un hueso con la más profunda indiferencia.

---

apoplética del reumatismo cerebral indicado por Stoll y muy bien estudiado por Vigla se ve bajo la forma de estupor en la gota, según Lynch y Trousseau.

También determina algunas veces el reblandecimiento y la *hemorragia cerebral.* Esta última enfermedad es la que con más generalidad se admite como la causa inmediata de la muerte de Francia. El estado deplorable en que se encontrarian sus vasos a consecuencia de su diátesis y de la edad avanzada confirma de una manera completa el diagnóstico corriente. Grasset y casi todos los autores modernos, al hablar de la hemorragia afirman que la edad desempeña un gran papel, que la senilidad favorece y provoca las alteraciones que la producen y que de una manera general se debe decir que la hemorragia cerebral es tanto más frecuente cuanto más avanzada es la edad. De *sesenta* para arriba es en la que con mayor frecuencia se observa y Francia murió a los noventa. La apoplegía no es siempre sanguínea; puede ser serosa. En este caso es debida a una especie de edema agudo, a un derrame rápido de serosidad en los ventrículos o en el cerebro mismo (Grasset). Esta última forma es la que con más frecuencia se observa en los ancianos.

CAPITULO III

SUMARIO.—Los íntimos.—Los chambelanes.—Los heraldos y los verdugos.—Bejarano.—El médico Estigarribia, su retrato, su vida y sus talentos.—La terapéutica de las enfermedades de Francia.—Sus insomnios y su constipación.—Preocupaciones de Estigarribia.—Patiño.—Sistema penal de Francia.—El gabinete de estudio.—Su ama de llaves.—El perro Sultán.—El negro Pilar.—Los cuervos.—Extravagancias dolorosas.—Matanzas de perros.—Ejecuciones.—Servilismo.—Sus únicos amigos.—Minuciosidades administrativas.—Conclusión.

A pesar del aislamiento claustral en que suponiamos a aquel gran misántropo, tenía a su rededor cierto número de favoritos, que constituían, diré asi, su Corte. Pero era una Corte peculiarísima, única en su género, y que colma la medida de las singularidades humanas.

Tenia sus chambelanes oficiosos como la corte célebre de Tourney, su médico, sus letrados, sus pajes y lo que es aún más raro y a pesar de esa probidad genésica proverbial que tanto contribuyó a exaltar su cerebro, sus damas; unas gorgonas trigueñas y verdosas que sólo en las polleras revelaban su sexo y que prolongaron los años de su larga vida atrofiando el exceso de su torpe genesismo.

La Corte era reducida, pero selecta en cuanto a la especialidad de sus ejemplares reclutados en la clase más ínfima de su pueblo.

Era una nobleza como la de los príncipes de Napoleón I, a quien él trataba de imitar por medio de un sombrero de

lastimosas dimensiones; una nobleza de orígen completamente sucio y plebeyo que completa de una manera notable la tétrica sintomatología de su neurosis.

Dragoneaba de comandante de la guardia encargada de cuidar la sagrada persona, un capitán de milicias, que queriendo explicar a sus subordinados lo que era la libertad y no encontrando en su cabeza una definición satisfactoria, concluyó por decirles: que *era la fe, la esperanza, la caridad y el dinero.*

Tenia su cardenal en el Provisor o Vicario General que gobernaba la diócesis y por conducto del cual prohibió las procesiones y el culto nocturno, temeroso de que dieran lugar a reuniones sospechosas. Sus pajes, en dos negrillos mal entrazados y medio raquíticos, con los huesos flejados por alguna diatesis hereditaria, a quienes hacia azotar diariamente con uno de los altos dignatarios de la Corte. Su médico o mejor dicho su nigromántico, dada la talla pequeña y el aspecto misterioso y cabalístico del inolvidable Estigarribia, cuyas manos como manojos de zarzaparrilla, eran las únicas que tenian la piadosa misión de preparar el tósigo *de duraznillo,* con que el dictador se purgaba semanalmente.

Había un heraldo en calzoncillos y camiseta colorada; singular heraldo, por cierto, cuyas funciones múltiples de verdugo y barbero desempeñaba un chino de proporciones monumentales, llamado Bejarano; hombre de maneras brutales, de larga barba, cabeza pequeña con las líneas y las estrecheces de un cretinismo acentuadísimo y una mano de canalla, ancha, espesa y de agilidad sorprendente para manejar la *verga* que hacia hablar a los delincuentes en aquella triste *Cámara de la Tortura.* Bejarano go-

zaba para con el dictador y en alto grado, de esa privanza depresiva y humillante que tenian con él todos sus coadjutores. Era una especialidad para los azotes y se preciaba de poseer como ninguno el arte dificilísimo de azotar a la víctima produciéndole enormes sufrimientos sin que perdiera el sentido. Cuando excepcionalmente, alguna sensibilidad demasiado reaccionaria caía bajo sus manos y el paciente se desmayaba, Bejarano tomaba con rabia el hisopo empapado en salmuera y orines y con ojo de chacal vengativo se lo pasaba groseramente por la llaga sangrienta que le había abierto su poca maestría. En una palabra: era una mezcla maligna de guaycurú y de gitano, con rasgos pronunciados de ese atavismo símio, que se revelaba en su ardor inmoderado por los placeres sexuales.

Estigarribia era el más alto *privado* de Francia. Cierto secreto y misterioso respeto, hacia que el Dictador lo mirara con una benevolencia artificial, hija del miedo que naturalmente le inspiraba la idea de que aquel hombre tenía su vida entre las manos. Aquel pobre taumaturgo que ni leer bien sabia, era el más bello ejemplar de la ciencia médica de la colonia; un dignísimo hijo intelectual del *físico* Comellas; un girón de la posteridad pavorosa del bachiller Bazán, aquel encarnizado protomédico que no dejó vivo ni uno siquiera de los alcaldes y regidores Santiaguinos que cayeron en sus manos mortíferas.

Estigarribia era un hombre íntegro y de una bondad moral a prueba de todas las tentaciones. Su alma sin doblez y casi diria candorosa, no sintió jamás la fascinación del asesinato impune que podia haberlo llevado fácilmente a librarse de Francia por medio de una pócima cualquiera. Tenia un aspecto grave, reposado, casi vene-

rable: unas patillitas cortas y fáciles salpicadas abundantemente de canas y una de esas fisonomías diáfanas y trasparente al través de las cuales se descubre sin gran trabajo hasta el último repliegue del espíritu. Hablaba poco como convenía a su regio *cliente* y a pesar de que cultivaba cordiales relaciones con el pueblo no se le conocían amistades estrechas con nadie.

Era un hombre o mejor dicho una miniatura de hombre, pequeño enjuto y reducido aunque muy proporcionado: tenia un cuerpecito de niño raquítico, con prominencias y jibosidades en la espalda y un cuello corto y flaco terminado en un cráneo voluminoso para tan precaria estatura; pero un cráneo inteligente con frente amplia y con mucha luz en los surcos y en los rasgos, que eran hondos y sinceros como que reflejaban, con toda la ingenuidad de la línea, la superficie mansa y tranquila de un corazón irreprochable. Debió ser un espíritu de una viveza nada común por el movimiento que revela su fisonomía. Pero de una viveza pasiva poco bulliciosa y sin carácter fosforescente y movible con que se revela en los nativos esta especie de *temperamento* intelectual que tanto se confunde con el desarrollo superior del cerebro. Tenia unos ojos claros, sumamente claros, y metidos como dos anteojos en unos rodetes formados por la piel lasa y fácil de la frente y por el párpado inferior abultado y oscuro, recordando el párpado suplementario, la membrana *clignotante* que según el *hoekoelismo* intransigente, nos han dejado como herencia, nuestros antepasados lejanos. Una boca grande, un cabello poco abundante, suave y con pretensiones de ensortijado y dos orejas largas, anchas, que parecían robadas a algún gigante mitológico, completaban el rostro del

inolvidable y benemérito D. Vicente, el más conspicuo *consular* de la corte de Francia.

Cuando salía a sus quehaceres profesionales, montaba en un peticito lobuno; y con los piés fuera de los estribos y las piernas pendientes y agitadas del movimiento tremulante que le imprimia el trotecito revolucionario del petizo, recorría todos los cuarteles haciendo precipitadamente sus visitas y retirándose otra vez a esperar las ordenes del Supremo. No había, por supuesto, pulso, ni por fórmula, auscultación para qué decirlo; ni aún la prehistórica observación de la lengua, sin la cual no hay para el vulgo medicina posible. Había instinto; la clarovidencia semeyológica que ilumina el raro buen sentido del curanderismo y que se adquiere a los treinta o cuarenta años de una práctica diaria y constante. D. Vicente curaba — esto es indudable — y curaba allí, con más éxito que cualquier médico ilustrado, porque a su tino nativo reunia el conocimiento profundo, aunque empírico de las enfermedades propias del clima y de las yerbas medicinales abundantísimas, con que la naturaleza ha enriquecido aquel suelo.

Vivia en su botica completamente sustraido a todo contacto vulgar. Y sólo cuando ciertas mortificantes dolencias atacaban al dictador, se le veía salir rápido como una ardilla y entrar al palacio, metiéndose hasta el dormitorio mismo del César no sin grande y profunda admiración de parte del pueblo, para quien aquel privilegio inaudito tenia algo de sobrenatural.

Las lavativas variadas y múltiples, los sudores profusos producidos por la aglomeración asfixiante de enormes pilas de cobijas y la sangría repetida *jusque ad animi deliquium* como decia el divino Celso, constituian el funda-

mento invariable de su terapéutica casi milagrosa. Aquel hombre hacia prodigios con esos tres únicos recursos y según la tradición de su pueblo, tal vez un poco benévola, el tristel, sobre todo, operaban entre sus manos las maravillas del unto mágico de Paracelso. Pensaba como Voltaire, a quien inútil parece decirlo no conoció, que las personas de *choledoque couland et entrailles veloutées* son dulces afables, graciosas, mucho más complacientes y desenvueltas que el pobre constipado, eterna víctima de su propia inercia intestinal.

Francia padecía habitualmente de una constipación tenaz; constipación que tenia para él la doble molestia de repercutir fuertemente sobre sus facultades cerebrales y de alejarlo de Napoleón I, que gracias a una tisana célebre de Corvisart y por una erupción crónica del cuello, tenia que conservar siempre flojo su vientre.

Largas y profundas meditaciones costaba a Esgarribia esta irregularidad intestinal, Había ensayado todo su arsenal terapéutico sin encontrar la *tisana imperial* que lo librara de las exigencias apremiantes de su impaciente amigo. Y como él sabía la recíproca influencia que tienen las afecciones morales y las constipaciones del vientre, se quemaba el cráneo buscando la solución del problema supremo, sin salir de su singular farmacopea. Aquella mortificación tan degradante para Francia exigía un pronto remedio. La frecuencia con que se presentaba ese tétrico malestar que tanto prolongaba sus ansias melancólicas, lo hacia por momentos más exigente con su médico, que en cierta ocasión hubo de ser expulsado por *ignorante y bribonazo*.

Esto último aconteció, sin duda, porque Francia a pesar

del temor supersticioso que le tenia se había permitido, un día de *crisis rosa,* sondear los alcances del médico, convenciéndose muy a pesar suyo, que toda su ciencia no alcanzaria a proporcionarle el íntimo placer de parecerse a Napoleón I, ya que no en la cabeza, por lo menos en el sombrero y en la envidiable regularidad del intestino. Y es probable que esta última circunstancia tanto como las molestias de la enfermedad, influyeran para exigir con tanto apremio su tratamiento definitivo.

Francia tenia la ambiciosa pretensión, hija de ese vago delirio de las grandezas que se descubre en muchos de sus actos, de parecerse a ese grande hombre en su figura y aun en su genio maravilloso. Tenia en el gabinete una caricatura de Nuremberg representando a su héroe y a la que tomó de buena fe como un excelente retrato, hasta que el Suizo Rengger le explico la inscripción alemana que tenia debajo. La idea de completar el traje de corte con un enorme y ridículo elástico cruzado, le provino de este dibujo en el cual se había pretendido ridiculizar a Bonaparte exagerando las dimensiones de su sombrero. (1)

Al lado de Estigarribia y como persona conspicua también, estaba el *fiel de fecho;* especie de vampiro capaz de sorber la sangre de su propia madre, y que tenia como Bejarano funciones múltiples de delator, de juez, de secretario y espía. Este personaje peculiarísimo a quien Francia llamaba su *Sancho Panza* y que por la universalidad de sus aptitudes desempeñaba también el papel de bufón, ocupaba en el palacio un lugar preferente después del médico. Hacia las veces de secretario cuando no se trabajaba en la *Cámara de*

(1) Rengger y Longchamp. Obra citada.

la verdad o cuando los ratos fugaces de buen humor del Supremo, no le llamaban a desempeñar sus funciones estúpidas de juglar. Recibia los informes, las solicitudes y todos los papeles que venian *dirigidos al gobierno,* teniendo especial cuidado, según orden recibida, de rechazar con una amenaza, todo documento que no trajera el consabido *S. E. el Exmo. Dictador Supremo del Paraguay.*

Con otra circunstancia más y por cierto curiosa: que el peticionario no debía poner la fecha sino dejar al Dictador que la pusiera con su propia mano. Cuando el *fiel de fecho* escribia el dictado de S. E., debía hacerlo sin mirarle a la cara, sin hacer preguntas impertinentes y *con los piés desnudos* pues según las extravagantes concepciones de aquel singular fisiólogo, el color de los botines acumulaba en los piés la sangre que para funcionar regularmente necesitaba la cabeza.

Patiño (así se llamaba este cortesano original) aunque con menos angulosidad, tenía la misma estructura moral de Bejarano. Era, según creo, un criollo de orígen español, pero sin la mezcla nociva del toba, que daba al heraldo su ferocidad nativa y ese refinamiento característico que manifestaba en la aplicación artística del tormento. Patiño tenia una alma negra y con las dobleces necesarias para llegar hasta Bejarano, pero pasiva, morosa y sin la inventiva maligna de aquél. Era feroz por contagio más que por organización. Poseía las aptitudes de un lego inquisidor embrutecido en el ejercicio diario del tormento, pero no la espontaneidad dispuesta y fecunda del *mazhorquero* refinado, que inventaba para cada víctima y para cada caso particular una tortura especial. Era malvado, más por inclinaciones enfermizas, de puro bruto y

de puro ignorante: parecía una reproducción humilde y medio degradada de Facundo en quien no había enfermedad sino el salvajismo impulsivo y la áspera rusticidad del hombre primitivo. Seguramente que de su cerebro perezoso no hubiera brotado jamás el *degüello a serrucho* o las mutilaciones lentas por el cuchillo mellado, que transplantadas al Paraguay hubieran hecho las delicias de Bejarano.

Todo el aspecto físico de la persona, y hasta la misma inercia de su fisonomía, ponian de manifiesto su estructura interna. Era de cortas proporciones, regordetón y vasto de espaldas como convenia al homónimo de Sancho. Un cuello espeso y corto, de esos cuellos característicos que viven solicitando apoplegías; y unas piernas cortas y abiertas por la acumulación exorbitante del tejido adiposo. Unas piernas columnarias, enormes y de una agilidad tan dudosa, que el mismo Francia se servia de ellas para establecer un término de comparación: *para darles a estos pueblos*, decía, *las libertades que ellos quieren, es necesario andar con las piernas de Patiño.*

En su cara redonda e imberbe, con los ensachanmientos laterales propios de las personas glotonas, manifestaba dos rasgos profundamente expresivos y que se abrian paso al través de la grasa que la hacia informe: el arco superciliar grueso y redondo como la piel de un paquidermo, formando esa cubierta espesa detrás de la cual se esconde, para mirar a mansalva, el ojo de los pícaros; y una pupila pequeña pero con una fosforescencia inquieta y sumamente elocuente. El *fiel de fecho* tenia entrada a toda hora en el palacio y en todos sus departamentos, menos al dormitorio del Dictador donde sólo la modesta, aunque ancha planta de Estigarribia, podia pisar.

El gabinete era la sala destinada a la recepción de los grandes *dignatarios*. Allí concurrian Patiño y Bejarano asiduamente, y de cuando en cuando, el comandante de la *Guardia Imperial* a recibir las órdenes supremas. Allí también era donde el entusiasmo y la supersticiosa veneración que profesaban al amo tomaban su altísimo vuelo. En presencia de aquellos viejos volúmenes de Voltaire, de Raynal y del abate Rollin dotados, por el solo hecho de ser libros, de un prestigio sibilino, su fama de sabio crecia y se hinchaba en la imaginación de esos pobres patanes. El globo celeste en que el dictador estudiaba y en cuya contemplación respetuosa se pasaban horas enteras mirando como dos autómatas aquellas extravagantes *figuritas,* los había persuadido de que Francia conocía por el estudio de las constelaciones los más recónditos designios del corazón humano. Y si no era así, ¿qué significaban aquellos globos misteriosos, aquellas observaciones estelares a altas horas de la noche, aquellos éxtasis astronómicos en que lo sorprendia la aurora mirando *para arriba,* según la observación de uno de sus chambelanes? Los escasos instrumentos de matemáticas, las cartas geográficas y un antiguo cuadro de osteología en que los esqueletos parecian próximos a desprenderse de la pared, completaban esta idea de la suprema omnipotencia del dictador.

Para la época y para el país en que vivió, podia considerarse a Francia como un hombre de vastísima ilustración. Poseía bien el francés, tenia nociones generales y bastante adelantadas de agricultura, geografía, botánica y últimamente cuando por su evolución natural la enfermedad tomó vuelo, aumentando su intolerable desconfianza, aprendió inglés, solo, y con una paciencia de benedictino.

Y lo aprendió para poder leer los pasaportes que venian escritos en ese idioma; con la única ayuda de una vieja gramática que poseía en su biblioteca.

Toda su corte se componía de ejemplares como Bejarano y Estigarribia.

Había tenido el cuidado de arrojar de su lado lo que tenia de honorable y de sano la Asunción. Sus comandantes y sus jueces, los celadores y los alcaldes, eran de la hez del bajo pueblo. Los empleos de jueces y de sus asesores estaban desempeñados por personas igualmente ignorantes y rústicas, que no tenian otro código que el más o menos buen sentido con que los había dotado la naturaleza. (1) Bajo el antiguo régimen eran nombrados de entre los grandes propietarios y negociantes ricos, interesados en dejarse dirigir por gentes instruidas, pero Francia invirtió este orden porque tenia horror a la gente decente a quien trataba con el duro rigorismo de un sistemático atrabiliario.

Para la práctica de su extraña penalidad, tenia en toda esta gente fieles ejecutores que se disputaban el honor de cumplir con exceso sus órdenes. Según la naturaleza del delito y a menudo según el humor en que se encontraba, resolvía inmediatamente sin haber oído ni aún visto al acusado. Los crímenes de Estado, el contrabando, los robos en los caminos y finalmente las tentativas de evasión eran juzgadas directamente por él y entrañaban de ordinario la pena de muerte que era ejecutada sin dilación. En la categoría de los crímenes de Estado, comprendía "toda acción, toda palabra, que según su humor sombrío y caprichoso, encerrara alguna ofensa a su autoridad. Y

(1) Rengger y Longchamp. Revolución del Paraguay.

esto no sólo en su propia persona sino también en la de sus empleados y allegados; de manera que, la gente decente para no ser tratada como traidores a la patria, debían sufrir sin exhalar una queja las mil vejaciones de todos los instrumentos más serviles y subalternos del despotismo de aquel hombre". (1)

Sus secuaces mismos no escapaban a sus excesos cuando los vapores de su melancolía, llena de impulsos y de impaciencias, le embargaban los sentidos. La más leve falta, la más vaga sospecha de una tentativa sobre su persona, lo arrojaban en mil ansias y transportes peligrosísimos. Así, una mujer del pueblo que no sabiendo cómo hablarle se había aproximado a la ventana de su gabinete fué enviada al calabozo en castigo de tan inaudito atrevimiento. Y fué tal la impresión que causó esto sobre su ánimo desconfiado, que la supuesta falta de respeto lo obligó a encerrarse por muchos días dando orígen a aquella singular orden a que me he referido en el capítulo anterior. La orden corrió de boca en boca por todo el pueblo, y desde entonces los transeuntes pasaban con la vista fija en el suelo sin atreverse a mirar el palacio.

Cuando sintió que su pié pisaba sobre terreno firme, inconmovible, y vió que le obedecian sin restricciones y que sus más pueriles caprichos eran órdenes supremas para todos, su espíritu enfermo, traqueado y privado de la derivación provechosa que le proporcionaban sus múltiples ocupaciones, se hizo más atrabiliario aún, más inaccesible que antes. La desconfianza llegó a tal punto, que no sólo estudiaba las cuentas de la administración, sino que exa-

(1) Rengger y Longchamp. Obra citada.

minaba con escrupuloso cuidado hasta los más insignificantes asuntos domésticos. La comida, el pan, los cigarros que fumaba, eran objeto de constantes sospechas, habiéndose impuesto en consecuencia, una frugalidad penosa que a menudo lo privaba de ciertos placeres a que era sumamente afecto.

Tenia a su lado y con ciertas prerrogativas, una vieja esclava que le arreglaba su cama, limpiaba su ropa y corria con todo el movimiento de la casa. Era una vieja harpia que participaba en algo de la reclusión conventual y de las extravagancias de su amo. No se asomaba jamás a la calle ni la veía nadie, temerosa de que la hicieran partícipe del odio que le profesaban a él.

Cuando las medicaciones inocentes de Estigarribia no daban el resultado apetecido, parece que la vieja Hécate recurría a sus untos mágicos y aplicaba con éxito ciertas fricciones anodinas en las piernas gotosas y doloridas *del Gobierno*. Esta mujer y el viejo herbolario eran los únicos que gozaban de aquel singular privilegio. A la sirviente las unturas y las pomadas, a Estigarribia la terapéutica interna que requiere algo más que buena voluntad y manos suaves y avezadas. Francia tenia por la Vieja cierta benevolencia que se atribuía a su influjo en *la corte;* asi es que a menudo se veia asediada con solicitudes y empeños, que se guardaba bien de hacer, temiendo sus iras olímpicas y peligrosas.

Sobre la larga mesa en que el Supremo, provisto de la tiza y de un par de tijeras, demostraba a sus sastres la cantidad de paño que le robaban (1) la vieja confidente

(1) Rengger y Longchamp. Obra citada.

iba colocando todos los objetos que enviaban al palacio: grillos, cerraduras, calzones, kepies y muestras de comestibles de los almacenes del Estado etc., tec. Esto y la autorización para emitir juicios más o menos aceptables sobre las costuras de la ropa que se cosía para el ejército, eran las dos únicas funciones públicas que desempeñaba.

A sus órdenes, aunque gozando de cierta bulliciosa independencia que después le costó la vida, estaba el negro *Pilar* personaje popular y fatídico por las extrechas vinculaciones que tenia con Francia.

Pilar desempeñaba el papel de *valet de chambre* y diríase mejor, de sombra del Dictador, porque era inseparable de su persona. Era un negrito como de diez y siete años que se ocupaba en corretear por las calles de la Asunción espiando y robando impunemente en las tiendas y casas de familia donde forzosamente tenia que ser bien recibido. Aquel hombre atrabiliario se hacia contar por él, historias picantes en las cuales figuraban como protagonistas personas conocidas del pueblo, a quienes ridiculizaba con un sarcasmo grosero. El negro le llevaba noticias y detalles satisfactorios sobre la vida de las familias espiadas por el gobierno; lo sentaba a su mesa y compartía con él su comida, más por experimentar *in anima vili* ciertos platos sospechosos, que como prueba de aprecio y de confianza. En los escasos días de buen humor, el viejo César pasaba sus largos ratos de solaz oyendo sus bufonadas y despachando con extraña benevolencia las solicitudes y empeños que introducian por sus manos algunos litigantes desesperados que explotaban la codicia del negro. En sus largas conversaciones, Pilar se permitia licencias cuya tolerancia nadie se explicaba. Sólo la naturaleza caprichosa

del Dictador y su buena disposición de ánimo en algunos días de lasitud cerebral, podían explicar los graves abusos que cometia, condimentando con palabrotas y obscenidades sus pláticas estrafalarias.

Pero un día, las licencias de Pilar llegaron, sin duda, a un grado disgustante. El viento del Norte, seco y molesto, sopló recio y los nervios del Sátrapa octogenario crispándose más que otros días, levantaron la marea y produjeron más negra y más destructora que nunca su tenaz melancolía. Se le vió salir a la puerta llamando a grandes voces al oficial de sus guardias y darle orden de que sacara al negro y lo fusilara inmediatamente por *ratero*. El oficial tomó de un brazo al pobre muchacho que abría desmesuradamente sus grandes ojos, presa de un terror profundo, y que, en las ansias de la muerte próxima, luchaba por desasirse dando gritos horribles y difundiendo la alarma por todo el pueblo.

La muchedumbre llamada por los ayes del *paje* se agrupaba silenciosa al rededor del patíbulo improvisado. Iban abriéndose las puertas una tras otra y por rendijitas extrechas comenzaban a asomarse los vecinos asustados y temblorosos. Los más atrevidos salían a la acera, pero nada más que a la acera, los temerarios se acercaban a veinte pasos y se interrogaban furtivamente con la vista, porque en circunstancias tales, la lengua se escondia en la garganta y cortaba todas sus peligrosas comunicaciones con el cerebro. El reo es atado a un poste y en presencia del Dictador mismo se le pegan cuatro tiros que, según la costumbre establecida, él con su propia mano había repartido.

En casos como éste, hasta el mismo Estigarribia sentía

sobre su pecho ciertos escozores proféticos que lo hacian cada vez más reservado y parco con *el Gobierno*. El ejemplo era edificante y encerraba una enseñanza provechosa aún para los *amigos* favoritos. La vida estaba vinculada a los caprichos del barómetro y cuando el viento cauteloso del Norte comenzaba con su suave perfidia a acariciar la frente del viejo, la aguja tomaba una inclinación fatídica y se sentía cierto olor a sangre, desagradable y picante.

Francia contempló por un momento el cadáver de su paje y se retiró tranquilamente a sus piezas interiores, seguido de *Sultán* cuyas caricias hoscas pero discretas reemplazaron desde entonces las del pobre pilar.

Sultán, creo necesario decirlo ya que lo introducimos en la escena, era todo un personaje; un oasis de ternura en medio de aquella inclemente esterilidad. Por los estrechos lazos que tenian con el amo, él y Pilar participaban del odio y del respeto artificial que el pueblo le profesaba.

Cuando Sultán con su acostumbrada indolencia se echaba largo a largo en la acera, los transeuntes bajaban respetuosamente para no molestarlo. Y como tenia el derecho inalienable de transitar libremente por todas las calles, de comer como Pilar en el plato del Gobierno y aún, según se afirmaba entonces, de compartir la cama del amo como los *Turcos viejos* de Stambul, todos le tributaban los honores y las consideraciones que el musulman indigente a los canes hambrientos que en Constantinopla dividen con ellos el odio y la antipatía a los infieles.

Pero Sultán solia abusar de sus prerogativas humanas. Con sus roncos y monótonos ladridos concitaba la desobediencia de los otros perros cuyas bulliciosas reuniones nocturnas mortificaban el oído nervioso del amo, dando

pábulo a sus largos insomnios. Mordía el hocico a los caballos, e iba a lamer la sangre de los ajusticiados si los fusilamientos se verificaban frente a los balcones del Gobierno (1). En las tardes de paseo, cuando Francia salía a caballo, Sultán y Pilar iban delante desempeñando tan bien su papel de batidores que aún sin descubrir la figura ridículamente inhiesta y rígida del amo, todo el mundo se retiraba cerrando las puertas y ventanas con un profundo terror que inspiraba su presencia. El negro corria adelante y Sultán detrás ladrándole y buscándole las pantorrillas. Los granaderos con sus sables al hombro y gritando el *chaque caray* fatídico y ese ruidito especial tan conocido que hacia la silla del Dictador y que en el profundo silencio de las calles percibían claramente los que espiaban detras de las ventanas (2) formaba un cuadro grotesco, pero al mismo tiempo triste e imponente, para todos los que sentían pasar por delante de su puerta aquella procesión lúgubre y temible.

Fué en uno de esos paseos frecuentes al principio de su gobierno, cuando una de esas cuadrillas de perros errantes, tuvo la audacia de ladrar a su caballo, tentando una batida a su perro. Este incidente sin importancia dió orígen a que se repitiera con mayor encarnizamiento una escena grotesca pero de consecuencias dolorosas para la población. Vivamente impresionado con esa falta inaudita de respeto, y sospechando una intención velada de parte de sus enemigos, aquel espíritu puerilmente atrabiliario orde-

(1) Veinte años en las cárceles del Paraguay, etc.

(2) El Sr. Peña (el Ciudadano Paraguayo) decía que varias veces había intentado, ocultándose detrás de su ventana, ver al Dictador, pero que al sentir el ruido de la silla se había retirado poseído de un terror inmenso.

nó a sus granaderos y a algunos miembros de la *Corte* que recorrieran las calles de la ciudad y armados de picas y de sables mataran todos los perros que hallaran á su paso.

Para comprender con qué escrupulosidad temible seria cumplida esta disposición extravagante, es necesario tener presente que no había en Francia la amarga ironia, la intención traviesa que inspiraba a Rosas ciertas medidas de este género. Con la misma majestad teatral con que leía las cartas de la reina de Inglaterra o mandaba fusilar a un ciudadano, disponia que se mataran los perros u ordenaba a Patiño que se sacara los botines para la mejor repartición de su sangre. No cabian en su espíritu terriblemente ampuloso y egoista, esas truhanerías sangrientas y sutilísimas que brotaban como chispas en el espíritu vivaz de D. Juan Manuel.

Encabezadas por los más *altos dignatarios* de aquel impero rabeleciano, salieron los grupos a cumplir la suprema resolución. La alarma cundió por todo el pueblo al apercibir los pelotones sucesivos que venian en son de guerra. La lucha se armó entre los soldados y los primeros perros que encontraron, dando lugar a las escenas que son de suponerse; los gritos de la tropa atrageron los perros de las casas inmediatas que brotaban de todas partes como por arte de encantamiento y que aullaban y bramaban juntos, produciendo una algazara horrible. Los soldados los perseguían descargando hachazos y palos con un encarnizamiento de batalla indecisa. Los escasos transeuntes corrían a su vez, alarmados, sin saber si eran ellos o los *canes* los que debían morir, y empujados por esta terrible duda se metian en sus casas o en la del vecino y cerraban sus puertas produciendo, como era consiguiente, la más angustiosa confusión en las familias bastan-

te acongojadas ya. Pero los soldados enardecidos por la natural resistencia, la lucha y la ensordecedora gritería de las víctimas, empujaban las puertas, las volteaban si ofrecian resistencia y entraban hasta las piezas interiores (1) matando perros y volteando muebles, mujeres, criaturas, viejos y todo lo que se les ponía por delante, a fin de que la orden se cumpliera con la exquisita exactitud de detalles que tanto complacía a S. E. Una vez terminado el combate, la tropa se retiró triunfante dejando el campo sembrado con los cadáveres mutilados de los perros. Pasose el parte correspondiente con el consabido al *Exmo. Señor Dictador Supremo de la República del Paraguay* etc., y restablecida la tranquilidad todo volvió a su antiguo quicio con la misma sangrienta monotonía de antes.

Los comandantes de campaña que se complacian en imitar en sus vejaciones y extravagancias al jefe del Estado, declararon igual guerra a los perros haciendo perecer en pocas horas un número considerable de ellos.

En esto de imitaciones, lo mismo *los íntimos* que los comandantes y hasta el más humilde alcalde, llevaban lejos su ridículo entusiasmo. Cuenta Rengger que algunos de ellos habiendo visto que el Dictador usaba por la mañana *une robe de chambre* se habían hecho hacer un traje análogo, pero a guisa de uniforme ordinario y sin abandonarlo jamás, aun para montar a caballo, se paseaban llenos de orgullo pero descalzos y sin calzoncillos muchas veces.

En la casa de los antiguos gobernadores, que era uno de los edificios más grandes de la ciudad, construído por

(1) Rengger y Longchamp. Obra citada.

los jesuítas poco tiempo antes de su expulsión, era donde el viejo déspota tenía su residencia oficial rodeado de esta corte singular: el *fiel de fecho* memorable, su extraño heraldo, su médico herbolario, sus verdugos, el perro y otros dos amigos que compartían con este último los afectos del gobierno. Eran éstos, dos cuervos (1) que vivieron humillados y oscurecidos en la inacción a que los había destinado la rapacidad sanguinaria de Patiño y Bejarano. Sólo se ocupaba en picar el lomo de los caballos de los granaderos y en comerse la carne podrida que éstos tiraban. Cuando la abstinencia se prolongaba demasiado, sus ojos relampagueaban y las alas se movían con esa agitación convulsiva con que se mueven en presencia de la presa codiciada: tomaban olor a sangre y aleteaban hincados por el hambre y por las promesas no cumplidas, de un eterno banquete de ojos y de carne humana. Sin embargo, nunca pudieron sorprenderlos devorando el ojo de algún muerto, bien es verdad que aunque lo hubieran intentado sólo habrían hallado la órbita vaciada por la mano de alguno de los guaycurús que custodiaban la *Cámara de Tortura*. Esos eran sus dos más formidables rivales.

A pesar de todas estas amistades aparentes, Francia era suficientemente suspicaz y demasiado cruel y severo para conceder por completo su cariño a nadie; a no ser al perro y a los cuervos por quienes tenía verdadera predilección, más por misantropía que por amor a los animales.

(1) Veinte años en los calabozos del Paraguay.

EL ALCOHOLISMO

DEL

FRAILE ALDAO

CAPITULO IV

SUMARIO.—Efectos del alcoholismo.—Casos notables.—La dipsomanía su origen, su papel en el alcoholismo crónico.—Dipsomaníacos célebres.—Impulsiones irresistibles.—La antropofágia.—El alcoholismo y la parálisis general.—La embriaguez en Europa, según las últimas estadísticas.—Los trabajos de Magnus Huss.—Influencia del alcohol sobre ciertos acontecimientos políticos.—Salomón y la Mazorca. —El consumo de alcohol durante la tiranía de Rosas.—Quiroga.—Francia.—Artigas, etc. etc.—La dipsomanía del Fraile Aldao.—Sus enfermedades físicas.—Su orígen y sus primeros años.—Guardia vieja.—Importancia médica de este acontecimiento.—Cómo obraba el alcohol en el Fraile.—Episodios de sus borracheras.—Exaltaciones maníacas.—¡Sangre! ¡sangre!—Depresión moral.—Embrutecimiento. —Alucinaciones.—Muerte del Fraile.

BIBLIOGRAFIA. — MARCÉ. — *Traité practique des maladies mentales.*—GRIESINGER.—*Traité des maladies mentales, traducido por* BAILLAGIER. — SARMIENTO. — *Civilización y Barbárie.* — MAGNAN. — *L'al coolisme.* — MOREL. — *Degenerescences de l'espece humaine.* — VICENTE FIDEL LOPEZ. — *Historia de la Revolución Argentina.* — KRAFF. — EBING. — *La Responsabilité criminelle.* — *Comptes rendus du Congres International pour l'etude des questions relatives a l'alcoolisme.* — (*N.o* 16 *de la série*). — GARNIER. — *Dictionaire des sciences medicales.* — *Año de* 1881. — *Anales médico psícologicos.* — *Años de* 1874 *y* 1881. — *De L'influence de l'etat intermediare a la veille et au sommeil sur la marche des Hallucinations.* — *por* M. J. BAILLARGER. — *Archivio di Psichiatria, Scienze penali ed Antropologia criminali.* — PAZ SOLDAN. — *Historia del Perú Independiente.* — *Registro Oficial del Gobierno de*

Buenos Aires. — (*Año* 1840). — ROSENTHAL. — *Traité des maladies nerveuses.* — GRASSET. — *Traité des maladies nerveuses.* — *Registro Oficial del Gobierno de Buenos Aires.* — (*Año* 1839).

Susana Brunet, de cincuenta años de edad, era según el testimonio de todos sus allegados, una mujer inclinada al abuso de las bebidas alcohólicas. Su cara vultuosa, su nariz espesa y rubicunda y sus manos temblorosas y como movidas por la *parálisis agitante,* demostraban superabundantemente sus inclinaciones maléficas. A consecuencia de una discusión con su vecina y en venganza de algunas palabras un poco vivas que le había dirigido, incendióle la casa y más tarde, por otro atentado análogo, fué condenada sin apelación a un asilo de locos peligrosos.

Brouchard, otro ebrio consuetudinario, compareció delante del tribunal correccional de París acusado de robos, de rebelión contra los agentes de la autoridad, de ultrajes infinitos al pudor y de tentativas inmotivadas de homicidio aleve. Brouchard fué condenado a tres meses de prisión y a veinte francos de multa. Pero un alienista sagaz después de haber leído las minuciosidades reveladoras del proceso y en presencia de ciertos documentos que él contenía, hubiera diagnosticado un principio de demencia. Ciertas concepciones ambiciosas, y sobre todo la incoherencia, esa incoherencia característica, no podían conciliarse con una locura simulada.

Brouchard era un loco como Susana Brunet; ambos tenían esa locura que al principio se presenta vaga, difusa e indeterminada, pero que marcha después a trancos seguros hacia su término de exitación maniaca incorregible y de irresponsabilidad absoluta.

Es la eterna historia del alcoholismo crónico: incendios, asesinatos, delirios ambiciosos, ultrajes públicos al pudor con las minuciosidades repugnantes del exhibicionismo más indecente, cleptomanía y todo cuanto puede producir la inteligencia desequilibrada de un *vertiginoso*. En el fondo de una botella caben todos los delitos y todas las maldades imaginables; el alcohol estimula, el alcohol fecunda y despierta todo ese cúmulo de sentimientos bulliciosos que el hombre hereda del bruto, y que la conciencia en el estado de salud enfrena con su equilibrio potente.

Hay una fuerza secreta que tiene todo el vigor de la ciega fatalidad del instinto y que arrastra a beber con la voracidad insaciable de un deseo enfermizo; y tanto es así, que en ciertos alcoholistas recalcitrantes ella constituye una morbosidad singularísima llamada *dipsomania*, especie de impulsión irresistible de la categoría de la antropofagia y de la cleptomanía. Aparece, o como una forma particular de las locuras instintivas, o simplemente como una inclinación por los licores alcohólicos, puramente sintomática y que se observa al principio de algunas enfermedades mentales.

La primera de estas formas era la que arrojaba al fraile en sus repetidas borracheras y la segunda es a menudo el largo y oscuro introito de la *parálisis general*. En este último caso sólo es un síntoma, pero un síntoma grave que acelera singularmente la marcha de los accidentes, y que, a la larga, se convierte en causa. Como análoga a esta impulsión y ejemplo del poder fascinador que todas ellas ejercen en el ánimo, recordaré aquella curiosísima perver-

sión que arrastraba al irreprochable Bertrand a comer la carne humana y a profanar los sepulcros.

El sargento Bertrand, cuya conducta era por otra parte perfectamente ajustada a la disciplina, se iba de noche a los cementerios de París y de sus alrededores, desenterraba los muertos, los mutilaba a su gusto, favorecido por la oscuridad, y se entregaba a actos bochornosos de cohabitación.

Bertrand había sido en su infancia sombrío, taciturno y tenia un tío loco, circunstancia esta última que abogaba en favor del orígen mórbido de sus brutales apetitos. Habiendo asistido un día al entierro de un conocido suyo, fué atacado súbita y violentamente por el deseo de desenterrar el cadáver y devorarlo; este fué el primero de sus accesos, los cuales se repitieron después cada quince días y se anunciaban por una cefalalgia intensa, un malestar indefinible y el impulso maligno durante el cual, y a pesar de los culatazos y de las estocadas que le aplicaban los que espiaban sus pasos, escalaba los muros y desenterraba los cadáveres, sin sentir la menor repugnancia, ciego y fascinado por el empuje. (1).

Así precisamente, con esta intensidad tempestuosa, es cómo arrastra y fascina la dipsomanía.

Los estragos irreparables que hace el alcoholismo en algunos países tiene, por lo menos en parte, su filiación patológica, en estos casos frecuentes y por lo general poco conocidos de dipsomania. Se comprenderá fácilmente esto, si se tiene presente la frecuencia alarmante de la parálisis general que, como se sabe, comienza en muchas ocasiones

(1) MARCE. Traité des maladies mentales.

ocultándose, diremos así, bajo esta forma insidiosa. La *parálisis general* y el *alcoholismo* son las dos plagas sociales de mayor consideración, porque se ayudan mutuamente y se vinculan de una manera más íntima, más estrecha de lo que habitualmente se cree. Cada una de ellas y alternativamente es causa y efecto a la vez: el alcoholismo es, en muchísimas ocasiones, una de las causas de la parálisis, y ésta lo es en otras del alcoholismo que la sobrepasa en su creciente intensidad, suministra el mayor número de víctimas y se va de año en año difundiendo por todo el mundo con la actividad propia de las grandes plagas.

De 2.809 locos enviados a la enfermería de la Prefectura del Sena en 1876, de los cuales 1.677 eran hombres y 1.132 mujeres, el alcoholismo existía en 776, es decir, en más del tercio. Un informe de Mr. Ouslow revela, por lo que toca a Inglaterra y al país de Gales, lo frecuente que es allí la *borrachera del domingo*. En una población de 22.721.266 habitantes ha habido, según dice, desde el 29 de septiembre de 1876 a septiembre de 1879, 47.401 prisiones por alcoholismo; es decir la enorme suma de *quince mil ochocientos cada año*. En Liverpool ascendieron a 4.721, sobre 497.405 habitantes y en Manchester que cuenta 351.189 almas hubo 3.282. En Londres, Birminghan y sobre todo en Sheffield, en donde las condenaciones ascendieron a 175 *simplemente*, sobre una población de 239.946 es rara la *borrachera del domingo*. (1)

París suministra esta estadística: sobre un total de 2.582 individuos detenidos por locos en su domicilio, en la vía pública o condenados en el departamento del Sena

(1) Del Diccionario de Garnier.—Año 1877 y 1880.

en 1879, había 573 hombres y 157 mujeres afectadas de delirio alcohólico franco: cifra enorme que manifiesta hasta donde puede influir el alcoholismo en la producción de la locura (Garnier).

Y no es reciente esta alarmante propagación. Lo que la estadística enseña hoy con colores tan tétricos, ha sido un mal de todas las épocas; un mal que por distintas causas ha permanecido velado, y como escondido bajo otros aspectos, hasta que trabajos magistrales, como la célebre Memoria de Magnus Huss, lo pusieron de manifiesto, revelando al mundo el secreto de esta difusión creciente de la locura alcohólica que hace centenares de víctimas en ciertas poblaciones del Norte.

Dadas sus múltiples maneras de manifestarse y sus variados efectos, muchos acontecimientos sociales, ciertas conmociones políticas de carácter aliénico, como los excesos de la Comuna y el fanatismo convulsivo de los poseídos de Bordy podrían encontrar tal vez, y encuentran según algunos, una explicación plausible en sus efectos difusos. No tengo duda alguna que muchas de las tumultuosas peregrinaciones de la Mazorca, tenian su origen en esas libaciones abundantísimas por medio de las cuales el *bondadoso* Salomón fabricaba el entusiasmo federal de sus amigos. Los grandes banquetes federales dados para celebrar a su modo las fiestas patrias, los triunfos de los ejércitos de Rosas, los natalicios de los miembros conspícuos de su familia y aún la prisión y el fusilamiento de algún *salvaje* recalcitrante, eran celebrados de esta manera singular.

Las pipetas del licor venenoso, que llevaban Alegre y Ochoteco, se apuraban pronto; y cuando ya la voz de alguno enronquecia, cuando la palabra se arrastraba balbucien-

te y se secaba la garganta, bajo el influjo irresistible de aquel tósigo que dejaba apenas entreabierta la pupila, el federal inofensivo ¡cuántas veces víctima de su propio entusiasmo! había completado su transformación psicológica en el mazorquero intransigente, brutal pero irreprochable en el concepto de Rosas. La famosa ginebra que repartía Parra y que dejaba en las fauces empedradas de sus asociados una estela de inflamaciones mortíferas, era el indispensable estímulo de todas sus comilonas. De otra manera muchas de las explosiones del *furor popular,* que tan eficazmente coadyuvaban a la política casera de D. Juan Manuel, no se hubieran producido con la oportunidad que él deseaba. Este uso del alcohol como agente político, explica la enorme entrada que, en algunos años hubo de él en Buenos Aires; y a tal punto están ligados estos hechos que tal vez los registros de la Aduana hubieran sido el mejor barómetro para predecir muchas de estas tempestades. Comprendo que el punto necesita estudio y aclaraciones que aun no he podido hacer, pero lo cierto es que, en el primer semestre del *año treinta y nueve,* se consumieron cerca de mil pipas de aguardiente (1); *dos mil doscientas cuarenta y seis* pipas de vino de distintas clases, probablemente de la más ínfima que es la menos cara y la que produce con facilidad asombrosa el entusiasmo hidrofóbico que se apetecía; *tres mil ochocientas treinta y seis* frasqueras de ginebra, *doscientas sesenta y dos pipas, dos mil ochenta y dos* damajuanas y *treinta y dos arrobas* de la misma bebida; además de *doscientas cuarenta y seis* barricas de cerveza, *cuatro* barriles de coñac y *cinco* barriles

(1) Tomo estos datos del Registro Oficial del año 1880.

de Oporto que figuran en el registro, sin contar, por supuesto, el inmenso contrabando que entonces suministraba a bajos precios y en grandes cantidades todo género de bebidas.

Sólo en estas épocas singulares, y determinados hombres han sentido y lo que es peor, nos han hecho sentir los efectos difusibles del alcoholismo.

Se dice, y no sé con qué fundamento, que Quiroga acostumbraba a enardecer sus turbas con grandes beberajes; que el Dictador Francia hacia uso frecuente de la caña (1); que Artigas solia embriagarse, y que la acción mortífera del *amilismo* ha despertado más de una vez en D. Juan Manuel los impulsos sanguinolentos de su locura moral. Después de la sublevación de San Juan, el precioso Regimiento N.o 1 de los Andes, pereció en los delirios que la ebriedad y la licencia promovian entre aquellos sargentos y soldados abandonados a si mismos y dueños del poder (2). Blacito y Ortoguez, los dos más feroces satélites de Artigas, vivian ebrios y oprimidos por el *delirium tremens;* y Monterroso, el famoso secretario del *Protector de los pueblos libres,* se embriagaba también frecuentemente buscando en la caña de las pulperías la luz con que iluminaba las largas disertaciones literarias de su cancillería.

Pero de todos estos amantes reales o ficticios (y digo ficticios porque no es posible dar entero crédito a la tradición complaciente y partidista, muchas veces), ninguno como el Fraile, tipo acabado del alcohólatra irreprochable y contumaz. En pocas personas se ve, como en él, esa in-

(1) Clamor de un Paraguayo—atribuido a Molas.
(2) V. F. López, Historia de la Revolución Argentina, t. 3.o

clinación fatídica que he mencionado bajo el nombre de *dipsomanía,* cuyas fascinaciones impulsivas constituyen por sí solas una morbosidad incurable. ¿Cómo se presentaban y cuáles fueron sus efectos? Es lo que vamos a ver.

Como siempre sucede en estos casos, manifestábanse al principio bajo la forma aguda, probablemente con su procedimiento habitual de accesos repetidos cada mes o cada quince días, iniciándose con su período doloroso de suma tristeza, con la cefalalgía intensa y la ansiedad precordial angustiosa que siempre precede al deseo de beber, tan irresistible, tan pujante, tan bárbaro como no puede imaginarse antes de haberlo presenciado alguna vez. Sentía venir aquellas invitaciones fascinadoras y sin deplorar los excesos a que lo llevaban después, bebía hasta que la exaltación maniaca lo precipitaba en un delirio furioso, o el sueño pesado y letárgico en que termina el cuadro, lo hundía en un estado de muerte aparente.

Nada detiene a estos poseídos endemoniados cuanto sienten desatarse bajo su cráneo, aquellas furias ingobernables. Por eso no me asombra la vehemencia rabiosa, insaciable, con que el Fraile buscaba la bebida. Cuando se concluye el dinero venden sus muebles, sus vestidos, los de su mujer y de sus hijos para satisfacer sus deseos. Los que conservan aún cierto recato y temen entregarse públicamente a sus impulsiones, saben disimular con admirable tino, recurriendo a mil subterfugios extravagantes; se encierran—dice Marcé—se aislan por completo del mundo y cuando no pueden procurarse el aguardiente, beben el agua de colonia o cualquiera otra mezcla alcohólica que

encuentran a mano. (1) Hasta se ha visto individuos que bebian el alcohol de las preparaciones anatómicas. En el intérvalo del acceso, ciertos dipsómanos pueden beber abundantemente sin que se produzca la crisis del delirio característico, mientras que, cuando el momento de su aparición fatal se acerca, les basta una cantidad mínima de bebida para trastornar todo su equilibrio mental; prueba evidente — dice Krafft Eving — que el acceso dipsomaniaco reposa sobre una perturbación general de la inervación, que nos obliga a mirar a los desgraciados que la padecen, no como culpables, sino como enfermos simplemente. (2)

Cuando la enfermedad se hace crónica, viven como vivía el Fraile en los períodos finales de su enfermedad, en esa intoxicación permanente que postra para siempre la inteligencia; que hace imposible todo esfuerzo de voluntad, "toda lucha entre la razón y los detestables impulsos que los absorben, hasta que una demencia incurable o una *parálisis general* viene a apagar su triste existencia."

Aldao tenia en la etiología de todos sus males, el agudo aguijón de dos enfermedades que sostenian el exagerado estímulo de su cabeza. De ellas, la una era física y horriblemente dolorosa, la otra moral y tan terrible como la anterior: el cáncer que roía de una manera rápida y tenaz su rostro repugnante, y ese cúmulo de agitaciones, que alguien ha llamado remordimientos, y que en extenso consorcio con sus impulsos dipsomaniacos lo arrastraban a beber con tanta ansiedad. Sucedia con este *amilista* legendario, lo que con todos los ejemplares de su género: por

(1) KRAFFT—EBING.
(2) KRAFFT—EBING. Obra cit.

razones de organización o por disposiciones hereditarias, se entregaba a estos excesos, no porque buscara el placer que procura la satisfacción de una necesidad sentida, sino obedeciendo a ese secreto y vigoroso empuje que, así como lleva a otros a comer la carne humana, a desenterrar los muertos o a cohabitar con los animales, a ellos los obliga a beber, a beber siempre y de una manera casi automática. Y tan bebía sin placer, que en sus copiosas libaciones finales, se confundian en una mezcla insoportable los buenos y los malos licores; el vino de Mendoza, la ginebra y las bebidas más repugnantes; la miel de caña, la sidra y hasta el mismo aguardiente de quemar, que constituye como se sabe, el último y supremo recurso de los ebrios consuetudinarios.

Aldao era hijo de un honrado vecino de Mendoza; y desde su niñez, manifestaba como Rosas la extraña organización moral que después le conocimos. Como la suave disciplina del hogar no fuera bastante para contener la turbulenta indocilidad que mostraba, "sus padres lo dedicaron a la carrera del sacerdocio, creyendo que los deberes de tan augusta misión reformarían aquellas malas inclinaciones; pero su noviciado fué como su infancia: una série no interrumpida de inmoralidades" (1). Esta impetuosidad de carácter, exuberancia enfermiza de un temperamento que, durante las primeras épocas de la vida se desbordaba en excesos de todo género, respondía a esa sobreactividad orgánica patológica que en muchos individuos constituye el síntoma precoz de una neuropatía. Dice Cardan, que en la juventud de muchos hombres, célebres por sus crímenes,

(1) SARMIENTO. Vida del Fraile Aldao.

se ve esta extraordinaria actividad del dinamismo nervioso, esta suprema necesidad de ocupar en la práctica de los vicios una actividad que más tarde emplean en el ejercicio de grandes empresas o de grandes crímenes. En su vida pública el Fraile Aldao, dió prueba de ello, haciéndose notar por sus desórdenes inauditos, por sus graves delincuencias y por las manifestaciones ruidosas de un carácter que había estado comprimido momentáneamente por los hábitos de mansedumbre que vestía.

Cuando la excitación general de la época de nuestra independencia, difundiéndose hasta en los templos mismos, llegó a tocarle, *aquella maza de tormenta* principió su larga y dolorosa convulsión; y abandonando el claustro a que había sido arrastrado contra la corriente de sus inclinaciones, se entregó a todo género de extravagancias, poseído de una exaltación visiblemente mórbida. Principia manifestándose en la pequeña epopeya de Guardia Vieja, episodio poco conocido, pero que él ha iluminado con la luz de su heroismo insólito. Toda esa fuerza acumulada sobre su espíritu, oprimida por aquella honda tonsura que gravitaba como una montaña de infamia sobre su cráneo, y que había ido creciendo paulatinamente, fomentada por las monotonías mortales del convento, estalló allí con un vigor explosivo y sonoro. Parecia, más bien que un *guerrero implacable arrastrado por el enardecimiento del combate,* un maniaco epiléptico que va huyendo de ese enjambre de visiones sanguinolentas que lo persigue durante el *aura.*

En medio de la pelea "y en lo más reñido de la refriega veíase una figura extraña, vestida de blanco semejante a un fantasma, descargando sablazos en todas direcciones, con el encarnizamiento de un guerrero implacable. Era el

capellán segundo del ejército, que arrastrado por el movimiento de las tropas, exaltado por el fuego del combate, había obedecido al fatídico grito de *¡a la carga!* precursor de matanzas y exterminios. Al regresar la vanguardia victoriosa al campamento fortificado que ocupaba el general Las Heras con el resto de su división, las chorreras de sangre que cubrian el escapulario del capellán, revelaron a los ojos del jefe, que menos se había ocupado en auxiliar moribundos, que en aumentar el número de los muertos" (1).

En estos arranques súbitos ya se presentia el hombre que iba a obrar toda su vida bajo la tiranía de estos impulsos ineludibles que tienen toda la bárbara instantaneidad del ictus, la brusquedad súbita de un golpe de sangre, y que arrebatan con fuerzas sobrehumanas a los caracteres más pasivos e inconmovibles. Así es que en él, las primeras fascinaciones del alcoholismo, dando a esos impulsos un nuevo giro, enardeciéndolos con sus profundas perturbaciones, fecundando toda esa vegetación rastrera y venenosa que hasta entonces había germinado secretamente en su alma, no hicieron sino acentuar más su carácter mórbido imprimiendo a todos sus actos aquel sello tan peculiar que pone la enajenación mental en la fisonomía intelectual de sus víctimas. Si bien es cierto que el alcoholismo era lo que dominaba la sintomatología de sus trastornos ayudando a establecer un diagnóstico claro y definitivo, él no era, sin embargo sino la consecuencia de un estado anterior orgánico; el producto de una cierta predisposición ingénita que principió a manifestarse en todos aquellos actos irregu-

(1) Sarmiento. Vida del Fraile Aldao.

lares de la primera época de su vida. Por esto las propensiones a la bebida no vinieron paulatinamente como sucede en otros individuos que deben por hábito más que por enfermedad. Nacieron por impulsos sucesivos, regulares, con un carácter morboso definitivo; por empujes repentinos análogos a esos bruscos ataques de monomanía homicida que crispan el brazo del que mata friamente a su padre.

Comenzaban cruzando por su cabeza como relámpagos; le abrasaban el cráneo y desaparecían dejando una impresión penosísima. Entonces, con qué vehemencia horrible deseaba la bebida para saciar aquella sed; aquella sed imaginaria y sin embargo tan cruel que le echaba como un lazo corredizo a la garganta y que invertía completamente su ser, concentrádolo todo en esta necesidad suprema, única, irresistible que fascina al dipsomaniaco; la necesidad de beber, de beber siempre, de beber abundantemente hasta que la plétora, la imbibición repugnante que lo hace retrogradar a empujones hasta el bruto, lo hunde en un sueño apoplético o lo arrastra en un vértigo de sangre y de depredaciones inauditas. Al principio pedía alcohol simplemente, cualquiera que fuera su forma y sus cualidades, pero después bebía hasta el aguardiente de los reberberos, el agua de colonia, el vinagre y hasta la tinta se hubiera bebido con íntima fruición, aquella bestia loca de una sed alcohólica sin tregua.

Conforme fueron acentuándose estos impulsos, sus costumbres se hicieron crapulosas y sórdidas, su lenguaje grosero acompañado de maneras violentas y bestiales.

A la menor excitación sobrevenía un delirio agudo y furioso, en cuya patogenia, bueno es decirlo, no tenia influen-

cia *actual* la ingestión de bebidas. Era ese delirio periódico que viene en los *amilistas* consetudinarios bajo la influencia de causas pueriles y que otras veces se presenta espontáneamente, tal vez por la probable acumulación de algún fluido análogo a aquel cuya concentración en el bulbo produce según las modernas teorías las crisis del *mal caduco*.

No era ya la dipsomanía simplemente, sino la enajenación mental declarada, producto de la acción lenta y continuada del alcohol sobre la inteligencia: locura confusa por la presencia de formas y delirios de distinto género, que es precisamente el carácter de las que tienen un orígen alcohólico; mezcla desagradable de muchas y de distintas modalidades que se combinan confusamente dando por resultado un cuadro abundante y raro. Tal fué el estado extraordinario en que vivió el Fraile por mucho tiempo hasta que el cáncer acabó con él.

Lo único que predominaba por su vigor y por su persistencia tenaz (y esto solamente al principio), eran los impulsos homicidas que lo obligaron a entregarse a actos inauditos de violencia. Caía en un estado de suprema emoción con su sensibilidad suficientemente embotada para ver sin inmutarse alrededor suyo la desolación y la sangre que su propia mano producía.

Un día, no recuerdo precisamente en que año, uno de los pequeños ejércitos que combatian contra sus hordas, estipula un armisticio en el Pilar.

... ...

Eran las tres y media de la tarde "ajustado el convenio, las tropas habían hecho pabellones; los oficiales andaban en grupos felicitándose de un desenlace tal fácil. D. Francisco Aldao se presenta en el campo enemigo; bienvenidas

cordialmente amistosas lo saludan; entáblase una conversación animada; las chanzonetas y las pullas van y vienen entre hombres que en otro tiempo han sido amigos. Un momento después un emisario del Fraile se presenta intimando rendición so pena de ser pasados a cuchillo; mil gritos de indignación partieron de todas partes: Francisco fué el blanco de los reproches más amargos."

—"Señores", — decia con dignidad y confianza, "no hay nada: es Félix que ya ha comido!" dando a estas palabras, que repitió varias veces, un énfasis particular, y a un ayudante la orden de avisar a Félix, que él estaba allí; que el menor amago de su parte era una violación del tratado. La alarma corrió por todo el campo a la voz ¡traición! ¡traición! de los soldados: los oficiales llamaban en vano a la formación, cuando seis balas de cañón arrojadas al grupo donde estaba Francisco, avisaron al campo que las hostilidades estaban rotas, sin saberse por qué. Si los cañonazos demoran un sólo minuto más, D. José Aldao, entra también al campo, pues lo sorprendieron en la puerta, de donde se volvió exclamando: "¡éste es Félix! ¡ya está borracho!" En efecto, borracho estaba, como era su costumbre por las tardes; tres o cuatro días antes, había sido preciso cargarlo en un catre para salvarlo de las guerrillas enemigas que se aproximaban."

"La confusión se introdujo en el campamento y la aproximación de los auxiliares de D. Félix, y los Azules de San Juan completaron la derrota. Un momento después penetraba el Fraile en el campo a tan poco costo tomado: sobre un cañón estaba un cadáver envuelto en una frazada, un pensamiento vago, un recuerdo confuso del mensaje de su hermano, le hace mandar que le destapen la cara.

"¿Quién es éste?" pregunta a los que lo rodean. Los vapores del vino ofuscaban su vista a punto de no conocer al hermano que tan brutalmente había sacrificado. Sus ayudantes tratan de alejarlo de aquel triste espectáculo antes que reconozca el cadáver. "¿Quién es éste?" repite con tono decisivo. Entonces sabe que es Francisco. Al oir el nombre de su hermano, se endereza, la niebla de sus ojos se disipa, sacude la cabeza como si despertara de un sueño, y arrebata al más cercano la lanza. ¡Ay de los vencidos! La carnicería comienza; grita con ronca voz a sus soldados: "¡maten! ¡maten!" mientras que él mata sin piedad prisioneros indefensos." (1)

. . . . . .

Manda a sus soldados que maten a sablazos a los oficiales prisioneros, entre los que se encontraba un jóven distinguido por su valor llamado Joaquín Villanueva. Este "recibe un hachazo por atrás, que le hace caer la parte superior del cráneo sobre la cara; se la levanta y echa a correr en aquel círculo fatal limitado por la muerte; *el fraile* lo pasa con la lanza que entra en el cuerpo hasta la mano, y no pudiendo retirarla otra vez, la hace pasar toda y la toma por el otro lado: la carnicería se hace general, y los jóvenes oficiales mutilados, llenos de heridas, sin dedos, sin manos, sin brazos, prolongan su agonia tratando de escapar a una muerte inevitable". (2)

. . . . . .

"Las partidas se vienen a la ciudad, y cada tiro que interrumpe el silencio de la noche anuncia un asesinato o una puerta cuya cerradura hacen saltar. El día siguiente sobre-

(1) SARMIENTO. Vida del Fraile Aldao.
(2) SARMIENTO. Vida del Fraile Aldao.

vino y el saqueo no había cesado. El sol apareció para contar los cadáveres que habían quedado en un campo sin combate, e iluminar los estragos hechos por el pillaje." (2)

... ...

Luego, a los oficiales que van viniendo los hace reunir en un cuadro y los va matando uno por uno, animado de esa extraordinaria frialdad que caracterizaba todos sus ímpetus homicidas.

Así era aquel Fraile alcoholizado hasta la médula de los huesos, cuando el delirio se apoderaba de su cerebro: incansable, lascivo para la sangre, mataba con su propia lanza hasta que las alucinaciones de la noche le sorprendían terminando aquellos cuadros de horrible destrucción.

Escenas análogas se repitieron con frecuencia hasta que los profundos trastornos materiales que trae el alcoholismo, transformaron completamente la índole de sus accesos. Mientras el delirio con sus impulsiones peculiares se producia, las matanzas eran inevitables. Sus instintos *carniceros* comprimidos, se desencadenaban con una viva expansión hasta que la saciedad o el cansancio fatigaban la mano o las perturbaciones intelectuales desaparecian. Entonces, pero nunca antes de tres o cuatro días, principiaba el Fraile a darse cuenta de su estado, sin embargo de que conservaba todavia esa indecisión de espíritu que nunca abandona al alcoholista. Durante el día se manifestaba silencioso, huraño y reconcentrado; se entregaba con cierta reserva a sus juegos habituales, pero sin hablar mucho ni salir de su casa.

Cuando la *fatal tarde* se aproximaba, perdía su aplomo, porque la noche llegaba poblada de mil visiones horribles y

(1) SARMIENTO. Vida del Fraile Aldao.

extravagantes. Terrores vagos, que se aumentaban a medida que la luz del día se alejaba, principiaban a agitarlo hasta el punto de hacerle mirar con verdadero horror la maldita hora de acostarse. Las alucinaciones dolorosas volvian a tomar su imperio y de nuevo comenzaba a sentir las mil impresiones repugnantes que producen sobre la piel de los alcoholistas en delirio, todos esos extraños animales que la arañan y la acarician alternativamente con caricias y arañños que no son de este mundo, según sus propias expresiones; los hilos de hierro que los rodean y los queman, que los pinchan, que los encierran como en una cárcel de fuego, y los oprimen de una manera tan cruel, produciendo la viva ansiedad que echaba al Fraile en sus extraordinarios extravíos.

¡Ay de los vencidos y de sus prisioneros! ¡Ay de sus mujeres y de sus amigos porque entonces el Fraile era capaz de matar a sus propios hijos sin repugnancia alguna!

. . . . . .

"Vivos están muchos que le oyeron dar órdenes de asesinato, detallando a sus sicarios todas las circunstancias que debieran acompañar la muerte: a sablazos, en el lugar tal, a las once de la noche, cortarles las piernas y brazos; a otros sacarles la lengua; a uno, en fin, castrarlo. Una madre pudo reconocer a su hijo por un escapulario del Carmen obra de sus manos. El Dr. Salinas fué descubierto por la lavandera, que le conocia una camiseta listada." (1)

. . . . . .

"Su hermano José, más humano, más moderado, también, trabajó para apaciguar *esta sed de sangre* que se ha-

(1) SARMIENTO. Vida del Fraile Aldao.

bía apoderado del Fraile; pero *la fatal tarde venía y con ella la embriaguez que aconsejaba crímenes que no habían sido premeditados.*" (1)

De ahí en adelante la enfermedad cambia de aspecto; la suprema exaltación del principio va progresiva y precipitadamente disminuyendo hasta producir un estado opuesto; un decaimiento lamentable sucede a la dinamia, término fatal y necesario del alcoholismo crónico. Desde entonces "vivió lleno de alarmas; y aquellos escozores internos, aquel horror de sí mismo" que eran el producto de la lenta intoxicación, y que iniciaban la segunda faz de su enfermedad, comenzaron a repetirse cada vez con mayor frecuencia hasta tomar el aspecto alucinatorio que le es peculiar.

Un destello de su primitiva virilidad brillaba apenas. El más esforzado guerrero, el más valiente de los paladines de su época transformose de la noche a la mañana en un cobarde pueril, agobiado por todos los achaques de una decrepitud precoz.

Es que esta enfermedad temible impone a la larga o a la corta, según el grado de resistencia individual, un debilitamiento, o mejor dicho, una atrofia profunda de las facultades morales y físicas. No hay órgano ni tejido por grande que sea su insignificancia fisiológica, que escape a su influencia difusa y gangrenosa. La mayor parte del líquido es absorbido por las venas, cuando se lleva directamente al estómago; arrastrado por la circulación, va a ejercer su influencia sobre todo el organismo y con preferencia, sobre el cerebro, el hígado, los pulmones y los riñones.

Bueno es tener presente su marcha desastrosa al través

---

(1) SARMIENTO. Vida del Fraile Aldao.

de todos los tejidos de la economía, para comprender bien cómo se operan en el corazón humano estas incomprensibles e inauditas transformaciones que con tanta viveza se manifiestan en el Fraile y que sólo el alcoholismo las explica.

Puesto en contacto con la sustancia cerebral por medio de los pequeños vasos sanguíneos, el alcohol exalta las funciones de este órgano, y esta exaltación que está en relación con la cantidad de alcohol absorbido, se traduce, primeramente por una alegria inusitada a la cual sucede una insoportable locuacidad con marcada tendencia a rodar en el mismo círculo de ideas; después, la marcha se hace menos segura, cesando la alegria para dar lugar a un cierto grado de irritabilidad. De aquí en adelante las escenas que se suceden cambian de aspecto. Ya no es la excitación únicamente, es una perversión de ideas, un verdadero delirio más o menos agresivo, más o menos violento, que termina unas veces en un balbuceo incoherente, en un estado de agitación extrema otras, o en una crisis de furor ciego durante el cual el hombre es capaz de cometer todos los crímenes imaginables, hasta que cae fatigado, deprimido por el exceso mismo de la excitación. (1)

Cuando semejantes excesos se repiten con cortos intérvalos, tienen por consecuencia inevitable un acceso de alcoholismo agudo (delirium tremens) delirio especial de los bebedores que por sí sólo puede determinar la muerte. Pero cuando la acción del alcohol, aún sin pasar la ligera

(1) Toda esta sintomatologéa del alcoholismo, la copio de un "Avis sur les effets de l'alcohol" publicado en los "Comptes-rendus du Congres International pour l'étude des questions relatives a l'alcohilisme. 1878".

excitación del principio, se repite todos los días, a la simple conmoción del tejido nervioso que produjo esta excitación, suceden poco a poco lesiones materiales; después viene la congestión difusa más o menos generalizada, más o menos persistente del cerebro hasta el reblandecimiento final. Entonces ya no es una efervescencia alegre, sino accesos de furor en los cuales se revelan estos desórdenes y a los que se agregan los dolores de cabeza persistentes, los vértigos, las alucinaciones y un debilitamiento gradual de las facultades morales e intelectuales; la pereza del espíritu, la pérdida de la memoria y el embarazo de la palabra. (1)

Obrando sobre el hígado, lo congestiona y determina una inflamación que concluye en la supuración del órgano o en una degeneración grasosa o fibrosa del tejido normal. Sobre el corazón produce enfermedades rápidas, violentas, lo mismo que sobre los riñones que por su función eliminadodora sufren la acción irritante, contínua del veneno; trae fluxiones crónicas al pecho, produce la gota, la piedra y la tuberculosis pulmonar; predispone al cólera, a la fiebre tifoidea, a la disentería y a la viruela. En una palabra, es tan grande la miseria de aquel organismo en completa decadencia, que no hay enfermedad que no haga en él, más que en cualquier otro, estragos horribles.

En este breve resumen está la historia entera del alcoholismo, y en él el génesis fácil de aquella úlcera cancerosa que devoraba la cara del Fraile, cuyo estado de saturación hacia ineficaz y difícil todo tratamiento. Porque debe tenerse presente, que la herida más pequeña, sin gravedad en el

(1) Avis sur les dangers etc., etc.

hombre sobrio y sano, se hace en el ebrio consuetudinario, el punto de partida de accidentes terribles. (1)

Insignificante al principio, aquella pequeña ulceración del labio hubiera curado *tal vez,* pero el mal estado anterior de todos los órganos, cuyo funcionamiento armónico exige la buena nutrición, agravó terriblemente su marcha. La reparación de las pérdidas ocasionadas por ella exigía una sangre pura y el concurso regular de todas esas fuerzas que sostienen la vida; pero su sangre miserable había hecho difícil la cicatrización.

Ya tenia todos los signos de la degradación física: sólo faltaba el último eslabón de esta gruesa cadena que termina fatalmente en la muerte; faltaban las perversiones finales de la sensibilidad moral que pronto vinieron y que transforman completamente el carácter del alcoholista, haciéndolo impaciente, agresivo, inquieto y arrojándolo en una ansiedad dolorosa. A la acción incitante del líquido se agregaron las alarmas que son consecuencia y que constituyen uno de sus más constantes signos. A los continuos temores que lo asaltaban, se siguió el cansancio del insomnio. Cuando dormía sólo conciliaba un sueño difícil, penosísimo, incompleto, casi siempre perturbado por ensueños y visiones horribles en que caía en precipicios o veia cosas extrañas, muertos, fantasmas, monstruos más o menos horrorosos.

La fisonomía había perdido ya la expresión de la vida, por la palidez lívida profunda y la alteración de sus rasgos humanos. La úlcera por un lado, arrebatándole la mitad del rostro y por el otro ese sello de suprema angustia engendrada por la perversión respiratoria que oprime el

(1) Avis sur les dangers etc., etc.

tórax hasta producir un verdadero estado de asfixia, le daban el aspecto desagradable de un aparecido. Era tan grande, tan profunda la depresión de sus facultades físicas y morales, que se había hecho pusilánime, cobarde, inepto e indefenso en presencia de las emociones más insignificantes. Los terrores y las aprensiones que experimentaba, le habían despertado cierta disposición moral propicia al desarrollo de las otras manifestaciones mórbidas complementarias: el delirio de las persecuciones, las ideas de suicidio y los múltiples actos de extravagancias peligrosas que ponen la última mano al cuadro de los síntomas. A medida que la enfermedad tomaba su carácter crónico, iba apareciendo y acentuándose más aquel caimiento bochornoso que lo había transformado de una manera tan radical. La pérdida de ciertas calidades apreciables que antes lo hacian menos odioso, y con las cuales supo inspirar afecciones durables y desinteresadas, era ya un largo tranco hácia esa incurable estupidez en que por fin quedan hundidos estos desgraciados. El alcoholismo había envenenado, mejor dicho, ahogado en grasa hasta el valor legendario de aquel brazo de bronce que manejaba en Guardia Vieja, la lanza implacable de los Granaderos a caballo. Era un desdichado que inspiraba lástima y repugnancia al último recluta; y la desaparición de sus condiciones de hombre, no ya de héroe, se hicieron tan visibles después de la batalla de Laguna Larga que llegó a excitar "el desprecio de sus guardianes por sus terrores pánicos, sus alarmas sin motivos".

Después de la derrota, su cuerpo obeso y deforme no le había permitido huir; y, alcanzado por un soldado, fué hecho prisionero y conducido a la cárcel de Córdoba. Allí fué

donde la panofobia enfermiza llegó a su grado de suprema amplitud y "a cada uno que se le acercaba pedía con inquietud noticias de los rumores que sobre su muerte próxima corrian; los más insignificantes movimientos de la cárcel los interpretaba siniestramente; en fin, el sueño había huido de sus párpados y el día lo sorprendia espiando a los centinelas. Algunos sacerdotes emprendieron la obra de reconciliarlo con la Iglesia y, sea efugio sugerido por el miedo, sea verdadero arrepentimiento, abrazó con ansia el partido que se le ofrecia; tomo el escapulario de la orden Dominica, y emprendió con empeño la tarea molesta de estudiar el latin que había olvidado. Un día que recibía lecciones de D. José Santos Ortiz, dirigió una mirada a un centinela colocado en frente de la puerta: los soldados sabían los temores que sufría, y el centinela tuvo la malicia de pasarse la mano por el cuello indicando decapitación: el fraile convertido arroja el breviario, se levanta precipitamente, y exclama: temblando *¡me fusilan, me fusilan!* (1)

Toda la precoz decrepitud del último período del alcoholismo, está pintada en este cuadro con tanta verdad como admirable colorido. Para que nada faltara a aquel pobre espíritu atribulado, la actividad extraordinaria que el alcohol imprimía al cerebro envenenado le hacía perder el sueño y apurar los horrores y los amargos tormentos de una existencia moral y físicamente gangrenada. Sentía desprenderse la vida en los pedazos de carne de su cara, sin la promesa, siquiera lejana, de una tregua; porque el cáncer, el enemigo implacable que tanto desprecia la experiencia secular de la medicina, no concede jamás ni la esperanza de esa vis-

(1) Sarmiento. Vida del Fraile Aldao.

lumbre celeste entre la cual viene envuelta, como una hada amorosa, la muerte consoladora que pone término breve a tanto martirio.

Desde entonces vivió en una vigilia constante, porque el sueño, si alguna vez lo conciliaba, era, como he dicho antes, agitado por visiones pavorosas; lleno de cuadros siniestros y de escenas de sangre que lo despertaban embargado por un terror insoportable.

Qué impresión extraña producian aquellos ojos, habitualmente soñolientos, cuando brillaban con esa súbita fosforescencia que ilumina la pupila anchamente dilatada al alcoholista delirante, rodando en el fondo de una órbita honda y oscura como una fosa de pobre. El lado sano de la cara congestionado y en partes lívido, presentaba el aspecto más repugnante que pueda imaginarse; y para colmo de desdichas, su lengua seca y dura, medio humedecida, sin embargo, por el licor canceroso, se pegaba al paladar cuando queria articular una palabra o un grito de rabia. La úlcera le había comido el carrillo, la oreja y parte de la nariz y ya tendía la garra hacia el ojo derecho que pronto quedaría fundido. Estaba siempre atrozmente dolorida, circunstancia que contribuía para deprimirlo, inflamada y cubierta de esos detritus putrefactos que nadan sobre el pus nauseabundo de las úlceras hambrientas de los alcoholistas. No era un hombre ya, era la sombra confusa de un montón de ruinas humanas.

Cuando el general Paz cayó prisionero — dice el Sr. Sarmiento — el ejército sin jefe resolvió retirarse a Tucumán y se mandó sacar los prisioneros de la ciudad. "Un escuadrón de coraceros había formado al efecto en la plaza de armas de Córdoba en frente a las prisiones de Esta-

do. De sus pisos superiores se escapaban llantos lastimeros, que turbaban el silencio solemne de la noche, y sollozos de hombre, capaces de enternecer a los rudos veteranos cuyos oídos estaban lastimando. El prisionero de la Laguna Larga; *el soldado de la independencia, estaba de rodillas, gimiendo entregado a un innoble pavor,* creyendo que aquellos aprestos nocturnos eran indicios de su cercana muerte! El oficial que lo vino a buscar lo encontró con una hostia que había consagrado y que sostenia con ambas manos, como una égida y un baluarte contra sus pretendidos verdugos". (1)

El pobre Fraile expiraba en los últimos espasmos de su horrible derrumbamiento moral, en las lasitudes finales de esa depresión inaudita que el alcohol únicamente es capaz de producir, y que el Sr. Sarmiento ha descrito con aquel maravilloso colorido cuyo secreto sólo el admirable Trousseau poseía entre los médicos modernos. A medida que se van leyendo las vivísimas descripciones que nos hace el autor del Facundo, el diagnóstico se va imponiendo y no es posible abandonar el libro, sin el convencimiento profundo de que el Fraile Aldao era el más acabado ejemplo de la *Locura Alcohólica.* Hemos trascripto íntegros los párrafos inmitables de ese singularísimo publicista, cuya contextura cerebral no tiene rival en ambas Américas, porque las seducciones mágicas de su pluma nerviosa y exuberante, y de esa paleta fecunda, que Goya mismo envidiaria para la pintura de sus cuadros más conmovedores, ponen de bulto, digamoslo así, mejor que nada y que nadie, la idea que he venido persiguiendo en este estudio médico.

---

(1) SARMIENTO. Vida del Fraile Aldao.

Aldao llegaba, pues, al último tramo de su vida, precipitado por la rápida y triste vejez que trae el alcohol cuando se filtra como sucedía en él hasta los huesos. La bestial obesidad en que se hallaba y que imprimía a sus movimientos una lentitud y dificultad sumas, le había hecho perder hasta las formas humanas, inmovilizándolo en la cama o sobre la manta de su mesa de juego, desde donde contemplaba rodeado de sus mujeres impúdicas y de sus favoritos avergonzados, "las rencillas bochornosas de su serrallo, sus ultrajes y sus chismes". La cara estúpida, si cara le quedaba aún, manifestaba todavía y a pesar de todo, la impresión dolorosa que le producian los dos únicos aguijones que aún estimulaba su cerebro oprimido: los dolores del cáncer y los temores del delirio de las persecuciones. Sospechaba de sus médicos, de sus oficiales y de sus amigos más fieles, porque solían alejarse no tanto de sus brutalidades, a las que el hábito los había acostumbrado, cuanto del olor nauseabundo, agresivo, de aquella amplia superficie supurante, cuyas emanaciones hediondas llenaban el ambiente de toda la casa.

El terror pavoroso a que he hecho alusión en otra parte, se había apoderado de su ánimo con una acentuación mayor; con un tinte más sombrío aún que al principio de su delirio. No eran ya las figuras de esos extraños animales que pueblan el delirio cambiante y característico del amilismo, sino la vaga y dolorosa apariencia de espectros que se levantan delante de su cama iluminados con esa luz difusa y medio azulada que circunda las imágenes movibles de la alucinación. Era una série de recuerdos dolorosos materializados en las figuras trémulas y sanguinolentas de un padre ultrajado, de un hermano sacrificado o de una ma-

dre a quien había hundido en la miseria, y cuya mano fría y como momificada por la humedad de la tumba, le tocaba el hombro con la presión formidable de una montaña. *Despair therefore and die!* como decian a Ricardo III el enjambre de sus terribles fantasmas.

Otras veces era el sonido de armas, el ruido crispador que harían los muertos estirando sus miembros entumecidos por la inmovilidad del eterno sueño; el brillo de hojas de cuchillo con reflejos de incendios; la aparición casi tangible de cabezas lívidas y extravagantes, cabezas enemigas que se asomaban sobre él, por las grietas de las paredes, por detrás de los cuadros, por debajo de los muebles; que saltaban por el suelo separadas de sus cuerpos y sin embargo, animadas de sonrisas diabólicas y haciendo rechinar los dientes con ruidos de otra vida.

Horrores de toda especie ¡pobre bestia! se acumulaban sobre su cabeza secándole la sangre en las venas. Había una doble excitación del oído y de la vista. Oía palabras desconocidas en su vocabulario reducido; palabras insultantes, palabras como apóstrofes hirientes y enérgicos, injurias, gritos, gemidos, risotadas juntas y confundidas en una mezcla rarísima. ¡Y nadie las oía sin embargo! Qué cruel indiferencia la de aquellos imbéciles que seguían jugando sobre la mesa, durmiendo los insomnios de las vergonzosas veladas, o conversando en voz baja, cuchicheando como para no asustar al sueño que ya se había despedido para siempre de aquel pobre cerebro. Ninguno se movía para castigar aquellas bocas temerarias, que vomitaban impasibles tantos insultos y que seguian vociferando hasta que las explosiones violèntas de su cólera súbita lo ponian de pie echándolo en su rápida e incoercible excitación...

Las incitaciones todavía poco vivas irradiadas de las vías genitales "desarrollaban concepciones igualmente; impulsiones emotivas de una naturaleza particular" y era de ver aquella negra ruina que apenas podia sostenerse sobre el suelo; aquella sombra sangrienta y supurante, sin ojo y sin carrillo, tambaleándose como un viejo Sardanápalo tras los placeres alucinatorios de sus eternas vigilias, persiguiendo sus concubinas que huian impunemente de sus caricias empujadas por el ambiente fétido que lo circundaba.

Bajo el influjo de esta suprema y postrera enajenación, fué cómo una noche "se levanta de la cama y se presenta repentinamente ante sus veladores, despavorido, transportado, con un par de pistolas en la mano. La sorpresa, el terror, se apoderan de éstos; huyen espantados y siguen huyendo en medio de la oscuridad de la noche; se dispersan por los campos, y aún algunos pasan el río de Luján, hasta que los gritos de los que en su busca habían salido los reune despavoridos aún, desgarrados sus vestidos por las espinas, jadeando, temblando de frío y de miedo!" (1)

Bien pronto, y ya era tiempo, comenzó a sentir los horrores terminales de su larga agonia, hasta que por fin "entre los más agudos dolores se rompe una arteria y un río inestinguible de sangre cubre su cara y su cuerpo todo hasta que expira el 18 de enero. ¡Sangre! ¡Sangre! ¡Sangre! He aquí la única reparación que la Providencia ha dado a esos malaventurados pueblos, cuya sangre derramó tan sin medida; morir derramando su propia sangre, sólo, sin testigos, pues que había hecho colocar un centinela en la puerta". (2)

(1) SARMIENTO, Vida del Fraile Aldao.
(2) SARMIENTO. Vida dl Fraile Aldao.

EL HISTERISMO

DE

MONTEAGUDO

CAPITULO V

SUMARIO.—Predisposición del organismo para los trastornos de la inervación.—Letourneau.—*El hombre nutritivo.*—*El hombre moral.*—*El hombre sensitivo.*—Temperamentos.—Principios de la Histéria.—Descripción.—Resúmen de su sintomatología.—La educación y la posición social.—Rasgos histéricos de Monteagudo.—Su esmero y cuidados en el arreglo de su persona.—Su tipo.—Retrato hecho por el Dr. López.—Sensualismo histérico.—Sibaritismo.—Su contextura moral según el autor de la Historia de la Revolución Argentina.—Sus excesos.—Su manera de vivir.—Síntomas múltiples del lado de la inteligencia.—Falta de síntomas físicos.—Escasez de datos con respecto a su vida privada.—Su lujo.—Sus trajes, etc. etc.

Bibliografía. — *Anales Médicos.* — *Psicológicos.* — *año de* 1879—1880 *y* 1881. — Tardieu. — *La Folie.* — Pelliza. — *Vida de Monteagudo.* — *Grasset.* — *Traité pratique des maladies nerveuses.* — Juan M. Gutiérrez. — *Biografía de Monteagudo.* — Vicente Fidel López. — *Historia de la Revolución Argentina.* — Bartolomé Mitre. — *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina.* — Richer. — *Etudes cliniques sur l'hysterie.* — *Epylepsie ou grand hysterie.* — Letourneau. —*Science et materialisme.* — Frejeiro. — *Biografía de Monteagudo.* — Moreau de Tours. — *Des aberrations du sens genesique.* — Landousy. — *L'hysterie.* — L. Dubois (D'Amiens). *Histoire philosophique de l'hypcondrie, et de l'hysterie.* — Paz Soldan. — *Historia del Perú Independiente.* — J. M. Gutiérrez. — *Biografía de San Martín.* — Vicuña Mackenna. — *El Ostracismo de los Carreras.* — Rosenthal. — *Traité des Maladies nerveuses.* — Georget. — *Discus-*

sión médico—legale sur la folie. — GARNIER. — *Dictionnaire des sciences medicales.* — BAILLAIGER. — *Sisteme nerveux.* — LEGRAND DU SAULLE. — *Traité de Medecine legal.*

Las necesidades nutritivas, las necesidades sensitivas, las necesidades morales e intelectuales constituyen los tres móviles ineludibles a que obedece la naturaleza del hombre. Estas tres fases de la evolución humana marcan en la vida de su *género* los tres tramos que ha tenido que ascender para ocupar entre los *primados* el lugar preeminente que le asigna la ciencia.

El hombre bestial de la edad de piedra, el troglodita prehistórico de las cavernas, representado en la actualidad por el Fueguino y el Australiano, ocupan el primer tramo.

El hambre, pero un hambre feroz y degradante absorbe todas sus fuerzas y su vida se desliza como la de la bestia, en medio de las más horrorosas orgías estomacales, en que la madre y el padre arrebatados por las promesas voluptuosas de la embriaguez digestiva, se disputan los cadáveres de sus propios hijos. "Había comido hasta la saciedad—dice Lyon en su *Diario de Viaje,* describiendo el almuerzo polífago de un Esquimal — y a cada instante se dormía con la cara roja y encendida y la boca entreabierta. A su lado estaba Armaloua, su mujer, que cuidaba a su esposo y le introducia en la boca cuando le era posible, un grueso y asqueroso pedazo de carne medio cocida, ayudándolo con fuertes empujones". He aquí todo entero el hombre primitivo. Un tramo más arriba, pero nada más que un tramo, están el Chacho, Ortoguez y el famoso Artigas que hubiera asombrado con su ferocidad al hombre brutal de las cavernas.

La *faz sensitiva* es la segunda etapa, y *la moral* la tercera, en donde el hombre, libre o por lo menos más independiente de las necesidades brutales de la nutrición, da un paso más "hacia esa progresiva exteriorización del individuo en la cual germinan libremente en su espíritu las pasiones sociales y los sentimientos morales" que lo elevan a su nivel humano.

El estómago es un tirano implacable: cuando manda, absorbe todas las nobles funciones del individuo, estorbando el libre desarrollo de ciertas facultades cerebrales de cuyo concurso necesita para llegar hasta el período sensitivo; período en el cual el juego de sus sentidos especiales le procura un placer vivísimo, "tanto como para sacrificar la satisfacción futura de sus apetitos puramente nutritivos, al deseo ardiente de procurarse un goce sensitivo." (1) Entonces es cuando el cerebro adquiere mayor viveza; sus órganos tienden a completar su evolución; la vida se hace activa y floreciente y las ideas y los sentimientos, aunque embrionarios y pueriles todavía, murmuran sin embargo su protesta contra los predominios bestiales.

Después, un magnífico y supremo esfuerzo le da la posesión completa de la vida moral e intelectual: el cerebro ha terminado su gestión laboriosa y sólo entonces el *homo casi alalus* se convierte en el hombre radiante de las edades modernas.

El hombre sensitivo, es el hombre nervioso; el hombre henchido de emotividad que, a la más ligera insinuación del mundo exterior, responde con un estallido. Es el ejemplar

(1) Estas divisiones de las tres fases por que atraviesa el hombre pertenecen a Letourneu. Las copio de su libro *Science et materialisme.*

humano menos sugestivo, si se quiere, pero más sensible, porque basta que la impresión, por decirlo así, roce los sentidos, para que se produzca la descarga, y las emociones nazcan en tumulto con una fecundidad lujuriosa y primitiva.

La organización exquisita de sus sentidos, dotados de una susceptibilidad ingénita y convulsiva, conspira eficazmente a la formación de este ser extraordinario, destinado al placer y al sufrimiento eternos. El sonido más leve toma en su oído una amplitud enfermiza, y el rayo de luz más tenue hiere con fuerza aquella retina henchida, repercutiendo en su cerebro con el vigor expansivo del trueno. Es el receptáculo de todos los dolores y de todos los placeres; pero de los placeres y de los dolores intensos y brutales que sacuden y que crispan la fibra con una intensidad voltaica. Allí parece ausente la vida intelectual, reconcentrada para dar lugar a esa vegetación sensitiva insólita y abundante que lo domina todo; que absorbe toda la vida del cerebro con su flujo y reflujo vagabundo y constante; que deslumbra la inteligencia con sus luces siniestras y sus tonos calientes; que tiene cimas y bajíos como el océano, resplandores y oscuridades como el abismo, espejismos falaces como el desierto; que hace a los mártires y los héroes, a los gibosos de la naturaleza humana y a los titanes, a los más famosos malvados y a los más grandes caracteres, y se llama Cromwell, Guzman el Bueno, Felipe II, Monteagudo o Juana de Arco, según que las aptitudes morales que encierra virtualmente en su principio el cerebro humano, sean buenas o malas.

Toda esa riqueza desordenada de la vida, en ciertas regiones de la zona tropical en donde el regimen de los gran-

des ríos, los fenómenos meteorológicos, las convulsiones geológicas, tienen, como dice Bukle, una amplitud pavorosa, es la nota culminante en estas naturalezas en las cuales muy a menudo las *piritas* de oro vienen, como vamos a verlo, mezcladas con grandes corrientes de cieno. La lucha es en ellos perpetua y la tregua sólo viene con el supremo descanso: la pasión manda y el carácter se modela mansamente bajo su influjo con una fijeza tenaz e inquebrantable.

He aqui pues, el campo fecundo para todo género de trastornos nerviosos.

Y Monteagudo, era precisamente el hombre sensitivo por excelencia; la organización más dominada por esa sensibilidad abundante que se diseña con tan vivos colores en estas idiosincrasias meridionales; el histérico (diremos la palabra) más consumado que encierran las páginas de nuestra pequeña historia.

Todos los actos de su existencia en eterna tribulación, todas las ondulaciones de su carácter cambiante y caprichoso todos los misterios de su vida, las sombras y claridades de su ser medio confuso, tienen su filiación patológica obligada en las interminables sinuosidades de aquella enfermedad que ha sido por mucho tiempo considerada como patrimonio exclusivo del sexo femenino, pero que también ataca al hombre bajo las mismas formas y con sus estragos irreparables, si bien no de una manera tan frecuente y bulliciosa (1). Con sus accesos de furor y de delirio, con sus

(1) Según la antigua teoréa sólo las mujeres padecían de histerismo. Esta opinión dice Grassed en su *Tratado de enfermedades nerviosas* debe hoy abandonarse completamente. Ch. Lespois hace mucho ya y sobre todo Briquet han puesto fuera de duda esta importante cueston estableciendo que el hombre puede padecerla. Ansilloux ha publicado recientemente nue-

perversiones profundas de las facultades afectivas que suele ser su signo dominante; con sus simulaciones instintivas y sus deseos violentos, sus alternativas de suprema exaltación y de abatimiento profundo, constituye una de las enfermedades más curiosas y al mismo tiempo más terribles e indomables de la nosografía médica.

La histeria es la enfermedad de las naturalezas ricas y nerviosas; el patrimonio de todos esos organismos en quienes rebosa un exceso de sensibilidad moral enfermiza y que en él se revelaba en los más pueriles actos de su vida llena de circunvoluciones.

Lo puede todo este Proteo alternativamente bullicioso y terrible cuando se encierra bajo el *palleum* de un cerebro ingénitamente predispuesto por motivos de raza y de clima, cuando un sol tropical y una vegetación llena de lujuria y que habla tanto a los sentidos con sus invitaciones eróticas y sus ensueños lascivos modela el carácter derramando profusamente los gérmenes siempre fecundos de aquella enfermedad.

Los hombres sensitivos tienen en su seno la larva de la histeria: por eso son nerviosos y movibles; fáciles de conmoverse por los motivos más fútiles, por esto también son inaccesibles, caprichosos y obstinados. Tienen, como tenía Monteagudo, los sentidos dotados de una sensibilidad extremada, y la luz, un poco fuerte, el sonido más leve, las variaciones atmósfericas apenas perceptibles para otros temperamentos, los afectan con viveza, conmoviendo vigorosamente sus nervios siempre rigidos y tensos como las cuerdas de un arpa.

---

vas observaciones. Sin embargo la histeria es incuestionablemente muchísimo más frecuente en la mujer, Grasset. — Traité practique des Maladies Neurveuses, pág. 923.

El sueño nunca es en ellos profundo, es a menudo difícil, ligero, incompleto y turbado por ensueños dolorosos, por esos ensueños y bruscos sobresaltos que habían marcado la fisonomía de Monteagudo. Habitualmente melancólicos y sombríos, tienen sus alternativas de alegrías pasajeras y extremadas, bruscamente interrumpidas por ese cúmulo de pensamientos lúgubres que acaban por levantar en su espíritu las ideas de suicidio, los transportes irresistibles, los llantos inmotivados y las dolorosas palpitaciones producidas por el malestar infinito que pone en vibración hasta la última fibra de su cuerpo. Cuando la enfermedad se acentúa entran en una agitación convulsiva que, sin revestir los caracteres alarmantes del furor, se manifiesta por una necesidad imperiosa, incesante, de movimiento, de febril actividad. Después que han pasado la ansiedad respiratoria y el paroxismo de agitaciones con su habitual acompañamiento de episodios convulsivos completos, sobreviene la calma; pero una calma peligrosa porque su impresionabilidad cálida y movible se encuentra exagerada, sus sufrimientos son mayores, y ese síntoma temible, que no es raro y que conocemos bajo el nombre de delirio erótico, hace su entrada en la escena produciendo sus irreparables desastres.

Esta es la forma general de los grandes ataques que se reproducen a intérvalos más o menos largos, separados por una calma completa.

La segunda forma tiene un principio rápido; los accidentes se manifiestan pronto con toda su intensidad y se suceden a cortos intervalos; la tercera se inicia bajo un aspecto de agudez completo, con fiebre y delirio como la

meningitis; (1) la cuarta comienza por lo general de una manera lenta y gradual con remisiones más o menos largas y duración variable.

He aquí las cuatro formas del histerismo vulgar.

Hay una quinta y ésa es por fin la del histerismo de Monteagudo: la más temible por su insidia y su curabilidad difícil. Aquella que se presenta con fenómenos relativamente ligeros y que permanece toda la vida en un nivel casi invariable, circunscripta en sus trastornos a las facultades morales; con reacciones psíquicas extremas, exageraciones ruidosas, extraordinarias y hasta repugnantes y las deplorables extravagancias efectivas que constituyen la característica de la forma. Basta el simple exámen de su temperamento, el análisis superficial de sus actos más pueriles, las formas de su cuerpo, la impresión de su fisonomía bañada de esta suprema elocuencia que dan las pasiones palpitando en cada rasgo, para hacer recaer sobre él este diagnóstico que se impone al espíritu con tanta firmeza.

Monteagudo tenia todas las debilidades que encierra la fisiología infernal del histerismo. Los sobresaltos y los caprichos increibles de su sensibilidad petulante y pervertida, han dado orígen a todos esos actos irreflexivos y extravagantes que, con las apariencias vehementes de una intención culpable eran, sin embargo, el fruto de una perversión instintiva de las facultades morales. Su imaginación fácil y abundante, movible, vivaz, como la chispa eléctrica; sus abatimientos femeniles y sus reacciones convulsivas tan características, fueron el producto del nerviosismo extremo en que vivia su cerebro, lleno de fantasmas grandio-

(1) GRASSET. Traité des maladies nerveuses.

sos y temibles, esclavo de sus propias insurrecciones e incapaz de las altas concepciones que le han atribuido como hombre de Estado y que son el patrimonio exclusivo de las cabezas equilibradas por el supremo y saludable reposo de una razón irreprochable y no de una histeria contumaz bravía.

Sus ojos negros y centellantes, aquellos ojos histéricos, sombríos y a la vez llenos de luz, en donde estaban como vaciadas todas sus agitaciones secretas, revelaban en el brillo de su mirada especialísima y aguda, la emoción incesante en que lo mantenian sus pasiones precoces y casi siempre imprudentes; aquel gesto dramático y pedantesco con que hablaba a las multitudes nerviosas de la revolución, su vanidad teatral, su pueril engreimiento, resumen de dos o tres rasgos capitales toda la sintomatología de su neurosis extraordinaria.

Había, pues, predisposición indudable para este género de enfermedades, no sólo en su temperamento que es una circunstancia fundamental, sino también en el clima en que se había desarrollado; en los incidentes lamentables de su juventud trabajada por ideas grandiosas pero irrealizables, por aspiraciones ambiciosas y que golpeaban tenazmente su cráneo, pero que la organización social del coloniaje había puesto una valla que él se apuraba por salvar, con un encarnizamiento tanto más enardecido cuanto mayores eran los inconveniwentes con que luchaba.

En la etiología del histerismo, la posición social no tiene, como podría creerse, influencia alguna puesto que, según Briquet, ataca a los pobres como a los ricos. Sobreviene, cualquiera que sea aquélla, cuando a una predisposición nativa o adquirida, fomentada o no por los efectos de una educa-

ción imperfecta, se agregan, como sucedía en él, las contrariedades innumerables de una vida llena de ensueños imposibles y de todos estos sacudimientos afectivos intensos, que vinculan la voluntad a las excitaciones sensibles exclusivamente, despertando una oportunidad mórbida peligrosa. (Jacoud).

La pubertad y la juventud con su sistema nervioso impresionable, sus afecciones morales vivísimas y la abundante multiplicidad de fuertes emociones, constituyen las épocas más propicias para su desarrollo. Su manera pródiga de solicitar los placeres genitales, cuyas estimulaciones concentran la actividad nerviosa en las bajas esferas de la animalidad "favoreciendo el debilitamiento de la voluntad y de las facultades cerebrales superiores; la educación enervadora que excita prematuramente el corazón a expensas de la inteligencia; el fanatismo religioso y político que exalta y conmueve tan profundamente la razón; y por fin, las preocupaciones fuertemente estimulantes que en ciertas épocas apasionan al espíritu, dando al sistema nervioso general una susceptibilidad excesiva, acaban por producir este estado mórbido tan tenaz y por lo general incurable (1).

Determinan también este resultado, distinto en sus multiformes maneras de presentarse, pero idéntico en su fondo siempre invariable, todas las pasiones que dominan el alma angulosa de Monteagudo; los celos con sus peligrosas impulsiones, la envidia, las decepciones amorosas, los reveses de fortuna, la ambición política y el odio, este odio voraz como la saña de un vertebrado roedor, cuyos arranques sombríos se revelaban con tanta elocuencia en su frase amarga y en su letra trémula y convulsiva.

(1) Bouchut. Du nervosisme.

Monteagudo es el ejemplar más acabado de este nerviosismo femenil que constituye la enfermedad del siglo, y que es el padecimiento ineludible de las naturalezas enjutas y nerviosas; de las mujeres bellas y quiméricas que envejecen en el ascetismo de un celibato obligado y soñador; de los hombres de letras absortos en el trabajo y la meditación abrumadora de todos los días. Es la enfermedad de los ambiciosos — dice Bouchut en un libro palpitante y fantástico que ha escrito sobre la materia — la enfermedad de los que pierden la fortuna en su carrera precipitada e imprudente, es en fin "una de las formas de la fiebre de los espíritus modernos arrastrados por la sed del lucro y el deseo de los placeres".

Monteagudo era vano, pueril y satisfecho hasta la impertinencia, primer detalle, que aunque vagamente permite vislumbrar los contornos indeterminados de su histerismo medio deforme. Creíase un hombre irresistible por las seducciones fantásticas que suponia en sus contornos, edlicadamente modelados y llenos de blandas ondulaciones; por sus modos cortesanos y hasta cierto punto amanerados, y por sus gracias magnificadas en los excesos de su imaginación impúdica y ambiciosa.

En Lima y en Buenos Aires durante las grandes funciones de iglesia de los *días patrios,* esperaba que las naves de los templos estuvieran cuajadas de esas hermosas mujeres que masturbaban su imaginación, para entrar pavonéandose acariciado por las nubes de incienso que, mezcladas al olor de mil flores que perfumaban el ambiente, y al efluvio de aquellos senos trémulos que tanto prometian a su tenebrosa impureza, estimulaban sus sentidos conmoviendo con caricias lascivas, hasta la más humilde fibra de su car-

ne. Entraba siempre sólo, como para llamar sobre sí, exclusivamente, todas las miradas de las mujeres en cuyos corazones cálidos, creía tener un influjo formidable. Caminaba con paso teatral, lento, mesurado como para que el análisis de su cuerpo y de sus ropas irreprochables se hiciera completo; y el ojo ávido de sus supuestas admiradoras se satisficiera hasta el colmo en aquellas exposiciones y en aquellos paseos de sátiro ebrio.

Entonces era cuando su ingenio, aguzado por las insurrecciones de su vanidad, desplegaba todos los recursos de la estrategia, en la confección de esos peinados enormes, en que el cabello rebelde y rígido de su raza, resistiendo heróicamente las simulaciones que pretendía imponerle, producía en su cerebro fuertes estallidos de cólera.

Las largas horas que consagraba a su cuerpo, eran horas de concentración y de recogimiento; y digo de recogimiento, porque este hombre extraordinario tenía por su persona un especie de culto incomprensible, una adoración infinita que se expandia y desplegaba sus alas delante de un espejo falaz, que recogía diariamente las irrupciones de su vanidad inconcebible. Su alma torva y oprimida hallaba en las expansiones secretas de sus éxtasis histéricos, en aquellos descensos de su carácter empequeñecido por los arrobamientos de un infinito egoismo una derivación saludable; y cuando el ojo delirante se fijaba con cierta inefable fruición en la imagen querida que reproducía el espejo, su alma se bañaba en un vértigo profundo y la negra oscuridad de sus sombras desaparecía como por encanto.

Era menester no olvidar el más ínfimo detalle; cuidar que los pliegues abundantes de aquella pechera que ostentaba

tantos voladitos como cabezas de españoles había hecho rodar por el suelo de América, tuvieran la simetría y el gusto que exigía la elegancia de la época; que la hebilla del zapato que oprimía su pie enjuto y árabe, estuviera tan limpia y tan brillante como una hoja toledana; la media, blanca como un capullo de algodón, y las uñas, que encerraban para él tantos encantos, de una limpieza y de un brillo irreprochables; tal debía ser la delicadeza y exquisita finura de su corte, siempre en forma de estricta parábola; la limpidez inmaculada de la superficie y la suprema rectitud de su engarce.

Había en todo esto una mezcla confusa de explosiones histéricas, y de algo que recuerda ese *delirio de las grandezas,* tan especial, con que se inicia la *parálisis general;* del delirio ambicioso que calienta la imaginación de estos temperamentos, cuya nota dominante es la vanidad casi patológica que engendraba en el cerebro de Rivadavia tantas visiones magníficas, que producia sus maneras ampulosas y arcaicas, el tono sibilino de su voz, su frase soñadora y gongórica, y el ceño de Prometeo iracundo con que revelaba el ambicioso concepto que tenía de su persona.

Esos rasgos tan marcados y que traen al espíritu el recuerdo confuso del delirio aludido, son uno de los caracteres que más revelan a estos neurópatas de neurosis indeterminada, y en cuya fisiología cerebral no se encuentran síntomas suficientemente marcados para asignarles un diagnóstico preciso. Manifiestan, es verdad, signos de una perturbación ingénita indudable, pero no presentan el grupo de síntomas con la acentuación requerida para clasificarlos en una forma dada, precisa, como la *melancolía* o la *manía,* el *delirio de las persecusiones,* o *la locura paralítica*

por ejemplo. Por esto se agrupan bajo la denominación vaga, pero que indica sin embargo, una perturbación evidente, de *nerviosismo, estado histérico, emotividad exagerada, etc., etc.*

La estimulación espasmódica en que viven, enardece en algunos *predispuestos,* el sentimiento de la propia estima, el cual, solicitado, fecundado por la conciencia de ciertas facultades superiores, crece, aumenta, se hincha afectando algunas veces las proporciones fantásticas de una seudomegalomanía. Es éste un rasgo que merece notarse porque es frecuente en las naturalezas privilegiadas, pero histéricas como Monteagudo.

La locura paralítica que difunde su virus en todos los hombres de temperamento nervioso excesivo, estalla en los que encuentra predispuestos por herencia o por cualquier otra causa, y se manifiesta con los tonos suaves y apagados de este seudodelirio, en los que no tienen la predisposición necesaria. En virtud de esa divinización peligrosa que las escuelas dualistas han hecho del hombre, y de un cúmulo de causas complejas, esta forma de locura se ha hecho la enfermedad del siglo XIX así como la *licantropía* y la *demonolatria* eran la forma predilecta de los siglos pasados. La manera vertiginosa cómo se vive ahora y cómo se vivía durante la Revolución, nos parece que es causa suficiente para desarrollar de un modo formidable las susceptibilidades del cerebro, dando lugar al cúmulo de estados nerviosos que, desde las simples vaguedades de un histerismo apenas delineado, hasta la formidable *parálisis general,* todos entran en el círculo amplio de la patología.

De los que viven en eterna oscilación en ese mundo de la política, más aún en tiempos de bruscas transiciones, como

la época de la Independencia, raro es el que no se siente influido por esta cepa temible que llevan muchos en la cabeza, y raro es también, el que no tiene allí el óbulo fecundado, casi ya el embrión, de este delirio ambicioso que se disimula, se oculta o explota según la fuerza de resistencia y la oportunidad mórbida de cada individuo. Lo que bien puede llamarse la seudo megalomanía, o mejor dicho la megalomanía *fisiológica* de algunos caracteres, es hija de cierta predisposición individual y del estímulo constante en que vive la cabeza, dando por resultado la exageración tenaz de este sentimiento de la propia personalidad que es en definitiva quien la produce.

Nadie presentaba con tintes más acentuados estas fisonomías características que reflejan con tanta elocuencia las preocupaciones orgullosas, los sentimientos exclusivos y ampulosos que dominan al individuo, como el Sr. Rivadavia: admirable cabeza en perpetuos y grandiosos ensueños de grandeza; girando alrededor de un ideal lleno de luz y con la creencia, hecha carne en su cerebro, de que era el único llamado a cumplir no sé que alta misión política y social que le daba esa *tenue* especialísima que todos le conocieron. Tenia el énfasis de la tempestad y los erizamientos del león, como dice Paul de Saint-Victor hablando de Esquilo. Aquella cabeza erguida, colocada con tanta seguridad sobre sus anchos hombros; su palabra breve, imperiosa, campanuda, brotando trabajosamente de su cerebro, empapado en el dogmatismo desdeñoso de su escuela; aquel andar mesurado y teatral; la pompa y la ceremoniosa escrupulosidad con que rodeaba los más pueriles actos de su vida y la manera ampulosa de escribir, revelan toda la fascinación que ejer-

cía sobre su carácter el mundo de ideas de grandeza y de cándidas quimeras en que vivió toda su vida.

En su figura arrogante y de una belleza estatuaria, manifestaba Monteagudo casi todas las líneas de su carácter histérico. Llevaba — dice el Dr. López — "el gesto severo y preocupado: la cabeza con una leve inclinación sobre el pecho, pero la espalda y los hombros muy derechos. Su tez era morena y un tanto biliosa: el cabello renegrido, ondulado y enjopado con esmero: la frente espaciosa y delicadamente abovedada, pero sin protuberancias que llamasen la atención o que le diesen formas salientes; los ojos muy negros y grandes, pero como velados por la concentración natural del carácter, y muy poco curiosos. El óvalo de la cara, agudo: la barba, pronunciada: el labio grueso y muy rosado: la boca bien cerrada, y las mejillas sanas y llenas, pero nada de globuloso y de carnudo. Era casi alto: de formas espigadas pero robustas; espalda ancha y fácil: mano preciosa, la pierna larga y admirablemente torneada, el pie correcto y árabe. El sabia bien que era hermoso; y tenia grande orgullo en ello como en sus talentos, así es que no sólo vestía siempre con sumo esmero, sino con lujo" (1).

Tenia el labio sensual, ligeramente sonrosado, pero habitualmente seco; una boca admirablemente cortada y entreabierta algunas veces con cierta femenil coquetería, como para dejar ver dos hileras de dientes blancos pequeños hermosísimos. Los ojos eran vivos y animados por una luz que tenia mucho de siniestra; la mirada apasionada y vehemente, y la pupila ampliamente abierta brillaba animada por la fosforescencia felina de un iris limpio y aterciopelado.

---

(1) V. F. López. Historia de la Revolución Argentina

En presencia de una mujer temblaba toda su carne, como sorprendida por una suave descarga eléctrica; y su sensibilidad exquisita sufría una especie de *acomodación,* como si la preparara para recibir el choque de la emoción voluptuosa que iba por grados iluminando su fisonomía, y que tanto hacia brillar sus ojos húmedos y convulsivos. Entonces brotaban de sus labios las expresiones más apasionadas; su palabra se hacia flexible, fácil y untuosa, y a medida que cierto fluido misterioso empezaba a correr por sus nervios, acariciando los sentidos y agitando su pecho, entraban en erección las facultades animales; su feroz lubricidad despertaba *la bestia* adormecida, poniendo en juego todo el entrañamiento irresistible que la exaltación del sentido genésico, excita en los individuos de su temperamento bravío.

Todo lo que pudiera adular sus sentidos, manteniendo la estimulacón que necesitaba para vivir en constante flujo y reflujo sensitivo aquella naturaleza moral con tantos y tan visibles rasgos de inferioridad, tenía para él un halago supremo e irresistible. El lujo en sus trajes, sus baños en aguas olorosas, la abundancia y delicadeza de su mesa, como el cuidado femenil de su persona, siempre perfumada y llena de preciosas joyas, hacian del Auditor de Guerra, un sibarita odioso, absorbido por el sentimiento exclusivo de los placeres animales.

En sus relaciones familiares, era insoportable como todos los histéricos; antipático e inaccesible a esa franca intimidad, al trato fácil y ameno por el que San Martín *tenía tan cordial predilección.*

Diré más: no le faltaba sino convulsiones, el llanto y las risas inusitadas, el acceso franco e intenso de enajenación mental, para acabar de caracterizar su neurosis tan abier-

tamente histérica. Hasta descollaba en la intriga tenebrosa como la histérica más consumada; tenia el don de la embrolla tramada y llevada a cabo como sólo ellas saben hacerlo; y para que nada faltara, hasta el erotismo frecuente con la enfermedad, se revelaba en él con vivísimos colores.

Era — dice el ilustre autor de la *Revolución Argentina* — "una alma soberbia y opaca al mismo tiempo; formada no sólo en las doctrinas de los Montañeses de la Revolución francesa, sino con la manía peculiar (y por cierto fundadísima), de que se parecía a Saint Just. Este terrible jóven de la Convención francesa de 1793, era el modelo del jóven Monteagudo, en todo: en estilo y en doctrina; sin que esto impidiera que cuando cambió de demócrata demoledor a monárquico intransigente, conservara la misma tiesura de ideas y fuese un Demaitre. El trato de Monteagudo a causa de sus indisputables talentos, era incómodo, porque en cada palabra y *en cada ademán transpiraba la alta idea que tenia de si mismo, y hacia* sentir la superioridad de sus conocimientos y de sus trabajos.

"Monteagudo, cuyos amplios propósitos todos comprendian y acataban, *era malo, dañino y nada escrupuloso* en los medios con que los servía, o en la política que aconsejaba. No era cobarde en su puesto; pero su *imaginación sombría y al mismo tiempo artera, era asustadiza y prevenida* en el terreno de la política y contra los enemigos de sus planes y de sus propósitos. *La exageración de las resoluciones, y el extremo de las responsabilidades del poder, no le asustaban, sino que tentaban su alma con esa vaga inclinación* que todos los hombres sienten en las grandes alturas por echarse al abismo. Para él era gusto innato obrar *con un rigor inexorable* al servicio de una causa puesta en pe-

ligro, y no buscaba en ello otra satisfacción propia que la de servir en ese sentido como mero agente, los intereses de un personaje poderoso, a quien él tuviese por instrumento predestinado de los propósitos que llenaban su alma. Ese era su genio y *era su necesidad moral.* Así es que al obrar bajo el influjo de *esa fatalidad maligna, obedecía a su naturaleza,* sin preocupaciones ningunas de egoismo personal, y siempre teniendo en vista a su modo, grandes propósitos políticos" (1).

He aquí desarrollada en pocas palabras, y de una manera amirable, toda la fisiología cerebral del célebre Auditor de Guerra.

Ya veremos en el curso del capítulo siguiente los tres principales rasgos que acaban de caracterizar su histerismo.

(1) VICENTE F. LÓPEZ. Historia de la Revolución Argentina.

CAPITULO VI

SUMARIO.—Rasgos fundamentales de la histeria.—La movilidad de ideas, la volubilidad de sentimientos, la extremada excitabilidad del sentido genésico.—La Grasser tipo de la histérica consumada.—Su vida.—Su enfermedad.—Cuáles eran los síntomas capitales que predominaban en Monteagudo.—Monteagudo monárquico. y aristócrata.—Monteagudo demagogo.—Monteagudo republicano.—Demócrata, monárquico nuevamente, etc., etc., etc.—Brusquedad de sus cambios afectivos.—Odios y amores brutales.—Descensos súbitos de su nivel moral.—Exaltación de su sentido genésico.—Antecesores históricos.—Cómo entendía Monteagudo el amor.—Sus fantasías.—Sus olores y sus plantas favoritas.—Terapéutica de su enfermedad.—El café y el agua fría.

Tres rasgos fundamentales y característicos dominan la vida de Monteagudo.

a—la movilidad excesiva de ideas.

b—la volubilidad de sus sentimientos y afecciones.

c—la extremada excitabilidad genésica.

Ellos manifiestan clara y distintamente la índole de su organización cerebral: está vaciada allí toda la psicología extraviada y anómala del famoso *carnicero de la Revolución.*

Su habilidad suma para la intriga oscura y diabólica; la extravagancia de ciertas insólitas inclinaciones y algún otro rasgo de su vida íntima, son detalles secundarios que complementan, sin embargo, el cuadro de la sintomatología variadísima que tiene esta afección. Tenía la plasticidad ce-

rebral de la histérica legendaria, que cambia su carácter y la índole de sus concepciones psíquicas, con la misma facilidad con que transforma sus transportes amorosos en impulsiones del odio y del encono más formidable.

En este histerismo de larga evolución, las manifestaciones de la inteligencia tienen cierta aparente solidez, porque se hace por épocas de una duración relativamente larga; el enfermo cambia de *un año para otro;* mientras que en las histerias agudas y ruidosísimas que estallan en las vírgenes y en las menopautas, los cambios son bruscos y se suceden en un corto espacio de tiempo; de un día para otro y aún en pocas horas; a tal punto es cambiante y movible este *nervorum distencio* tan maligno. Las personas que lo padecen pasan con una facilidad excesiva, de la más profunda tristeza a la alegria más amblia y contagiosa; de la desesperación a la esperanza, del odio reconcentrado y amargo, al amor más acendrado y enardeciente. Así es que, las inspiraciones se resienten de su estado eléctrico y de la tensión excesiva en que viven esos espíritus fantásticos y arteros como el de un niño voluntarioso; por eso nacen vivas sus impulsiones, exaltadas, expansivas como gases comprimidos, prolongando su dominio mientras dura la impresión interna que las ha producido.

Por cierto que no hay nada más insoportable ni más peligroso que una de estas personas afectadas del *morbus extrangulatorius* como le llamaban pintorescamente los antiguos. Dígalo el mismo Monteagudo, sino.

Una mujer histérica muy conocida en Prusia bajo el nombre de la Grasser (y vaya este caso como ejemplo palpitante de lo que puede la histeria), ha sabido engañar durante diez años a los magistrados más experimentados; inducir

en error a un gran número de médicos; mistificar sin cesar a la autoridad, dando lugar a las aventuras más inesperadas. Pasaba alternativamente de la cárcel correccional al hospital de locos, del hospital a la prisión y de ésta a la casa de fuerza. Su vida no ha sido sino un largo encadenamiento de peripecias extraordinarias, de simulaciones tan variadas como hábiles. Según las necesidades de la causa, se manifestaba tranquila, o furiosa, loca, muda, alucinada, poseída del diablo, débil de espíritu o reumática, mentirosa, falso testigo o ladrona, dando pruebas de la energía más rara, del descaro más grande, y de la inteligencia más vivaz (1). Ese es, pues, el histerismo típico, acabado; desesperando al ojo más avezado con sus peculiaridades curiosas; extraviando al juicio más recto con esas apariencias falaces de salud intelectual; confundiendo, embrollando, oscureciendo el diagnóstico, con la enorme e infinitamente variada multiplicidad de sus expresiones en perpetua trasformación.

Los otros matices formados por una degradación insensible del color primitivo, participan con más o menos intensidad, de la influencia de la cepa originaria; y desde esa forma exuberante acabada en la Grasser, hasta esas otras maneras vaporosas que ofrecen las jóvenes en cierta edad temprana de la vida, todas revisten en medio de su disparidad aparente cierta unidad que las vincula a un género nosográfico indestructible. Ese *malum histericum* que es una zona intermedia entre la exageración del gran mal histérico y los vapores apenas perceptibles de las jóvenes, es el mal de Monteagudo, manifestándose con su característica in-

(1) Copiamos esta historia de la obra de Tardieu "La Folie".

faltable: la incesante movilidad intelectual y moral sin las terminaciones delirantes y sin ninguno de los síntomas somáticos de la histeria vulgar.

Bastarían estos dos únicos datos: movilidad patológica de ideas y volubilidad de sentimientos, agregados a la exageración de su sentido genital para revelarlo completamente. Sus cambios tan bruscos como extravagantes y radicales no eran producto de influencias que venian de afuera, la obra del medio social en que vivía; ni se producian tampoco bajo la presión vehemente de algún carácter altanero y superior al suyo, que lo dominara; ni menos por el influjo de conveniencias de partido o de miras expeculativas: era su nerviosismo que operaba incesantemente su evolución y que con arreglo a su genio propio se manifestaba así. Monteagudo era variable en sus sentimientos y en sus ideas porque era histérico, porque fué eternamente niño, niño enfermizo y terrible, artero y voluntarioso como todos los neurópatas de su clase.

¡Qué no ha sido en su vida! ¡Ha recorrido toda la gama de los colores y de las afecciones políticas como si buscara un ideal quimérico que no pudo encontrar jamás! ¡Qué hombre tan incomprensible, qué carácter tan confuso para los que no tienen la clave del enigma! Ha estado en cortos y diversos períodos apasionado, pero apasionado con la pasión vehemente y tenaz de su histeria, de todas las formas de gobierno y de todos los hombres superiores de su tiempo. Ha creido amar y ha odiado con toda la exuberancia propia de su temperamento; ha sufrido todos los dolorosos desfallecimientos, las deplorables humillaciones a que lo arrastraba su manera de ser enfermiza y atrabiliaria; y esos momentos de arrogante soberbia, aquellas reac-

ciones supremas que dan a su individualidad moral cierto temple falacioso, más bien que reacciones parecían accesos convulsivos seguidos, como con frecuencia le sucedía, de un temible colapso.

Las primeras palabras que brotaron de sus labios fueron de encomio y de amor hacía la persona del rey.

Fué monárquico y aristócrata: "el rey asegurado en su trono — decia en su disertación inaugural, reina pacíficamente y rodeado del resplandor que recibe de la misma Divinidad alumbra y anima su vasto reino!! Ninguna idea de sedición llega a agitar el corazón de sus vasallos; todos le miran como a imagen de Dios en la tierra, como fuente invisible de orden y el astro predominante de la sociedad civil." Este transporte de admiración tan extremoso hubiera parecido exagerado aún en boca del mismo oidor Uzzos y Mozi a quien iba dirigido: aquel extravagante modelo de sumisión colonial, revelaba una especie de éxtasis, dejando entrever las líneas medio confusas de esa catalepsia histérica en que la voluntad se atrofia transitoriamente, dando al cuerpo la docilidad extraña que caracteriza su brutal automatismo. Había en estos conceptos extravagantes, pasión admirativa, lujuría de sumisión aun para la época misma en que se producían. Chuquisaca con su atmósfera servilmente aristocrática no produjo sin embargo, en los cerebros de los otros precursores de la Revolución semejantes explosiones. Esto sea dicho de paso y para los que ven en ese rasgo una influencia del medio y de la época.

Pero esta faz monárquica duró poco, como tenía que suceder. Monteagudo se hizo en la Paz, y en Chuquisaca mismo, revolucionario ingobernable, llegando *bruscamente* la exaltación de sus ideas hasta el más alto grado de furor

demagógico. Y es menester fijar la atención en este cambio aliénico de ideas, cuya brusquedad insólita tiene todo el valor característico de un síntoma patognomónico.

En 1810 y a propósito de la ejecución del Mariscal Nieto, presidente de Charcas, y de Sanz, gobernador e intendente de Potosí y Córdoba, que habían querido oponerse al movimiento revolucionario levantando al alto Perú, escribia en su *Martir* o *Libre,* arrebatado por el entusiasmo de un *poseído* enfurecido, estas palabras que manifiestan todo el fervor que calentaba su cráneo: "Yo *los he visto expiar sus crímenes y me he acercado con placer a los patíbulos para observar los efectos de la ira de la patria y bendecirla por su triunfo!* Por encima de sus cadáveres pasaron nuestras legiones; y, con la palma en una mano y el fusil en la otra corrieron a buscar la victoria en las orillas del Titicaca; y reunidos el 25 de mayo de 1811 sobre las magníficas ruinas de Tiaguanaco ensayaron su coraje, jurando en presencia de los pabellones de la patria empaparlos en la sangre del pérfido Goyeneche".... "Yo no temo hablar en este lenguaje — decía después, desde la tribuna de la Sociedad Patriotica — *Aunque se irriten las furias del averno".*

Todavía va más allá. Después del imponente desastre del Huaquí, en que el ejército independiente quedó completamente aniquilado, su furor democrático llegó a su mayor crisis y las páginas de la Gaceta de Buenos Aires, que entonces redactaba asociado al Dr. Paso, muestran cuál era el fervoroso entusiasmo con que se había asimilado todas las teorías revolucionarias de la época, ampliadas después y con mayor delirio en sus célebres y turbulentos discursos.

Compárense estos últimos escritos suyos, con la Oración

inaugural a que hemos hecho alusión más arriba y se verá al conjunto completo de los síntomas psicopáticos de la histeria, abriéndose paso al través de todas estas manifestaciones aparentemente triviales. Bien es verdad, que entonces estaba en la época de la vida, más propicia para el desarrollo de los trastornos dinámicos de la inervación, a que responden estos cambios infinitos. Contaba 25 años y un temperamento nervioso-bilioso en la plenitud de su vigor; un cerebro exuberante y roído por las mil amarguras que le acarreaban su cuna humilde y sus incurables dobleces de carácter; tenia todas las aspiraciones, todas las exigencias, todas las petulancias y caprichos de la edad; y finalmente se agitaba en medio de una sociedad dolorida por las alternativas de una pubertad difícil, sufriendo el contacto diario, el choque ineludible, pegajoso de otros temperamentos análogos.

Todo esto, que puede decirse, encierra una parte importante de la semiología de sus males, basta en mi concepto para explicar el desarrollo de una enfermedad que en muchas ocasiones no tiene etiología conocida.

Pronto se secaron en sus labios *los arrogantes apóstrofes al despotismo* y dejó de preferir como Lépido *la procelosa libertad a una esclavitud tranquila;* palabras que le servían de epígrafe en su célebre oración de la Sociedad Patriotica. Entonces clamó por la dictadura personal, como el único gobierno posible para regir estos países y él, el demócrata demagogo, sostuvo con su pluma y con su influjo, el cesarismo de Alvear e hizo en sus escritos la apología de las tiranías (1). A pesar de esto, en 1813 sus ar-

(1) Pelliza. Monteagudo pág. 106, tomo 1.o.

tículos publicados en la Gaceta revelaban sus inclinaciones al gobierno presidencial a imitación del de los Estados Unidos y para que su extraña versatilidad de ideas fuera más groseramente visible, al final del *mismo escrito* se manifestaba partidario del gobierno unitario! (1)

En 1815 la forma de gobierno que absorbía su entusiasmo no era ya ninguna de las citadas, "la excelencia de la forma mixta del gobierno inglés le parecía más adaptable para los pueblos libres (2). En Chile volvió a sentir vacilar sus ideas, el antiguo demócrata: el agua helada de los torrentes andinos en que se bañaba con frecuencia, no había logrado modificar la excitabilidad de aquel cerebro eléctrico y movedizo. En el *Censor de la Revolución* que tiene "un gran significado en la historia de la evolución de sus ideas políticas", apagó definitivamente hasta el último destello de su amor a Rousseau y a los otros escritores de este género (3). En su concepto no estábamos en condiciones de constituirnos con arreglo a las instituciones inglesas o norteamericanas, "no podíamos aspirar a ser tan libres como los que nacieron en esa isla clásica que ha presentado el gran modelo de los gobiernos constitucionales, o como los republicanos de la América septentrional, que educados en la escuela de la libertad, osaron hacer el experimento de una forma de gobierno, cuya excelencia aún no puede probarse satisfactoriamente por la duración de 44 años". (4)

No se detubieron aquí sus enormes e inconcebibles cambios. En el Perú se hizo partidario del gobierno monárqui-

---

(1) Frejeiro. Monteagudo, página 399.
(2) Frejeiro. Monteagudo, página 399.
(3) Frejeiro. Monteagudo, página 252.
(4) Monteagudo. Artículo publicado en Chile en el "Censor de la Revolución.

co, cuyo propósito, afirma uno de sus biógrafos, tomo a su cargo el "Pacificador del Perú"; y por fin en 1825 tornose admirador entusiasta y partidario de la forma republicana de gobierno, que en otro tiempo tanto había odiado. A tal punto llegaba la inconsistencia de opiniones en aquella cabeza, que muchísimo bueno pudo producir a no haber sufrido con tanta fuerza este incurable histerismo que describimos.

No hubo en su cerebro anómalo, ningún sentimiento, ninguna idea que echara raíces profundas. Todo: ideas y afecciones, brotaban con una vivacidad extraordinaria e inusitada, pero eran fugaces y transitorias; pasaban rozando la superficie de aquella inteligencia que las recibía sin fijarlas. Conservaba momentáneamente, como la papila del ojo, el *fosféno* de la impresión, diremos asi, pero la sensación cerebral correlativa se borraba sin dejar en la celulal el recuerdo perenne de la vibración, que es la memoria del nervio. Se borraban, para dar lugar a otras impresiones y a otras ideas de distinta índole, antogónicas, confusas, extravagantes e igualmente fugaces y transitorias. Era como he dicho antes un caleidoscopio manejado por la mano nerviosa de un niño.

Alternativamente fué colaborador y amigo entusiasta de Alvear, para después constituirse en su enemigo más cruel; instrumento dócil y admirador caloroso de San Martin, a quien intrigaba más tarde inspirándole los amargos reproches que estampaba en su célebre carta a Pueyrredón (1); *amigo,* según el mismo se decia de José Miguel Carrera (2) para ser muy pronto su enemigo y el verdugo

(1) MONTEAGUDO, por Frejeiro, pág. 195.
(2) MOTEAGUDO, por Frejeiro, pág. 142.

implacable de sus dos hermanos a quienes asesinó con la saña de un felino hambriento. Y finalmente: olvidó para siempre a su patria a quien tanto decia haber amado, pidiendo en cambio de *importantes servicios* la ciudadanía chilena (1).

¿Quién no ve en estos cambios radicales, en estos espasmos e incertidumbres, todas las expresiones características de su nerviosismo histérico?

Tal fué la manera de ser de su inteligencia y tal es la de la histeria no convulsiva: la peor y la más formidable de sus formas.

Extrañas palpitaciones las de aquel espíritu en perpetuo clamoreo. Amaba o mejor dicho, admiraba, porque probablemente no amó jamás y porque los sentimientos que con más intensidad se manifestaban en él, eran el odio y la admiración; el odio temible, corrosivo, mortal; y la admiración servil, humilde y depresiva que hace descender el nivel humano muy abajo del de su ascendiente símio. Amaba hoy, con el servilismo y la tensión admirativa de que sólo él era capaz, para aborrecer mañana con aquella cólera suprema que estalla en todas sus venganzas.

Todas sus disposiciones morales son otros tantos signos típicos de su afección nerviosa. Tenía hasta esa locuacidad extrema, que suele alternar en las histéricas con sus momentos de profunda melancolía, de llantos sin motivo, de gemidos y de cantos tristísimos; y de acuerdo con esta tendencia a las bruscas transiciones, siguió en sus afectos, la misma *gama* caprichosa que en sus opiniones políticas. En medio de esta movilidad sorprendente, sólo conservó

(1) V. F. López. H. de la R. A. (R. del R. de la P.) tomo 8, página 157.

íntegro, inalterable hasta la tumba, el odio tenaz a los españoles que fué el móvil de muchas de sus violentas determinaciones, y tal vez la única causa que lo arrojó en brazos de la Revolución. Hasta el amor a la independencia que, si hubiera participado de la intensidad de sus odios, hubiera salvado su nombre de las lapidaciones que lo cubren, sufrió como el resto de sus sentimientos un eclipse completo. Monteagudo fué apóstata: se sintió un instante embargado de la horrible depresión moral que echaba a su espíritu en las corrientes peligrosísimas de la enfermedad, e intentó pactar con Inglaterra *la venta* de las provincias platinas. (1)

Cuando descendía en la intensidad de sus afectos lo hacía siempre como un verdadero histérico, sin gradaciones ni penumbras. Toda la vigorosa altanería que con tanta impertinencia mostraba en sus épocas de bonanza, tornábase en hondo y lamentable abatimiento, apenas la fortuna dejaba de sonreirle. Su ánimo decaía bruscamente, con la intensidad propia de su intemperancia sensitiva; la postración era infinita y la irresistible fogosidad que alumbraba su espíritu en las noches amargas de Lima, se apagaba con la misma facilidad con que volvía a brillar después. Y cuando la mano pesada de *Don José,* se levantaba crispada y formidable sobre su cabeza, la altivez aquella, tornábase en humildad, y Monteagudo desaparecia, dominado, absorbido, por el irresistible magnetismo de aquella personalidad que lo podia todo con el influjo de su cesarismo *sui-generis.*

Entonces rogaba en un tono y con una bajeza que espan-

(1) Véase "Historia de Belgrano" — Biografía de Monteagudo por Frejeiro y "Vida de Monteagudo" por Pelliza.

tan, implorando la caridad en largas y deplorables lamentaciones; pedía tan *sólo un sueldo* que le permitiera vivir con decencia, la Secretaría de una misión en Europa, la protección de los grandes a quienes preguntaba, imprimiendo a su voz las inflexiones del lamento, *si sería posible que lo abandonaran a sus enemigos cuando podia servir y salvar de tanto escollo*: *"Haga Vd. este favor aun patriota"* — escribia a O'Higgins — rebuscando la frase más melosa y más humilde; besando la planta, arrastrando la barriga por el suelo — *"haga Vd. este servicio a un patriota y a un amigo suyo que sólo siente no haber dado pruebas de ello"* (1).

Cuando escribia esta carta de tanta amargura, sus desfallecimientos habían llegado a su colmo: la soledad desesperante de su destierro contribuía eficazmente para hacerlos más bruscos y temibles, bañando su espíritu en una desesperación abrumadora ... ...

¡Y cuán frecuentes son en las personas histéricas estos rápidos descensos del nivel moral! Con cuánta facilidad desaparecen sus extraños frenesies, transformándose súbitamente en una especie de decrepitud transitoria, de lasitud silenciosa y oscura. Empiezan como Monteagudo, a girar en la altura infinita en que él se columpiaba manifestando un vigor de bronce... y giran y giran descendiendo rápidamente, así que aquel ardor enfermizo que vigoriza y templa momentáneamente la fibra, se consume en propia lumbre y por su propio exceso. Caen como heridos en el corazón, en el *nudo vital* del bulbo y descienden con la velocidad rapidísima *del cuerpo muerto que cae.*

(1) V. F. López. La Revolución Argentina (R. del R. de la P.), pág. 158, tomo 8.

Así como subía y descendía Monteagudo, se sube y se desciende en la histeria: ése es uno de sus caracteres más conocidos. La energía indomable de aquel hombre era un fuego de artificio o mejor dicho las convulsiones de su histerismo. El Monteagudo de Lima, el Monteagudo de los procesos de San Luis era el hombre artificial, el hombre patológico obrando de acuerdo con el genio de su propia enfermedad y obedeciendo a la impulsión maligna que nacía en su cerebro contundido por tanto estímulo. Por eso su imaginación era "sombría y al mismo tiempo artera, asustadiza y prevenida"; por esta razón la "exageración de las resoluciones y el extremo de las responsabilidades del poder no le asustaban sino *que tentaban su alma* con esa vaga inclinación que todos los hombres sienten, en las grandes alturas, por echarse al abismo". (1)

He ahí pues, evidente, otro de los signos dominantes de esta neurosis: la perversión de las facultades afectivas y de la sensibilidad, que Monteagudo demostraba en todos sus actos y que lleva a las histéricas a cometer hechos reprensibles y hasta criminales.

El tercer rasgo característico de su fisonomía moral y que complementa definitivamente el cuadro de su estado enfermizo era sus disposiciones eróticas; sus hábitos viciosos y el ardor excesivo de su sensualismo intemperante y sediento. Esta perversión singular de los apetitos genésicos, compatible con la salud, cuando como en él no llega a los extremos dolorosos de la nifomanía o de la satiriasis, constituye uno de los signos, sino constante, por lo menos esencial e importante de la influencia que la histeria

(1) Vicente F. López. Historia de la Revolución Argentina.

ejerce sobre las facultades morales de los que la padecen (1).

Se afirma que para él "el amor carecia de los supremos encantos" que tiene para todos los hombres moralmente bien constituidos. Que buscaba la carne únicamente, la forma tentadora y lujuriosa de la *zamba,* naturalmente dócil y complaciente; la plegaria abrasadora de esas pupilas negras que miraban trémulas y como atraídas la órbita oscura en donde se movian sus dos ojos malvados; las promesas de todos esos labios preñados de brutal erotismo, húmedos y temblorosos que imploran el placer con el grito agudo y desesperante de los sentidos irritados por un largo contacto; el gemido convulsivo, el estallido del nervio, sacudido por las sensaciones tremendas de los placeres animales supremos. No era la "dulce e íntima fruicción del alma enamorada" la que lo apegaba tanto a las mujeres, sino el apetito brutal, el contacto sexual practicado de una manera abusiva, la sensación extraordinaria e irresistible que lleva a los genesiacos intransigentes al extremo doloroso de los placeres solitarios, últimos vestigios e implacables testimonios de un libertinaje mórbido (2).

"La vanidad y el orgullo; la seducción y el adulterio — dice uno de sus biógrafos—ésos eran algunos de los rasgos culminantes que caracterizan en él la más noble función de la humanidad". Monteagudo era lascivo por su temperamento y por su enfermedad; y esta aberración de los sentimientos genésicos asimilable a su neurosis y perfectamente compatible con una alta inteligencia, constituye por lo general uno de los caracteres más acentuados

(1) Tardieu. La Folie.
(2) Moreau de Tours. Aberrations du sens genesiques.

del nerviosismo histérico. Suele ser la única, o cuando menos, la más vigorosa y elocuente manifestación de la histeria libidinosa que oprime y atrofia en el hombre y hasta en la mujer más púdica, el sentimiento siempre altivo de su propia honra.

Las grandes saturnales históricas que refiere Moreau de Tours, en su reciente libro sobre las aberraciones del sentido genésico, tienen sus héroes y sus frecuentadores asíduos, en todos estos productos enfermizos de las sociedades refinadas y atónicas; en aquellos libertinos por nerviosismo ingénito o adquirido, que atraviesan la vida como Monteagudo, con el apetito casi siempre insaciable, de los placeres genésicos.

Es que estos placeres hablan, o más bien dicho, exigen al organismo con un imperio de las necesidades nutritivas conjuntas: no solicitan como el sueño y la suave postración del cansancio, exigen como el hambre, piden como la sed y como el hambre de aire, que es la suprema e ineludible necesidad de la vida.

El erotismo de Monteagudo tiene, algo como una filiación bochornosa, en las páginas más brillantes de la historia. Era como una herencia de otros grandes hombres, cuya enorme vitalidad se desbordaba en estas exaltaciones crueles. Julio César *omnium vivorum mulierem et omnium mulierum virum* como le llamaba Curión, apuraba con ansia epiléptica y de una manera insaciable, todo el placer que la corrupción romana ponia en sus manos. Ti*la cuna,* y que ha hecho ruborizar a la histeria con su eroberio, otro enfermo, con el sentido genital pervertido *desde*

tismo imposible, era libidinoso hasta en los crueles suplicios que inventaba. (1)

Calígula invitaba a la luna a participar de su lecho y mantenía un comercio infame con Lépidus y algunos otros jóvenes extranjeros puestos en sus manos como rehenes:... "un día se oyeron en el palacio, los gritos de Cátulus, jóven de familia consular, cuyo temperamento no era suficientemente vigoroso para responder a las violencias estúpidas de Calígula"..... Claudio a pesar de sus temblorosas rodillas y de su constitución precaria, lo mismo que Galba, Nerón, Tito y Heliogábalo, vivieron encenagados en el más horrendo libertinaje mórbido. La *clinopalem vocabat* de Domiciano, que se bañaba en las plazas públicas con las prostitutas, y se complacia en arrancar *los pelos* a sus concubinas, la sodomía bestial de Vitelio y el *distorsit immisso per obsena igni* constituían para todos aquellos ninfomaniacos enardecidos por la impunidad, el repertorio de sus más gratos placeres.

Sixto IV pertenecía a una familia de sodomitas que hacia de la prostitución un ramo de industria. Sobre León X hace recaer Jóvius la misma acusación. Enrique III repartía su vida, como dice Moreau, entre la prostitución y la devoción; y las caricias indiscretas que prodigaba a sus famosos *Mignons* le atrajeron todo el odio de las damas de la corte. El incesto para el duque de Orleáns no era sino una *diablura,* como lo atestiguan sus tentativas infames de corrupción dirigidas contra la princesa de Lamballe y contra su propia hija la abadesa de Chelles. Y para terminar esta desagradable y corta enumeración, citaremos a

(1) Moreau de Tours. Aberrations du sens genesique.

Luis XV *dont la vie ne fut q'une perpetuelle debauche* y para quien lo que no se presentaba con la promesa de un placer, era indiferente; Luis Felipe de Orleáns cuya vida fué una mezcla de infamias y de grandes cosas; Federico el Grande, y finalmente el conde de Charolais de lúgubre memoria y cuyo horrible cinismo e inaudita ferocidad apenas ha descrito el autor de la *Folie jalouse*. (1)

Estos genesiacos de la larga familia de Monteagudo y de Bolivar, que también pagaba ampliamente su tributo a Priapo, tienen, por temperamento, como Bolívar, o por enfermedad y por temperamento como Monteagudo, concentrada toda su vida sobre este sentido que se sobrepone a los otros, vinculando a su servicio las más nobles facultades del hombre. No hay en el mundo moral nada bueno posible cuando circula con tanta abundancia por los nervios de un hombre, aquel fluído caliente, que se difunde estremeciendose la fibra y reanimando las fuerzas ausentes del más viejo *genital;* que va creciendo, aumentando, hinchándose como la mar picada, hasta afectar en los individuos predispuestos, sobre todo, las proporciones enormes y repugnantes de un erotismo irresistible.....

El uso habitual de ciertas sustancias que estimulan el sistema nervioso, el clima cálido que crea el coadyuvante de un temperamento ardiente y bullicioso y que levanta los apetitos venéreos hasta la categoría de necesidades irresistibles, habían contribuido a desarrollar en aquel gran adorador de Aretino, esta exaltación tan característica del sentido de la generación. No le era posible resistir al empuje visiblemente enfermizo, que lo arrastraba hacia los placeres

(1) Todos estos datos los tomo de la obra de Moreau de Tours (hijo).

sensuales desordenados, como si llevara hecho carne en su cerebro todo el cínico desbordamiento que reinó epidémicamente en la Roma de Calígula y de Popea. Por eso buscaba casi siempre, a todas esas mujeres en quienes un pudor moribundo, dejaba ancho campo a la satisfacción de sus propósitos lascivos, y complacia su erotismo hidrópico en la lectura licenciosa del *divino azote de los príncipes.*

He ahí la consagración más tenaz de su vida. Ella si, no cambió nunca, por lo mismo que era orgánica y enfermiza, fué en la vida su sola pasión invariable, su inclinación constante, lo único que en su ser moral se mantuvo inalterable en medio de su extravagante variabilidad.

Si Monteagudo hubiera gozado alguna vez de las dulzuras de una existencia reposada, hasta habría tentado reproducir, por exceso de sensualismo, aquella extraña fantasía que creó el lúgubre Hawtorne en la *Niña envenenada.* Habría vivido aspirando, no los efluvios envenenados de las plantas de Rapacini, sino cultivando con amor las diversas especies de Orchis, que por disposición de sus tubérculos en *scrotum,* eran considerados por los viejos genesiacos como poseedoras de grandes propiedades afrodisiacas; porque en medio de su excesiva lujuría, era artista consumado y su genetismo abundante necesitaba echar mano de todos los recursos del arte; recorrer todos los tonos del placer, asociando al sentido genésico el concurso eficaz de los otros. Por eso le gustaba la música y el baile, pero a condición de que encerrara alguna promesa voluptuosa..

En un jardín sombrío, medio perdido en el repliegue de algún valle tucumano, y bajo la temperatura mansa y amorosa de una eterna primavera, vivir secretamente y como abstraído en su ascetismo sensual, cultivando la *dátura* y la

jusquiana, el *adiantus* y la *belladona,* que procuraba filtros tan eficaces a pesar del mentiroso *me miseram quod amor non est medicabilis herbis* de la Heroidea de Ovidio. Y acariciado por las alas calientes de la cantárida aclimatada en aquel aire tibio y saturado de supuestas emanaciones estimulantes, restaurar sus fuerzas consumidas en el cansancio de alguna noche tiberiana.

A ese respecto, Monteagudo tenía un conocimiento abundante de las leyendas fálicas y de toda esta botánica erótica que ha producido la materia médica popular. Conocía las propiedades venéreas atribuidas al *cedrón,* su planta predilecta, al *nardo* que deja al ser estrujado entre las manos, ese ligero olor seminal que estimula voluptuosamente el olfato de las mujeres; de la *mandrágora* de la *valería* y la *concordia,* de la *yerba conyugal* y de la famosa *orchis odoratísima* con su enorme poder de excitar la sensualidad.

Todo, como vemos, era la consecuencia obligada de su afección y de una predisposición orgánica marcada, que constituye, según Tardieu, lo que se ha llamado el temperamento genital; y que, a menudo, coincide con un conjunto de caracteres físicos particulares que existían en él: "predominio del sistema nervioso, músculos esbozados con delicadeza, desarrollo mediocre del tejido adiposo, cabellos negros y abundantes, una fisonomía expresiva y movible, boca grande, labios gruesos y de un rojo vivo" (1). Lo que sucede en las mujeres histéricas respecto a sus disposiciones eróticas, se ve igualmente en los hombres cuyos deseos violentos suelen presentarse de una manera no menos horrible y repugnante.

---

(1) TARDIEU. La Folie.

Concluyamos tocando ligeramente lo que puede muy bien llamarse la terapéutica de su enfermedad. Es decir, los remedios que instintiva o intencionalmente se aplicaba como tratamiento.

Cuando acompañaba a Bolívar, los oficiales lo veían dirigirse "a los fríos torrentes de la Cordillera donde sentado sobre un peñasco se dejaba bañar por aquellos raudales helados". La impresión del frío era intensísima y el alivio de sus tormentos cerebrales, tal vez ilusorio y aún peligroso, por la acción estimulante del agua a tan bajísima temperatura. El agua fría no es un agente sedativo *directo,* sino más bien un excitante, cualquiera que sea el procedimiento: cubiertas mojadas, inmersiones, etc., etc. (1)

Es indudable que la hidroterapia produce resultados satisfactorios en el estado nervioso, nervosismo, histeria etc., y como dice Bloch, si se quiere conocer bien la acción general del agua fría, es en estas afecciones donde debe estudiarse. Pero el examen de las diversas fases por las cuales pasa un neurópata, exclusivamente sometido a un tratamiento de esta naturaleza, demuestra que el agua fría no es en realidad sino un agente excitante (Bloch). Prueba de ello son los casos de urticaria y forúnculos, que se manifiestan después de un tiempo variable, en los sujetos sometidos a estos tratamientos; los síntomas de eretismo nervioso que aparecen bajo la influencia fuertemente perturbadora del agua fría, y la manera penosa y poco agradable con que se hace sentir la primera impresión, durante la cual la respiración se pone irregular y de inspiraciones cortas, profundas y como espasmódicas. (2)

(1) Bloch. L,eau froide.
(2) Bloch. Id. id. id. pág. 16.

Siendo así que el agua fría lejos de ser un sedante inmediato, es más bien un estimulante, y que a pesar de su pasión por los baños helados, Monteagudo no se bañaba con la regularidad, la frecuencia y los requisitos de un tratamiento médico, sino con interminencias peligrosas y a distintas temperaturas, es claro que, este tratamiento lejos de aliviarlo, lo enardecía aún más, estimulando, más bien que amortiguando, aquel eretismo cerebral que dominaba todo su ser.

Es indiscutible que la hidroterapia obra ventajosamente sobre estas neurosis; pero obra a la larga, porque en las formas de nervosismo en las cuales las perturbaciones son activas y casi contínuas, como sucedía en Monteagudo, no es sino después de un largo y regular tratamiento cómo se obtiene resultado, pues las alteraciones de la inervación, en razón del hábito mórbido contraído, tienen sin cesar una tendencia marcadísima a renacer. (1)

Por lo tanto, la aplicación irracional que él hacia de la hidroterapia, lejos de producir una sedación provechosa, enardecía su nervosismo, exageraba su impresionabilidad moral, sus disposiciones psíquicas producidas por el agua fría. (2)

Otro agente perturbador de su inervación, y de que abusaba *anchamente,* era el café, la *bebida de los capones* como lo llamaba Linneo.

Monteagudo era frugal, pero toda la vitalidad de las pasiones nutritivas ausentes, se había concentrado en su amor a las mujeres y al café. La noche en que terminó el célebre proceso de los Carreras, la pasó en vela agitado por sus

(1) Véase: Bloch.
(2) Véase: Bloch.

sordas convulsiones y bebiendo una tras otra, grandes tasas de café bien negro.

¿Buscaría en estas libaciones repetidas, únicamente la satisfacción de ese amor al café tan general en todos los pueblos o sería una secreta imposición de su naturaleza que buscaba por este medio apaciguar sus enardecimientos genitales? Esto último es verosímil; probablemente sus nervios cansados de tantos y tan repetidos sacudimientos, clamaban, aguijoneados por el instinto, un sedante que consolara aquellos órganos fatigados por la usura.

El uso del café modera ligeramente la excitación genésica, porque no hay, según ha dicho Trousseau exagerando demasiado sus virtudes dudosas, anafrodisiaco capaz de reducir a una impotencia más absoluta. Su acción es insignificante a pesar de esa afirmación categórica: "en una imaginación preocupada puede, como los amuletos, producir la impotencia, pero esto es en realidad lo único serio" a pesar de las opiniones de Hecquet, Simón Pauli etc., etc., y de la boga que tiene en Oriente.

EL DELIRIO DE LAS PERSECUCIONES

DEL

ALMIRANTE BROWN

Le medécin est exposé á se laisser tromper par les apparences de la raison, et il ne se mefie pas toujours assez de ces gens qui parlent et discutent *ut coeteri sanae mentis homines.* Sous l'enveloppe d'un de ces hommes, habite parfois un persecuté qui dissimule son trouble partial, et dont il importe de continuer a metre au grand jour les principales particularités psychologiques.

Legrand du Saulle. — *Le delire des persecutions* (pág. 7).

. . . . . .

Mais il n'est arrivé á cet etat calculé de dissimulation. que parce qu'il n'a convaincu personne. On lui faisait ceci ou cela, et on ne les a pas cru; il avait telles craintes, et on ne les a pas partagés; il devait se venger de telle ou telle maniére, et il n'a rencontré que des incredules. Que fallait il logiquement qu'il fit? Qu'il se tût. *C'est ce qu'il a fait* Id id—página 7.

CAPITULO VIII

SUMARIO.—Síntomas prodrómicos de la melancolía.—La *hipocondría corporal* y *la hipocondría mental.*—Fisonomía de los melancólicos.—El delirio de las persecuciones es una manifestación frecuente de la melancolía.—Temores nosomaníacos.—Análisis de enfermedades imaginarias.—Cómo principió Brown a sentirse perseguido.—Las primeras extravagancias.—Patogenia del *delirio de las persecuciones.*—Opiniones de Legrand du Saulle.—El cocinero de Brown.—La casa del Almirante.—Episodios de su vida.—Explosiones de perseguido.—El veneno.—Las persecuciones del gobierno inglés.—Sus complots.—Diagnóstico de D. Juan Manuel.—El *viejo Bruno está loco.*—Alucinaciones del oído.—Situaciones dolorosas.—En su castillo.—Sus preparativos para resistir ataques de enemigos imaginarios.

BIBLIOGRAFIA. — GRIESINGER. — *Traité des maladies.* — *mentales.* — LEGRAND DU SAULLE. — *Traité de Medécine Legale.* — *Luys y Ball* — *L'Encephal.* — (*Journal des maladies mentalez et nerveuses*). — BAILLARGER. — *Des Hallucinations.* — LEGRAND DU SAULLE. — *Le Delire des Persecutions.* — J. T. GUIDO. — *Vida del Almirante Brown* —(*Galería de celebridades argentinas*). — GUISLAIN. — *Las frenopatías* — *Apuntes sobre la vida del Almirante Brown* — (*Anónimo e inédito* — *Colección Casavalle*). — DAGONET. — *Traité practique des maladies mentales.* — MARCE. — *Traité des maladies mentales* — *Rasgos de la vida íntima del Almirante Brown, escritos por su Camarero y abanderado Z. J. González* — (*inédito*). — HAMMOND. — *Traité des maladies nerveuses.* — ANGEL J. CARRANZA. — *Campañas marítimas de la República Argentina.* — LEIDESDOR. — *Tratatto delle maladie mentale.* — V. F. LOPEZ. — *Historia de la Revolución Argentina.* — CARLOS VOGT.

— *Lecons sur l'homme.* — BOUCHARDAT. — *Tratado de Higiene pública y privada.* — TOPINARD. — *L'Antropologie.* — MITRE. — *El Crucero "La Argentina"* (*publicado en la Revista de Buenos Aires*). — ELLIS. — *Enagenation mental.* — LOPEZ, GUTIERREZ y LAMAS. — *Revista del Río de la Plata.* — MOREL. — *Du delire panophobique des aliénés gémisseurs* (*Ann. medic. psychol. t. VI*). — BRIERRE DE BOISMONT. — *De la monomanie des persecutions au point de vue de la medécine legale.*

Peor que la realidad misma, son las ficciones desoladas que nacen espontáneamente en el espíritu siempre agitado de los hipocondriacos. La evidencia de una enfermedad grave no conturba tanto el espíritu de un hombre de regular integridad intelectual, como los ensueños y las persecuciones tenaces de una de esas frenalgias silenciosas que van royendo el cerebro hasta excavarlo profundamente.

La hipocondría es la imagen más pintoresca del sufrimiento contínuo.

En la *hipocondría corporal* (1) el paciente manifiesta sus dolores en todas las inquietudes inmotivadas relativas a la salud del cuerpo; en sus llantos contínuos, en sus fastidiosas dolencias sin fijación precisa. Sus indeterminados temores y aquella enorme depresión física y moral, son los que dan al melancólico el tinte de profunda tristeza que babaña su fisonomía apagada y sombría.

La *hipocondría mental* (2) por sus colores más íntimos tiene otra fácies; es la expresión de una sensación más abstracta y más esencialmente melancólica; es un matiz frenopático menos preciso, si se quiere, pero que ofrece fases

(1) GUISLAIN.
(2) GUISLAIN.

mucho más variadas y curiosas. Estas son por lo general las dos formas frecuentes.

El aspecto de un hipocondriaco produce un sentimiento de profunda angustia; como que es un espíritu oprimido por las incómodas y temibles inquietudes de mil presentimientos, que lo persiguen. Es un enfermo que invita a sufrir con él, que impone sus infinitos dolores y que lleva el contagio en sus lágrimas y en sus ojos hundidos y opacos; en sus lamentaciones agudas, en sus concepciones extravagantes y hasta en el tinte amarillento y ligeramente azulado tan característico. La melancolía es una enfermedad que marcha por accesos; algunas veces por paroxismos intensos, por exacerbaciones progresivas y dolorosísimas otras; y la cruel ansiedad que suele mezclarse a su profundo abatimiento, da a aquellos rostros desfigurados, con la pupila dilatada y la palidez reveladora, el aspecto angustioso de una persona que se va ahogando lentamente en medio de una atmósfera enrarecida y mefítica.

Cuando se empieza a perder el sueño, las ideas tristes que forman su nota fundamental comienzan a revolotear al rededor del cerebro congestionado por el insomnio; la cara se arruga, se pone volteriana y llena de sombras; y el cuerpo se encorva bajo el peso de aquella pesadumbre imaginaria. Después se oyen sollozos furtivos y como comprimidos todavía por el influjo mortecino de una razón trémula y asustadiza; luego se presentan el llanto y los suspiros que alivian tanto el corazón y los pulmones lasos y oprimidos por el enervamiento de la enfermedad, y poco tiempo después, la melancolía, con sus estremecimientos sensitivos y sus lampos de lucidez transitorios, acaba de verificar su posesión completa y maligna.

Desde este momento es cuando comienzan a presentarse, vestidos ya con su carácter francamente patológico, los temores vulgares de una grave enfermedad cuyos síntomas sólo él descubre. Las dudas más amargas le asaltan sobre la integridad de sus órganos; oye las palpitaciones de su corazón enfermo, las oye clara, distintamente, por supuesto, o siente las punzadas violentas de la gastralgia que anuncia al hambriento cáncer devorando su pobre estómago; o la sangre se agolpa a su cerebro produciendo los síntomas congestivos precursores de una hemorragia fulminante.

Otras veces son preguntas, como éstas, que se clavan como puñales sobre el cerebro..... ¿porqué está torpe la pierna? ¿porqué tiembla la mano y el movimiento es difícil en cualquier músculo del cuerpo?..... Es que la médula ha sido invadida por un proceso terrible que en pocos días lo va a dejar paralítico, inmóvil, petrificado como una esfinge, tembloroso y balbuciente como *azogado*.

De aquí provienen todos estos regímenes estrafalarios con sus dietas severas y sus frecuentes visitas a los establecimientos de aguas minerales; las lavativas abundantes, los purgantes repetidos y el examen diario de la orina y de las materias fecales en donde el ojo delirante del hipocondriaco descubre tantos y tan terribles síntomas. "Otros, dice Legrand du Saulle en su libro admirable sobre el *Delirio de las persecuciones,* se creen tísicos y beben tisanas; se aplican vejigatorios, examinan sus esputos con lentes y van a *Niza* o a *Aguas Buenas* a pasar el invierno. Otros hay que se pretenden diabéticos y llevan a los farmacéuticos sus orinas para someterlas a un prolijo exámen, se sujetan

a un régimen particular y tienen cuidado de pesarse cada quince días; otros que sospechando una infección sifilítica interrogan muchas veces por día, el estado de humedad de la uretra; y en fin otros, que temiendo morir súbitamente toman precauciones infinitas para alejar toda clase de emociones y no salen jamás sin llevar un detallado papel dando su filiación y estableciendo su identidad."

Pero hasta aquí, si bien el hipocondriaco, costea, diremos así, la órbita de una verdadera enajenación, no está aún dentro de ella, sin embargo. Necesita un pequeño impulso, necesita que un poco más de sangre activando el vértigo de sus células predispuestas, lo eche dentro; que la razón se adormezca o se atrofie con esta constante proliferación de falsas concepciones que van como el bacterio de la pústula maligna, reproduciéndose, en su medio adecuado, con una ligereza prodigiosa. Cuando comienza a dar a las sensaciones múltiples que experimenta, una apariencia improbable, una explicación sobrenatural; cuando sobre las cosas usuales de la vida no razona ya con la rectitud de juicio ordinario; cuando se supone perseguido por olores malsanos y pestíferos y cae en ese tedio de la vida profundo, que lleva al suicidio y se cree realmente perdido, arruinado, deshonrado, envenenado, (1) entonces está ya rodando sobre la rápida pendiente de una enajenación declarada.

Esta explosión de las *persecuciones* es una forma frecuente del delirio hipocondriaco. Cuenta Legrand, que Morel había conocido un melancólico, que desempeñaba funciones importantes en la magistratura, y cuyo primer cui-

(1) LEGRAND DU SAULLE. Delirio de las persecuiones.

dado al levantarse de la cama, era examinar sus orinas y analizar al microscopio sus deyecciones: después de estas primeras investigaciones, procedía al exámen de los alimentos que le llevaban, para cerciorarse que no contenían ninguna sustancia deletérea. Antes de salir para su oficina, recorría la ciudad en distintas direcciones a finde extraviar a sus supuestos enemigos. Pronunciaba palabras cabalísticas, escupia para no absorber los miasmas funestos que le enviaban, hacia gestos extravagantes y caminaba mirando con desconfianza a todo el que pasaba a su lado. Y sin embargo, conversando con él, nadie hubiera dicho que aquel hombre era un enfermo; que al entrar a su casa se entregaba completamente a sus raras *manías;* que comia sólo los alimentos que el mismo compraba aquí y allí para evitar los infames *complots;* que se levantaba a media noche para hacerse largas abluciones; y que, en fin, se entregaba a actos completamente irregulares. (1)

Cuando a las preocupaciones nosomaníacas se agrega el decaimiento melancólico, las ideas de persecución, los temores de envenenamiento que agregados a las alucinaciones auditivas caracterizan tanto esta forma; cuando sobrevienen los pensamientos de suicidio y los proyectos de venganza, todo se hace posible y entonces la hipocondría afecta un aspecto temible con la agregación grave y franca del delirio de las persecuciones (2) ... ...

... ...

Entre esta clase de enfermos puede citarse al general Brown.

Pero no eran los temores nosomaniacos lo que más lla-

(1) Véase: Legrand du Saulle. Delirio, etc., etc.
(2) Legrand du Saulle. Les délires des persecutions.

maba la atención en él. La hipocondría corporal con sus aprensiones de enfermedades imaginarias pasaron bien pronto, para dar lugar a este delirio tenaz que fué su característica principal. Es cierto que empezó por creerse enfermo del estómago y del hígado, suponiendo que una lesión grave del aparato digestivo le iba a cortar la vida, pero muy luego vino el temor de las persecuciones, que estalló en su cabeza con una amplitud y una insistencia perfectamente incurables.

Si bien Brown no tenía el carácter tímido y pusilánime que predispone a esta variedad tan frecuente de aberración mental, manifestaba, en cambio, toda la desconfianza enfermiza que da a los actos y a la fisonomía del perseguido un tinte especialísimo de sombría impaciencia. Sus perturbaciones, al principio vagas e indeterminadas, fueron tomando con la edad y ese trabajo mental profundo, que se conserva durante cierto tiempo velado por la impenetrabilidad calculada, propia de la enfermedad, una acentuación progresivamente maligna, hasta que en los últimos años de su vida, que fué el período agudo de la neurosis completaron su desarrollo definitivo, haciendo su estado moral cruel, y en ciertos momentos desesperante. El pobre *viejo Bruno* como le llamaba Rosas, se veía inerme y postrado delante de esa turba infinita de envenenadores en *grado superlativo,* que forjaba su mente dolorida y abrumada por el inmenso peso de una melancolía incurable.

Es necesario conocer el estado moral deplorable, la vida mísera de *un perseguido* para comprender hasta dónde llegaban sus amargos sufrimientos. Sea que haya en ellos una exageración inconsciente "sea que los fenómenos per-

cibidos tengan en realidad una agudez extrafisiológica, el hecho es que, los más pequeños incidentes adquieren inmediatamente la significación más desfavorable. Para ellos todo ha cambiado a su rededor. Ya no se les prodigan las mismas caricias y los mismos cuidados; sus quejas las reciben con un rostro frío e indiferente, les sorprenden sus más secretos pensamientos, se les quiere hacer hablar contra su voluntad, se les domina, se les ultraja. No exhalan ninguna queja precisa, no articulan ningún reproche positivo, no formulan ninguna acusación apreciable, pero se declaran atormentados de mil maneras diferentes: unas veces sienten impresiones anómalas muy dolorosas y deploran amargamente los procedimientos infames y pérfidos que se despliegan en contra suya; las celadas que se tienden a su buena fe, las torturas morales con que los asedian sin cesar." (1)

A medida que estas torturas aumentan, que los manejos subterráneos, los maleficios formidables y ocultos, que el perseguido clasifica con epitetos extravagantes, aumentan y se multiplican; que siente las descargas violentas que le aplican sus enemigos; que percibe el veneno en el alimento, en el agua que bebe, en el aire que respira; cuando ve que le imantan sus cabellos, sus ojos, sus dientes y su lengua se petrifica y se seca obedeciendo a mandatos diabólicos y ahogando el lamento y el grito de angustia, que es el supremo recurso del que se siente asediado por los incubos del delirio; cuando, en fin, se le hace respirar vapores malsanos, se le contamina su ropa, se le inyectan gases mefíticos por la cerradura de su puerta y se echa vitriolo

(1) Legrand du Saulle. Delirio, etc.

en su vino y azufre en su café y opio en sus alimentos y arsénico en su pan..... ¡oh! entonces el terror intenso, irresistible, la negra y cruel *panofobia* se apodera de su cabeza, y el delirio franco e incesante se organiza, tomando un cuerpo tangible casi, como dice el autor de la *Folie héréditaire*.

Entonces es cuando el perseguido oye clara y distintamente las voces que le denuncian los manejos, el número y la clase de los enemigos; voces agrias y destempladas que gritan a sus oídos palabras soeces que lo llenan de injurias, que le cantan mil himnos de infamia y lo llaman por nombres denigrantes. Las circunstancias más pueriles — dice Legrand du Saulle — las interpreta siempre en el sentido de sus ideas delirantes; la risa de un transeunte le cubre de ridículo, el mugido del viento lo amenaza, el tañido de la campana lo injuria; las palabras proferidas a distancia abren a su imaginación asustada todo un horizonte de maquinaciones y de complots. El canto de los pájaros le avisa que van a penetrar en su casa por medio de llaves falsas y el ruido del martillo, que se está ya clavando su ataud; y como si no pudiera, algunas veces, concentrar en sí mismo las impresiones melancólicas que lo asedian, sobre todo en los primeros tiempos de su enfermedad mental, se confiesa sin reserva al primer venido, se descubre sin temor, y cuenta sus tristezas, sus tormentos y sus males. (1)

En ese cuadro lleno de luz está pintado con algunas ligeras variantes todo el estado mental del ilustre *melancólico* que nos ocupa.

La concepción delirante que con mayor tenacidad lo ase-

(1) Legrand du Saulle. Delirio, etc.

diaba, y que por cierto es la más cruel de las que se apoderan de los *perseguidos,* era el temor a los envenenamientos.

Por eso vivía constantemente preocupado, tratando de descubrir a sus enemigos, averiguando, inquiriendo, estudiando las maneras tenebrosas de que se valían para envenenarlo; cuál sería el plato que podría comer sin peligro, el agua que podría beber, el aire respirable y depurado de todos esos gases asfixiantes que le enviaban *los ingleses* sobre todo, sus más incansables envenenadores según él mismo decía.

Como el más tímido de los perseguidos, que nunca habita dos noches bajo el mismo techo, que no come dos veces en el mismo plato, que cambia de nombre, que se disfraza y huye atolondrado, Brown jamás comía *su comida,* sino que a la hora en que lo verificaba la tripulación, pedía a alguno de los *mochaches* un plato de carne y una copa exígua de vino como único alimento.

La cocina fué por muy repetidas ocasiones, objeto de sus más estrictos cuidados, haciendo vigilar y comentando los menores actos del cocinero que, como se sabe, desempeña en la vida del perseguido un papel muy importante. Es para éste, un personaje siniestro, de cabeza oscura, de mirada diabólica y llena de duplicidades mortíferas; un arbitro satánico de la vida del amo, que en un rato de mal humor se echa en los brazos de los *envenenadores* y se la arrebata con una narigada de *estrignina* o de *ácido prúsico,* vertido misteriosamente en la sopa o en el *plumb puding* favorito.

Para evitar que de acuerdo con él se introdujeran los conspiradores por el caño o por los intersticios del buque, echándole los tósigos consabidos, tomó el más original de los temperamentos, nombrando *encargado de la cocina* a un

oficial de graduación llamado Almanza. Llámole, ese día a popa, en donde se andaba paseando, y después de saludarlo afectuosamente y de examinarlo de arriba abajo, le dijo con un aire misterioso y asustado:

—Vd. tiene que prestarme un servicio muy grande. Vd. sabe que a bordo hay un sinnúmero de *envenenadores* que quieren envenenarme la comida, el agua y hasta el aire, y el día menos pensado tendremos una horrible mortandad. Es necesario que Vd. como oficial de honor, y en quien yo deposito mi confianza, se haga cargo de la cocina de la tripulación, y observe los menores movimientos del cocinero y de sus ayudantes.

Y al decir esto, Brown se acercaba al oído de Almanza expresando en su fisonomía transformada, todo el terror agudo que lo dominaba.

El oficial obedeció aunque de mala gana, pero poco después y como era de esperarse, la desconfianza de Brown tocole también a él: la comisión que le había confiado el Almirante, le hizo perder la consideración y el respecto de sus subordinados, y un día que entraba a la cocina, un marinero portugués llamado Gandulla le asestó cuatro puñaladas dejándolo muerto en el mismo sitio. (1)

Este breve episodio es el resumen más característico de sus innumerables incongruencias, y revela por si sólo la forma de su enajenación. Las *manías* de que hablaban tanto sus oficiales, las locuras del *viejo Bruno* como les llamaba D. Juan Manuel, y esa *nostalgia terrestre* a que se refiere el Dr. D. Vicente F. López, no eran otra cosa que las

(1) "Rasgos de la vida íntima del Almirante Brown". — escritos por su camarero y abanderado Zerafin J. Goozaves (a) Juan Roberts. (Existe en mi poder el manuscrito inédito).

explosiones de su delirio, expresadas con tanta elocuencia en estas mil extravagancias a que se entregaba *at home;* extravagancias que después fueron exteriorizadas por la irresistible impulsión que obliga al perseguido a hacer a todo el mundo partícipe de sus temores.

Cuando estaba en tierra vivía lejos de la ciudad, lejos de todo contacto humano; en una casa solitaria, sombría, medio oculta entre inmensos pajonales y en el centro del bañado que se extiende hacia las bocas del Riachuelo. Era la casa de un misántropo, rabioso e impaciente, sobre cuya puerta y en presencia de aquellos paredones lóbregos y especialísimos, de aquellas sombras que la envolvían como en un sudario, un médico hubiera leído este triste letrero: *aquí vive un hipocondriaco perseguido.* En ese bañado húmedo y desamparado estaba oculto su único retiro.

Sus formas mismas contribuían a darle un aspecto particular y desolado: "era — dice el Dr. López — un cuadrilátero estrecho y elevado de tres pisos, agujereado en algunos puntos con ventanillas corredizas, a la inglesa, y con pilastras superiores que le daban los aires de un torreón lóbrego con almenas. Allí era donde el bravo marino se envolvía a devorar las horas insoportables del ocio: la inacción y el fastidio levantaban en su alma los vapores sombríos de la hipocondría. *Se tomoba entonces por un ser predestinado a la desgracia y a la nulidad; un delirio doloroso se apoderaba de sus ideas y le inspiraba ciertas manías de suicidio* que no tenían otra causa que el peso de una vida abandonada a los monólogos de la soledad, con un carácter *nacido para el movimiento pero soñador y silencioso en la inacción.* Esas mismas emanaciones fosforescentes y vagas que enfermaban su alma, eran quizá el germen ver-

dadero de sus grandes calidades; puesto que cuando la actividad y la guerra venian a sacudir y a despertar sus nobles instintos esas sombras se convertían en ráfagas de luz; y no bien oía que la patria necesitaba de su espada, cuando los delirios desaparecian como por encanto". (1)

Pero aquel fluido maligno que crispaba sus nervios oprimiendo su cerebro, volvía a producirse aumentando, creciendo hasta que su exceso, que necesitaba una válvula de escape, reproducía con más bullicio y a veces con mayores consecuencias las dolorosas escenas que llevaban al espíritu sagacísimo de Rosas, el convencimiento de que el *viejo Bruno* era simplemente un loco, que profesaba una especie de culto enfermizo a la fidelidad jurada.

Así pensaba él y poco le importaban las persecuciones extravagantes de que hacia víctima a sus oficiales: quería sus servicios y le dejaba en cambio que buscara a los envenenadores de la manera que más le conviniera.

Tomáronse un día en pelea dos marineros ingleses, de los cuales, uno cayó muerto a consecuencia de una gruesa aneurisma de la aorta torácica. Inmediatamente después de recibir la noticia, levantóse el general precipitadamente, como herido por una sospecha terrible, y después de llamar a gritos al Dr. Soriano, su médico y amigo, le dijo:

—¡Es el veneno, Dr.! ¡Es el veneno! — y el pobre viejo abría desmesuradamente sus ojos llenos de luz —. Es el veneno que está trabajando aquí a bordo; yo desde ayer lo siento, a mí también me lo han dado (2). *Mira, doctor*

---

(1) Vicente F. López. Historia de la Revolución Argentina.

(2) Brown, atribuía sus dolores del hígado y las perturbaciones de su digestión al veneno que le administraban en sueños.

Soriana, usted no sabe lo que pasa a bordo; los marineros son muy astutos, algunos de ellos están *confabuladas* con los *envenenadores;* fingen una pelea, se *agarran* como lo han hecho ahora con falsos pretextos, para ocultar el veneno que ya tienen dentro. ¡Oh, miserables!

Y Brown cerraba convulsivamente los puños y se paseaba, lleno de agitación, mirando con esa ira expansiva y extremosa de los maniacos, a todos lo que tenía a su derredor.

Cuando el Almirante llegaba sobre cubierta con la gorra ladeada, la oficialidad bien sabía que ese día no contaba con su cabeza. Aquella puerilidad elocuente marcaba la presencia de un acceso; y entonces las persecuciones eran doblemente encarnizadas: no entraba nadie a bordo que no fuera, de su parte, objeto de detenidas pesquisas, de preguntas ridículas, de miradas e indagaciones llenas de la más profunda desconfianza.

Las mujeres de los soldados tenían permiso para ir a bordo ciertos días. Una de ellas llegó casualmente al *Belgrano* en momentos en que la gorra del general marcaba con más insistencia que nunca una crisis negra fuertísima. Traía en la mano algo que, por los cuidados que le dispensaba, llegó a despertar sus más vivas sospechas; chocóle, sobre todo, la desfachatez y la provocadora confianza tan propia de la guaranga prostituta, con que se presentó aquella mujer, que buscaba en la amistad de los marineros los medios de ganarse la vida.

Apenas había dado algunos pasos sobre cubierta, cuando Brown se acercó a ella precipitadamente y, arrojándole una mirada llena de ira:

—Usted es una pícara — le dijo —. Usted viene a bordo

sin tener a nadie de quien condolerse en sus trabajos y penurias. Como si el buque fuera una casa de prostitución! ¡Ah, miserable!...

Y empujándola con torpeza la mandó poner en la *barra* de los pies y con centinela de vista; prohibición absoluta de hablar con nadie y supresión de toda clase de alimento. A las cuarenta y ocho horas hizo sacarla sobre cubierta, y después de haber formado toda la tripulación les dirigió estas palabras, agitando en sus manos el atadito que traía y que sólo contenía tortas inocentes, caramelos, cigarros y un frasco muy largo de agua de colonia; provisiones indispensables para toda mujer de medio pelo que va de paseo a cualquier parte.

—Esta mujer venía a bordo, sin conocer ni querer a nadie. Venía con todo esto, que está envenenado — y mostraba a la tripulación los cigarros y las tortas pegadas dentro del pañuelo —. Ved cómo los envenenadores de tierra se valen de todos los hombres y de las mujeres para asesinarme.

Hecho esto, mandóla a tierra, entregando el pañuelito al que llevaba el bote, con grandes recomendaciones de que no fuera a comer nada de lo había adentro, porque caería inmediatamente muerto. En seguida escribió una nota al Capitán del Puerto; nota curiosísima que debe conservarse en los archivos de aquella oficina, ordenándole que en lo sucesivo tomara una lista de las mujeres que iban a bordo, especificando el nombre y la clase de la persona que deseaban ver. Que debía tener mucho cuidado con los envenenadores, como la mujer aludida, cuyos

cigarrillos y caramelos venían llenos de venenos, según lo había declarado el mismo Dr. Sheridam (1).

La leche, la grasa, la fariña, y sobre todo el café, con el cual, según decía, lo habían querido envenenar en las Antillas los ingleses, eran objeto de un escrupuloso y detenido examen. Y como sospechaba hasta del vino que traían especialmente para él, se servía con su propia mano la ración de un marino. Rechazaba todo alimento que le ofrecieran con insistencia, porque ¡quién sabe qué ingredientes sospechosos le habría puesto el cocinero! Cuando tomaba el vino o el agua, hacía que primero lo probara un soldado o su abanderado Roberts, en quien, al parecer, depositaba una amplia confianza. Los sufrimientos del estómago, un ligero cólico, la náusea o un dolor cualquiera en la región de los órganos digestivos, despertaba en su espíritu grandes sospechas de envenenamiento; se creía ya víctima de los fuertes efectos de algún tóxico imponderable; de las maniobras atentatorias de sus enemigos, que recurrían a mil subterfugios ocultos, porque no podían envenenarlo en la comida.

Cuando esas crueles sospechas nacen con tal persistencia, la vida del *perseguido* se hace angustiosa y difícil. Se disfrazan de todas maneras para escapar a las supuestas asechanzas y recurren, como Brown, a los expedientes más ingeniosos para procurarse un alimento sano; y esto último con tanto más ingenio y mayor apuro cuanto que algunas veces el hambre y la sed apremian a aquel estómago

(1) "Rasgos de la vida íntima del Almirante Brown" etc., etc. A consecuencia de esta nota el Dr. Sheridan que era entonces uno de los médicos de Brown, pidió su baja. La afirmación del Almirante era incierta, porque Sheridam no había hecho semejante análisis.

exangüe y desesperado. Esta alimentación incompleta altera profundamente la nutrición, cuyo estado precario se revela en el aspecto lánguido y deprimido de la fisonomía; en el tinte cetrino y verdoso de la cara, en la pobreza de sus carnes flácidas y movibles. La nutrición languidece a consecuencia de la enfermedad del centro inervador, y esta depresión profunda repercute a su vez sobre el cerebro, cuyo estado se agrava más y más, estableciendo el círculo mórbido que sólo rompe la muerte y muy rara vez la curación completa.

Si el perseguido por estos pavorosos temores es un hombre ilustrado, tanto peor, porque compra y devora, en sus largas veladas, obras de química, tratados de toxicología, cuyas lecturas, puede decirse con propiedad, envenenan la inteligencia predispuesta, completando el trabajo de la enfermedad. El estudio de los tósigos los cautiva, y "toda su atención se dirige a averiguar los medios rápidos de neutralizar una sustancia nociva; si es extraño a las cosas de la ciencia, lleva sus alimentos o sus deyecciones a un boticario para que le diga cuál es el veneno que se encuentra allí; y asediado por los cuidados que le preocupan, termina por ceder su lugar a los envenenadores, abandonando ansioso su país, su hogar y su familia, viviendo aquí y allí, y entregándose a esa vida cosmopolita y agitada que terminará un día u otro por un crimen o por un suicidio".

Es infinito el número de anécdotas curiosísimas a que ha dado lugar Brown con sus persecuciones imaginarias. En los últimos años de su vida se había hecho intransigente, intratable, hasta para el mismo Rosas. La edad avanzada, disgustos profundos y secretos, porque el pobre

viejo Brown no revelaba a nadie sus pesares, habían dado a su neurosis esa amplitud dolorosa que encierra al perseguido en el ancho círculo de sus amargas ansiedades.

El número de envenenadores crecía con una rapidez pasmosa, y ya no contentos con envenarle la comida, ideaban los tormentos que él revelaba en los llantos de sus lamentaciones nocturnas, tan frecuentes y tan llenas de la más honda melancolía.

—¡Por Dios, no me atormente! ¿Por qué me quieren envenenar? — decía encerrado en su camarote e interrumpiendo el silencio de aquellas noches de a bordo, tan tristes y lóbregas... Si quieren matarme, peléenme (figt-me), mas no así, cobardes, traidores, miserables y veinte veces asesinos...

El pobre viejo se levantaba con precipitación, el oído atento y la mirada vagabunda y extraviada. Y enardecido por las alucinaciones auditivas, comenzaba a pasearse, arrastrando trabajosamente la pierna y amenazando con sus puños a aquellos seres extraños e invisibles que le hablaban en su propio idioma y que, sin embargo, no podía ver. Pero él los había sentido muchas veces acercarse hasta tocarle sus blancos cabellos, profiriendo a su oído amenazas de muerte. En tierra, habían venido al pie de sus balcones a ultrajarle impunemente y esparcir en la huerta, en las mismas ventanas del aposento, el veneno con que pretendían ultimarlo. Le han hablado al oído, ¡oh, de eso estaba seguro, cruel realidad de la alucinación!, le han golpeado a su puerta, se han trepado por la escalera con tumultos de gente descalza, introduciéndole por el ojo de la llave mil gritos mezclados con silbidos y murmullos extravagantes.

En la noche callada, cuando vanamente se recogía para conciliar el sueño, ha sentido de nuevo aquellas voces terribles que le hablaban por el caño de la chimenea, por la grieta de la vieja puerta rajada, por el respiradero del techo, por la boca de un frasco, dentro de las hojas de un libro; o que le amenazaban en la pieza inmediata, llenándole de improperios: *vendido, renegado,* le decían, y en vez de una blasfemia, sonaba una carcajada estruendosa, pero lejana y medio difusa, *¡tú no eres irlandés, estás impenitente, envenenado hasta los huesos! Miserable, míranos a la cara, allá vamos, prepara tu alma, ¡oye!, ¿sientes? ¡mira el infierno!...*

Y con todo el terror de un niño desvelado cuando siente que le tiran de las cobijitas en medio de la oscuridad de la noche, se levantaba de su cama tembloroso, prendía la vela para verlos, buscaba debajo de su lecho, dentro del armario, detrás de las sillas, pero todo en vano... en vano, es claro, porque el perseguido *no ve* a sus perseguidores.

Después tornaba por un momento a la tranquilidad deseada hasta que las voces volvían a hacerse oír con doble intensidad, en el chisporroteo de la vela que se quema indiferente y soñolienta, o en el ruído del viento que se cuela por la rendija de la vidriera, y que en las noches de invierno ventoso simula tan bien el quejido y los tonos, ya fuertes, ya suaves, de la voz humana; que se ríe, insulta y a veces se lamenta en un prolongado quejido que termina en una nota apagada y profundamente melancólica, como si la voz quejumbrosa de un niño herido se lamentara por el ojo de la llave. Y crece y crece siempre, con una lentitud perezosa, hasta que, como empujado de atrás por una ráfaga ambiciosa, estalla en rugidos agudos y vuelve en

seguida a perderse en imperceptibles rumores. Unas veces parece el "hurrah! prolongado de un escruadrón que carga espada en mano", y después, repentinamente, se transforma en el canto de guerra de un ejército de insectos... Echad sobre el oído de un alucinado, una corriente de este viento que grita y que habla *como un cristiano,* y vereis aquel cerebro lleno de tan tristes fantasmagorías agitarse en dolorosísimas convulsiones.

En algunos alucinados la enfermedad no adopta la misma marcha, sino que, como el *perseguido* cuya historia refiere Legrand du Saulle, oyen primeramente el ruido dulce y armonioso de una pequeña fuente, después el murmullo de un agua que gorjea y muge, más tarde cadencias musicales, el silbato de una locomotora, voces confusas, palabras necias, agrias, injuriosas y finalmente ultrajantes. Así van subiendo el tono del insulto y de la burla, hasta que la audición mórbida se hace intolerable, el delirio se organiza, y el perseguido pierde completamente la razón (1).

El día y la noche las producen igualmente, pero la noche con su silencio y misteriosa quietud presta más ancho campo a estas persecuciones anómalas que fecunda el insomnio y la soledad en que arroja al perseguido su triste y dolorosa misantropía.

De día, las ocupaciones apremiantes del oficio servían a Brown como una derivación saludable, disminuyendo el eretismo en que habitualmente entraba su cerebro; pero de día, también era cuando sus impulsos perseguidores (porque el perseguido se hace al fin perseguidor) entraban en ebullición, produciendo todos estos episodios curio-

(1) Legrand du Saulle. Delirio de las persecuciones.

sos que entonces autorizaban el diagnóstico popular. Era a la luz del día cuando se entregaba a sus pesquisas extravagantes, dando caza a sus enemigos y frustrando las conspiraciones tenebrosas que se fraguaban a su alrededor.

Días antes de darse a la vela para Montevideo, y en una bellísima mañana del mes de octubre de 1840, un marinero portugués limpiaba tranquilamente un bagre amarrado a la jarcia de trinquete. Como era de costumbre, el general había madrugado mucho, esperando sorprender, como siempre, a alguno de sus asesinos en momentos de confeccionar el tóxico consabido. No bien había trepado sobre cubierta, cuando vió a proa, y no sin experimentar ese temblor convulsivo que sacudía sus carnes en situaciones análogas, al marinero que descamaba entusiasmado su fácil pesca.

—Venga acá ese hombre — gritó con toda la fuerza de sus pulmones —; venga para acá ese... ¿Cómo es su nombre?

—Antonio, señor general.

—¿Qué hacía usted con *esa pobre pescadita?*

—Lo estaba limpiando para comerlo, señor.

—No lo ha de comer a bordo de este buque — gritó Brown enfurecido —. Usted está *invenenándolo,* miserable, *para lo hacermem comer.* Usted es el mayor envenenador que ha venido aquí, y ahora *misma* lo voy a mandar fuera! ¡Ah, canalla! a la madrugada, ¿eh?, cuando yo estoy *dormiendo;* los pobres *pescaditas* también sirven para para darme el veneno?...

Dicho esto ordenó al abanderado hiciera señas a la "25 de Mayo" para que mandara su bote; y mandó al guardián redujera en pedazos al pescado, lo pusiera en

una caja de lata y bien tapado lo enviara a tierra para ser enterrado lejos de la ribera (1).

—Porque este pescado — añadía paseándose a popa con cierta agitación supersticiosa — está *envenenada,* y arrojándola al agua contaminaría a los otros *pescaditas* que vendrían a caer en las *líneas* de los marineros.

Cuando el bote de la "25 de Mayo" atracó al costado del "Belgrano", el general hizo descender al marinero y entregándole al oficial una nota para el Comandante King, le dijo dándole la caja:

—Tenga cuidado *en no abre la lata;* en ella va el veneno con que este pícaro quería asesinarme.

Después se supo que a ese desgraciado le habían aplicado cincuenta azotes y enviado a tierra.

Otras veces la víctima de estas persecuciones inmotivadas era un oficial de graduacion, el médico o alguna otra persona altamente colocada a su lado, y a quienes tomaba, cuando no era como asesinos, como cómplices o espías. Una tarde, por ejemplo, el oficial Alsogaray fué bruscamente detenido por él en momentos en que subía sobre cubierta:

—Usted está arrestado en su camarote hasta segunda orden — le dijo arrojándole una mirada bañada de la más grande desconfianza —. Usted es *envenenador de primer grado* — continó —. Siempre han sido de inferior clase los que aquí querían matarme, pero ahora son los oficiales.

Sorprendido el oficial por aquellas sospechas tan extravagantes, quiso replicar, pero Brown, levantando el brazo, le dijo con dignidad:

---

(1) Rasgos de la vida íntima de Brown, etc., etc., etc.

—Ni una palabra...

Durante tres días estuvo con centinela de vista y no se le pasaba sino té, café y galleta. Algunos días después, la escuadrilla de Montevideo salía del puerto, y como Brown se preparaba a batirla, mandó ponerlo en libertad, diciendo que "era preciso no privar al Sr. Alsogaray de cumplir con su deber". Cuando regresaron a Buenos Aires lo envió a tierra, pretextando que no lo necesitaba; pero el gobierno — dice el manuscrito de donde tomamos la anécdota — volvió a mandarlo a bordo porque sabía que el general, en estos casos, procedía casi siempre bajo el influjo de sus *manías* (1).

Lo que no le conocemos a Brown, son todas esas frases y expresiones usuales de los perseguidos, pero es indudable que, como a todos ellos, se *le hacía hablar contra toda su voluntad, le dominaban la inteligencia, lo insultaban y amenazan mentalmente, le adivinaban sus pensamientos, impidiéndole hacer tal o cual cosa porque había dejado de pertenecerse, y lo dirigían como querían y repetían sus palabras y hablaban por su propia boca.*

Todos estos enfermos se componen un vocabulario a parte, y crean una multitud de neologismos en relación con su educación, su medio social, sus concepciones delirantes y con la naturaleza y la calidad de las persecuciones de que se creen víctimas. En sus términos tan extravagantes y tan llenos de imágenes, se encuentra muy fácilmente la prueba elocuente de todos los tormentos que los agitan, de los dolores que los afligen; y con verdadera sorpresa — dice Legrand — nos preguntamos algunas veces, cómo enfermos completamente iletrados pueden retener

(1) Rasgos, etc., etc.

ciertas expresiones técnicas tomadas en su mayor parte a las ciencias físicas (1).

El vocabulario del Almirante era relativamente reducido, aunque muy elocuente y característico. Para él, había: *envenenadores de primero, segundo y tercer grado superlativo,* que era el ideal del envenenador consumado, especie de artista diabólico, con mil incubos y subcubos a su disposición, y con un ingenio agudísimo para difusión de los venenos. Esta era, como vamos a verlo, su manera habitual de clasificarlos, aún en los documentos oficiales, en sus cartas y extravagantes alocuciones a la tripulación.

Encontrábase una mañana su secretario el Sr. Alsogaray asentando en el rol de la tripulación, la filiación de cinco marineros que le habían enviado de tierra, cuando al llegar el quinto lo detuvo bruscamente, borrando con su índice el nombre de Jorge Foister, marinero inglés, sobre quien, según él, recaían horripilantes sospechas.

—¡Oh! — dijo — Este lo conozco, lo conozco; ha sido peón mío y ya en otras ocasiones ha intentado envenenarme... Es un inglés, un inglés enviado... Y Brown miró a su alrededor con desconfianza y como si temiera decir por quién era enviado.

¡Un inglés! Esto era muy grave para el Almirante. Traído a su presencia, preguntóle si lo conocía: el marinero contestó que sí; *que estando un poco pesado de la bebida,* se había enganchado. Hecho minuciosamente un detenido interrogatorio sobre sus *siniestros proyectos,* mandólo con centinela de vista al palo mayor, e hizo señales a la Capitanía para que enviaran la falúa, pues no

(1) LEGRAND DU SAULLE. Delirio etc., etc.

consentía que sus botes fueran a tierra (1). Después de redactar él mismo la curiosa nota que va a leerse, reunió a sus oficiales, y en su media lengua encantadora y graciosísima, les dijo estas textuales palabras, resumen pintoresco de su infortunio cerebral.

—Este *pícara* inglés — y levantaba el índice a la altura de la oreja en actitud de cariñosa amenaza — quiso *invenenarme* en mi quinta, hace como *cinca años,* para cuya operación había llevado una *bottjoila* de *aceite* para echarla en mi comida, sin que el pobre *cocinera* de la casa se apercibiera. Felizmente el olor descubrió todo aquel infame y abominable crimen que, a no ser esta circunstancia, habría recaído sobre *las* inocentes.

Terminada la alocución, hizo embarcar al marinero entregando al oficial la nota que iba dirigida al Capitán del puerto, y concebida en estos términos: "Se destina de abordo al envenenador Jorge Foister, en *grado secundario,* pues su tentativa intencional no tuvo efecto por la intervención benéfica de la Divina Providencia. *Guillermo Brown*". (2)

El episodio dió orígen en tierra y aun en las regiones oficiales a grandes comentarios y la nota — dice el manuscrito aludido — anduvo en el *Bajo* de mano en mano. El marinero que según parece era una persona de buenos antecedentes fué empleado en la Capitanía como patrón de la falua y cuando el coronel Seguí en el año 42 pasó al Paraná con la escuadrilla, lo hizo oficial abordo de la goleta "Libertad".

---

(1) "Se pasaba hasta un año sin que los botes de la escuadra fueran al puerto" — dice el manuscrito que tenemos a la vista — temiendo que se los envenenaran.

(2) Manuscrito citado.

Hay algo más que complementa la pintura de sus perversiones mentales; detalles característicos que llevan como ninguno la *estampilla* imborrable del delirio de las persecuciones: los largos monólogos, que sólo eran escuchados por el camarero de confianza; sus actitudes cautelosas y aquella reserva tenaz que daba al rostro la expresión profunda de dolor, mezclado a una desconfianza suprema y enfermiza.

Tenía en su cara la movilidad nerviosa que pone en constante movimiento hasta la última fibra muscular, y produce los gestos extravagantes y ridículos que exteriorizan los sentimientos y las múltiples ideas, que germinan atropelladas en el cerebro de estos desgraciados. Cuando los temores de envenenamientos recrudecían y las manos invisibles le rozaban el cabello y le quitaban la fuerza a sus piernas y a sus brazos; le arrebataban el sueño y neutralizaban sus facultades; le envenenaban los alimentos, y le quemaban el estómago etc., cuando oía aquellas voces agrias e incómodas que tornaban a intimidarlo con sus eternas amenazas empujándolo al suicidio: entonces era cuando su rostro se transformaba de una manera tan cruel como radical.

¡Y como se transformaba! Aquella fisonomía siempre iluminada y bondadosa, llena de suprema dulzura y de augusta resignación, perdía la suave ondulación de sus líneas y se hacia torba, adusta y hasta innoble.

En sus súbitas y múltiples alteraciones era donde todos conocian cuando lo asaltaban sus crisis; la visera de la gorra, iba cambiando de lugar como empujada suavemente de adentro por un impulso secreto y misterioso; iba desde la frente recorriendo toda la cabeza hasta fijarse sobre el mismo occipital: la visión quedaba libre completamente

el horizonte limpio y él podía sin trabajo presenciar el desfile de sus perseguidores imaginarios.

Las arrugas múltiples de su cara plegada y flácida se hacian más profundas y oscuras, las sombras, negras, el ojo brillante y movible revolcándose en la profundidad de una órbita demasiado grande, se agitaba como delirando en su empeño vano de ver al que le hablaba al oído, le amenazaba por la rendija, se burlaba con palabras soeces por el ojo de la llave, o reía por el caño de la chimenea. Un temblor creciente y contínuo se apoderaba de las manos que nada tomaban sin romperlo; la marcha se hacía fácil por la estimulación inclemente del acceso; la visión torpe y confusa, el labio caido, y la lengua parecía más larga, agitada por movimientos rápidos de vaiven y en contínuo contacto con los labios secos y como despellejados.

Concluidos estos dolorosos espasmos de su inteligencia, el rostro volvía de nuevo a adquirir su plácida jovialidad; el músculo recuperando su tonacidad normal, restituía a la cara su expresión de salud y alegría; y de las sombras de aquellas noches transitorias, aunque frecuentemente repetidas, sólo quedaba la penumbra expresada en la arruga pálida y tenaz que deja la suprema agitación del delirio.

La desconfianza inmensa que como se ha visto era el rasgo prominente de su estado, impulsábalo en muchas ocasiones a maltratar a sus más fieles servidores, con sospechas injuriosas de complicidad, lo llevaba más lejos todavía, obligándolo a matar con sus propias manos, las aves que debían servirse en la mesa, no sin un escrupuloso examen de sus vísceras inocentes. Así cuentan que hacia en aquellas célebres y misteriosas comidas con el Dr. Oggan,

en que ambos andaban correteando los pollos de su gallinero, y ambos desplumaban la víctima y la cocinaban secretamente para desviar la acción oculta de los envenenadores.

En el mecanismo doméstico del buque, no permitia la intervención de nadie en lo que a él le pertenecia. El mismo guardaba su vino y su tabaco, y se procuraba con su mano el agua para sus usos.

Cuando se concluía la de aquel célebre botellón que nadie podía ni aún mirar con demasiada insistencia, so pena de despertar terribles sospechas, tomábalo en sus manos y se dirigia a popa provisto de una cuerdita con la cual sungaba el sagrado adminículo. Naturalmente que esta delicadísima operación no se hacia a vista y presencia de todo el mundo, porque tenia buen cuidado de retirar a toda la tripulación, ordenando al oficial de servicio que la vigilara colocado en el castillete de proa. Bastó que una vez, un sargento, se comidiera a llevarle la botella, para que lo mandara dar de baja. Y en otra ocasión, su camarero de confianza fué expulsado violentamente y amenazado con una bayoneta por haberse atrevido a tocarlo, con el pretesto de mudarle el agua y limpiarlo.

La manera singular de vivir, es otro signo elocuente que ayuda el diagnóstico. Ya hemos visto antes, que vivia aislado, oculto a toda investigación humana y fortificado contra los curiosos o los impertinentes que trataban de verlo. Aquella casa lóbrega y oscura, envuelta en su atmósfera perpetuamente húmeda, influia visiblemente en la agravación de sus delirios: la soledad y la inacción vegetativa en que entraba cuando la patria no necesitaba de su brazo, daban inmenso pábulo a sus ideas de persecución

Nunca decia de quien las temía, sin embargo, que profesaba un odio secreto a los ingleses cuyas tentativas siniestras había sorprendido alguna vez. "No las temía del país ni de sus hijos, porque no sólo sabía como le amaban, sino que él mismo los amaba con una pasión profunda que podriamos llamar exaltado patriotismo. Sus desconfianzas tenían otro origen, pues no obstante que ha muerto bajo las mismas impresiones y sin revelar su secreto, es probable que esos delirios tuvieran su causa en el gobierno inglés; porque Brown era irlandés y católico; dos circunstancias que en aquel tiempo pueden explicar muy bien aquellas excentricidades del carácter que la tradición popular de su tierra, y la educación, quizá, habían connaturalizado desgraciadamente en su alma desde niño" (1).

Son muchos los perseguidos que llevan su misantropía hasta este grado de aislamiento completo; y que, como Brown, no hablan jamás a nadie, ni salen sino rara vez de su casa, de su cuarto o de su reducto, inexpugnable como la casa solitaria en que vivió *veinticinco* años, aislado, aquel perseguido legendario de los alrededores de Troyes (2).

A fin de escapar a toda mirada indiscreta a todo contacto peligroso, a toda persecución atentoria, se encierran voluntariamente, arrastrando una vida selvática, y que por lo general termina por el suicidio.

Un criado o algún miembro de la familia que inspire confianza, si es posible que alguno se la inspire a un perseguido, le alcanza por un agujero la comida, o bien, se la procuran como pueden y viven de la manera más problemá-

(1) VICENTE F. LÓPEZ. Historia de la Revolución Argentina.

(2) Véase el apéndice.

tica, un larguísimo tiempo. Más tarde la curiosidad de algún indiscreto o la autoridad misma que a menudo interviene, entra en la casa y lo encuentra, o muerto naturalmente, colgado de un tirante, o degollado (1).

Estos enfermos que a los ojos de las gentes de mundo pasan simplemente por originales o extravagantes, son de ordinario *perseguidos* "que tienen todas las convicciones delirantes que caracterizan ese estado mental; a veces no sufren las alucinaciones del oído, y escapan a las torturas incesantes que ellas engendran"; pero otras como sucedía en Brown, existen de una manera tenaz, contante hasta el punto de hacer insoportable la vida arrastrada entre las espinas de un delirio inclemente.

Y para comprender hasta donde era visible su *delirio de las persecuciones,* basta recordar aquel curiosísimo episodio que el Dr. López refiere en la página 16 de la Historia de la Revolución Argentina, a propósito de la misión que acerca de él llevaban Guido y Riera. "Es de presumir que cuando estos caballeros llegaron a la quinta — dice el Dr. López — Brown estuviera bajo el influjo de algún acceso; (2) pues a pesar de que sólo eran las diez de la mañana, todas las puertas, portones y ventanas estaban herméticamente cerrados, y la plaza en perfecto estado de sitio. En vano fué dar gritos y golpes: nadie respondió. El Sr. Riera dió vuelta, pasó una zanja y se aproximó al castillo para golpear una de sus puertas. Entonces *alguien con una*

---

(1) LEGRAND DU SAULLE.

(2) Probablemente *no estaba bajo el influjo de algún acceso,* decimos nosotros, cuando abrió la puerta a los emisarios del gobierno. El acceso a que se refiere este ilustre historiador había tenido lugar durante la noche y habría desaparecido con sus sombras.

voz airada respondió de atrás, que allí no se dejaba entrar a nadie y que se retiraran. Habiendo conocido por la voz y por la manera inexperta de hablar que era el mismo general quien daba la orden, Riera le gritó—general Brown nos manda el gobierno porque la patria necesita de Vd. Soy Riera con su amigo de Vd. el general Guido. Salga al balcón y nos conocerá. Brown no respondió, pero un momento después abría una ventana del piso superior para reconocer a los que le hablaban. Vió en efecto a Riera y a Guido, y bajó a abrirles. Nos contaba el General Guido en Montevideo, que al pasar por el zaguán no habían podido menos de fijarse en dos o tres macanas nudosas, una larga espada y algunas tercerolas agrupadas en algún rincón con la mira de resistir a algunos de esos asaltos imaginarios con que soñaba sin cesar." (1)

Así, con estas intermitencias fugaces de una lucidez completa, cayendo y levantándose, vivió hasta los ochenta y tantos años aquel *hombre benemérito que en medio de estas extravagancias dolorosas era a la vez un dechado de honradez, un corazón lleno de bravura y como un niño por la inocencia de sus procederes.*

---

(1) VICENTE F. LÓPEZ. Historia de la Revolución Argentina.

CAPITULO VIII

SUMARIO.—Frecuencia del delirio de las persecuciones.—Estadística de los autores franceses.—Etiología del delirio.—Edad, sexo profesiones.—Causas.—Herencia.—Grandes disgustos y grandes privaciones.—Otras causas.—Primeros años de Brown.—Antecedentes de familia.—Predisposición de familia.—El hambre en Irlanda.—Efectos del hambre.—Predisposición de raza.—Prisión en Verdun y en Metz.—Sus desgracias y sus grandes disgustos antes de venir al Río de la Plata.—Enfermedad al hígado.—Ultimos años de decrepitud.—Encierro.—Influencia de las enfermedades del vientre en la producción del delirio de las persecuciones.—Fin.

Veamos ahora si en los antecedentes del ilustre perseguido podemos rastrear el orígen de su enfermedad.

De las afecciones mentales de *tipo moderno,* diremos así, el delirio de las persecuciones es uno de los más frecuentes. De cuatro mil doscientos enajenados de todas edades, sexos y posiciones examinados en el Depósito de París por Legrand du Saulle, setecientos eran *perseguidos,* lo que según él da la proporción de uno sobre seis. De noventa y seis de estos, revisados por Lasegue, cincuenta y ocho eran hombres y treinta y ocho mujeres; y de ciento cuarenta estudiados por Legrand, ochenta y uno, eran hombres y cincuenta y nueve mujeres, lo que significa que la enfermedad a pesar de ser muy frecuente en la mujer lo es más en el hombre. Esto en cuanto a su frecuencia.

En cuanto a la edad, parece que en la que se observa con

mayor frecuencia, es en la de *treinta y uno* a *cuarenta y cinco* años, época en que Brown debió sufrir sus mayores trastornos de fortuna y en que fué atacado por la fiebre amarilla, durante su larga y penosa peregrinación a bordo del *Hércules;* la época por excelencia de las grandes luchas de la vida, de las labores sostenidas, de las emociones más vivas, de las pasiones, de las ambiciones, de los desencantos amargos como ha dicho muy bien Legrand du Saulle.

Además de las influencias hereditarias que desempeñan en la etiología de casi todas estas neurosis, un papel fundamental, también tienen una influencia positiva los disgustos prolongados, las luchas morales, los reveses de fortuna, la ausencia de trabajo, los celos, las prácticas religiosas exageradas, los remordimientos de conciencia, las *angustias producidas por un proceso, las prisiones prolongadas,* la miseria, los insomnios rebeldes y por fin todas las enfermedades que debilitan profundamente la economía; causas todas que obran con lentitud y que no producen sus efectos sino despacio, preparando de *longue main* la explosión de la enfermedad. (1)

Las pérdidas seminales, la sífilis, el onanismo y la permanencia en las grandes ciudades, son otras tantas causas análogas por el poder de su influjo. La primera de estas, caracterizada por un estado mental en el que tanto predominan la dolencias físicas, irregulares y crónicas, los ensueños melancólicos y las tendencias al suicidio, nos es difícil, por no decir imposible, encontrarla en los antecedentes individuales de Brown, cuyos primeros años están rodeados de una oscuridad impenetrable. Debemos eliminar

(1) Legrand du Saulle. Obra citada.

por completo, vistos los antecedentes conocidos del individuo, la sífilis que suele ser, según algunos, una de las causas primeras del delirio de las persecuciones, por la amarga y profunda impresión que produce en los espíritus débiles y frágiles, el terror y la humillación dolorosa, las angustias melancólicas y la depresión general de las facultades de la inteligencia, herida por preocupaciones hipocondríacas incesantes. Para que ella tuviera una parte en la etiología, hubiera sido necesario encontrar el rastro indeleble que su paso deja siempre visible en esas maculaciones externas o internas que se encuentran indefectiblemente en el individuo que la ha padecido. No insistamos en esa causa, y digamos sólo que se encuentra rara vez en la patogenia de este delirio.

La permanencia en las grandes ciudades, que ha sido con razón mirada por Bergeret como una causa evidente, influye también aunque de una manera indirecta y en un grado menor que las otras. Y no puede ser menos, si se piensa que allí es en donde se encuentran más a menudo, la miseria y las grandes privaciones, los dolores morales punzantes producidos por los desencantos, las competencias ardientes, las catástrofes industriales, los siniestros comerciales, las ambiciones insaciables, las emociones revolucionarias y toda esa miriada de causas susceptibles, como afirma Legrand, de predisponer al delirio de las persecuciones o de influir singularmente sobre su marcha y sobre sus manifestaciones diversas. (1)

Pero de todas ellas, las que en el concepto del médico de la Salpetriére tienen influencia más formidable, tanto en la producción de ese delirio singular, como en cualquiera

(1) Legrand du Saulle. Obra citada.

otra forma de enajenación son las persecuciones infantiles, la educación viciosa, la herencia y los grandes sacudimientos morales.

La educación de los niños dirigida por maestros o padres bruscos, indiferentes, groseros o de corta inteligencia, tiene a este respecto un influjo funesto. El mismo resultado se obtiene — dice el autor de la *Folie Héréditaire* — cuando el niño pierde en una edad temprana la dirección de sus padres y se le educa en un medio que no es el de su familia, por personas que poco o nada se preocupan de él y que frecuentemente recurren al medio funestísimo de la intimidación. Un niño siempre mal tratado, castigado por todos, esos actos pueriles, cuya prohibición sería es siempre imposible a esta edad, acaba por creerse víctima de una vigilancia contínua e injusta e interpreta viciosamente las severidades de que es objeto. (1)

En cuanto a la herencia ya sabemos que es el factor más formidable en estas temibles enfermedades cuyo pronóstico se agrava considerablemente con su sóla presencia; sobre todo, si proviene por línea materna. Esquirol pensaba que la proporción de hereditarios era de un cuarenta y cinco por ciento; Parchappe de un quince por ciento y Guislain de un veinticinco. Respecto a los trastornos morales diremos que ellos siembran su semilla vivaz en el terreno exuberante que la herencia prepara; y a veces es tan activa y tan fecunda su influencia que la tierra más ingrata le produce frutos abundantísimos.

Hecha esta corta enumeración de las causas, veamos si es posible encontrar en los pocos datos que poseemos, so-

(1) LEGRAND DU SAULLE. Obra citada.

bre la niñez y juventud de Brown, algo que ilumine la etiología de su neurosis.

Su orígen nos es casi completamente desconocido. Sabemos por un corto manuscrito inédito que nos ha suministrado un amigo, (1) que su padre era un hombre humilde, y que ocupado en trabajos de campo durante largo tiempo había conseguido levantar una modestísima fortuna. Pero las inquietudes por que atravesaba Irlanda en aquella época y las persecuciones que sin duda sufrió de parte de los ingleses, lo obligaron a emigrar a Norte América, con la esperanza de mejorar su situación precaria, llevando a su hijo Guillermo de edad de nueve años.

Al llegar a Filadelfia, supo con gran disgusto que la persona que debía protegerlo había muerto de la fiebre amarilla, que hacia grandes estragos en aquella ciudad. Entonces presentose con su hijo a la familia del finado, reclamando la protección ofrecida; pero como ésta los recibiera mal, negándoles toda clase de recursos, el padre de Guillermo cayó *enfermo de una profunda melancolía muriendo al poco tiempo de la fiebre.* (1)

El hecho de haber caido enfermo de una profunda melancolía, como lo revela el manuscrito, es digno de llamar la atención, porque como afirma Kolke, aunque de una manera un poco absoluta, siempre que hay perversión o locu-

(1) El Sr. D. Carlos Casavalle, ha tenido la generosidad, rara por cierto en los *papelistas*, que también tienen su neurosis, de prestarnos un precioso manuscrito inédito, en el que se consignan datos completamente desconocidos sobre la niñez y juventud de Brown. Valiéndonos de ese documento es cómo hemos podido recoger algunos detalles curiosos sobre la vida del ilustre marino anteriores a su venida a la República Argentina.

(1) Manuscrito citado.

ra, cualquiera que sea su intensidad, llámese melancolía con o sin delirio, es porque hay predisposición, y si la hay es porque existen en el individuo vicios de organización mental, virtuales, que pueden no manifestarse durante la vida, pero que indefectiblemente se trasmiten a su posteridad. Y es verosimil que haya existido en el padre de Brown esta predisposición transmisible, puesto que esas debilidades mentales ingénitas, son patrimonio de poblaciones degeneradas por el *hambre* y *la miseria* que en ese sentido preparan pródigamente el terreno; siendo por otra parte indudable que estos dos agentes poderosos de la degeneración humana, pueden causar grandes perturbaciones en el espíritu y desarrollar caracteres enfermizos, que se transmiten de generación en generación hasta que su influencia prolongada produzca, como produce según Carlos Vogt, la desaparición paulatina de toda una población.

Ahora bien, el condado de Mayo, cuna y residencia de toda la familia de Brown, desde quién sabe cuántas generaciones atrás, fué asolado por el hambre más espantosa con motivo de las guerras de 1649 y 1689 entre Inglaterra e Irlanda. Por esta causa muchísimos irlandeses de los condados de Armagh y de Down, abandonaron sus hogares para refugiarse en una región montañosa que se extiende al Este de la baronía de Flaws hasta el mar. De allí todavía fueron empujados hacia los condados de Leitrin, de Sligo y de Mayo, en donde durante largos años, sufrieron los efectos desastrosos del hambre y de la ignorancia.

Los descendientes de estos desterrados — dice el *Magasin de l'Université de Dublin* — se distinguen fácilmente de sus hermanos del condado de Meath y de los otros dis-

tritos, que no han estado colocados en las mismas condiciones de degradación física. Su boca permanece siempre entreabierta — agrega este periódico cuyo artículo copia Carlos Vogt en su libro sobre el Hombre — sus labios son gruesos y espesos, sus dientes prominentes, las encias abultadas, la mandíbula prognata y la nariz aplastada. En Sligo y en una *gran parte del condado de Mayo,* toda la organización física de esas poblaciones, demuestra la influencia de dos siglos de degradación y de miseria, cuyos efectos aún se ven, no sólo en la alteración de los rasgos de su rostro, sino también en el esqueleto de su cuerpo y en el espíritu. (1)

¿Qué extraño, pues, que los efectos de estas influencias deletéreas del sistema nervioso, trasmitidas de *proche en proche* y reforzadas por la herencia, hubieran llegado hasta Brown mismo, cuyas perversiones mentales no es inverosímil que hayan tomado algo en esa fuente lejana, que no por ser lejana es menos positiva?

Muerto su padre, el pobre niño quedó a la edad de diez años abandonado en un país extraño y hostil, sin más protección que sus propios y débiles brazos y con sus ropas sucias y raídas por único capital (2).

Con su chaqueta en la mano y con sus botines hechos pedazos, andaba de un lado a otro vagabundo por la ciudad de Filadelfia, o paseándose a orillas del río Delaware, donde su instinto y sus inclinaciones secretas lo llevaban.

¿Qué efecto no produciría sobre un niño ya predispuesto, este horrible abandono en medio de una gran ciudad, extraña y opuesta a sus hábitos, hostil a su carácter blando

(1) Véase: Carls Vogt. — Leçons sur l'homme.
(2) Manuscrito citado.

y con disposiciones melancólicas, como tienen todos los niños y todos los irlandeses? (1). ¿Con qué vigor no actuaría sobre su espíritu, lleno de la suave plasticidad de la infancia, todo el cúmulo de influencias nocivas que lo circundaban y que dan pábulo a ese mefitismo moral inclemente que azota los cerebros frágiles en las grandes agrupaciones humanas?

Lógico es suponer que su cabeza debió sentirse fuertemente contundida y que el medio propicio en que se encontró por algunos años contribuía a reavivar los gérmenes hereditarios que hasta entonces permanecieran como adormecidos. Porque si sobre el cerebro resistente de un adulto, obran con tanta fuerza las causas que dejamos apuntadas al principio de este capítulo, parece natural pensar que sobre el de un niño débil y predispuesto habrían de gravitar con mayor éxito. Las privaciones de todo género, las desilusiones y los desencantos, que aún en esta tierna edad suelen roer con hambre las cabezas infantiles; los dolores morales y las enfermedades del cuerpo, sin una palabra de consuelo y sin una mano desinteresada que los aliviara, trajeron sobre la cabeza del joven todo su abominable contingente de agitaciones incurables.

Triste, extenuado por largas abstinencias, se paseaba a orillas del Delaware, cuando un capitán americano, encontrándole buena presencia y condoliéndose de sus lamentaciones, le propuso llevarlo de grumete a bordo de su barco.

(1) He visto en los manicomios de Buenos Aires muchísimos irlandeses de ambos sexos atacados de enajenación mental; y todos afectados de melancolía en sus diversas formas, predominando más que otras la melancolía religiosa con tendencias al suicidio. Tengo en mis apuntes varios casos de suicidio, los cuales han sido evidentemente producidos por tendencias melancólicas irresistibles.

Allí principió su carrera marítima, iniciada con un aprendizaje rudo y amargo a consecuencia de su corta edad y del tratamiento inconsiderado a que lo sujetaba la tripulación. Así estuvo, navegando siempre en buques mercantes, hasta que durante la guerra entre Francia e Inglaterra fué ocupado en la conducción de prisioneros y apresado por el buque de guerra francés "Presidente", que lo condujo a Francia a pesar de los esfuerzos de una enorme fragata inglesa que los perseguía. Llegados allí, y después de haber depositado una cantidad de dinero como garantía de su palabra, según la costumbre establecida entonces, fué encerrado, junto con sus compañeros, en la cárcel de Metz.

Los incidentes de su permanencia y fuga de Verdún, son completamente desconocidos y tienen algún interés histórico y médico. Revelan otra faz de su vida llena de peripecias y enriquecen la etiología de la enfermedad.

La vida dentro de aquellos cuatro muros era insoportable, y sus días llenos de esperanzas pero de insoportables sufrimientos; doble sufrimiento porque el mar había empezado ya a ejercer sobre su espíritu la fascinación irresistible que después lo echó en su camino de luz, y porque todos esos lúgubres presentimientos que después se hicieron carne en su cerebro, empezaron a aguijonearlo, produciéndole ciertas depresiones nostálgicas de carácter muy sospechoso. Concertó, pues, su fuga, logrando burlar la vigilancia de los centinelas, favorecido por la oscuridad de la noche y por un traje de oficial francés que se había procurado.

Una vez fuera de la ciudad, echó a correr de una manera desesperada, como si sintiera por detrás los pasos precipitados de mil regimientos de esbirros que ya lo iban al-

canzando. Al llegar a un molino que había a pocas millas, encontróse con un soldado que se paseaba debajo de los árboles, y que al ver su estado de cansancio y el terror que se dibujaba en su fisonomía, sospechó su procedencia y ayudado del molinero consiguieron tomarlo, después de una lucha de palos y mojicones en que Brown se defendió bizarra y desesperadamente.

Nueva prisión y nuevos sufrimientos. Pero como consideraran poco segura la cárcel de Metz, fué conducido a Verdún y encerrado en un calabozo alto, al lado de un coronel inglés llamado Crutchley, a quien más tarde estuvo ligado por una estrecha amistad. El capitán Brown, tal era entonces su graduación, comenzó de nuevo a meditar su fuga con un ardor y un entusiasmo que se parecía mucho a la desesperación; porque si cruel había sido la prisión de Metz, doblemente debió serlo la cárcel de Verdún, mucho más segura, más lóbrega y sombría aún, y como tal, más propicia al desarrollo de nuevas perturbaciones.

Así es que, urgido por todas esas aprensiones melancólicas que asaltan a los prisioneros, comenzó a poner manos a la obra. Calentó en la estufa un largo hierro, y poco a poco fué horadando la pared que daba al cuarto de su vecino, hasta que pudo introducir la cabeza y comunicarse con él. Para que el guardián no pudiera descubrir sus trabajos, colgó del techo su *Union-Jach,* bandera inglesa que llevaba en todos sus trabajos y que ocultaba admirablemente el agujero. Los escombros los escondía en un baúl y con la chaqueta barría el piso para desterrar toda sospecha en el espíritu del carcelero, que entraba siempre a horas fijas. Así que éste corría la llave, la mesa se ponía sobre

la cama, sobre la mesa la silla, y el trabajo continuaba con un ardor y una prudencia ingleses.

La noche en que el agujero del techo estuvo concluído, hicieron de su ropa de cama, él y su vecino, un largo cable, y usando de la escalera improvisada, trepáronse ambos a la azotea; ataron el cable al parapeto, y cuando el centinela se ocultó detrás de la torre, principiaron a descender rápidamente, echando a correr hasta que, habiendo caído el coronel Crutchley postrado por el cansancio, fué necesario que Brown se lo echara al hombro y continuara caminando hasta que la noche les permitiera descansar. Cuando llegaron a Alemania, sanos y salvos, la Princesa Real de Inglaterra, casada con el Duque Wurtemburgo, los llenó de favores, los proveyó de dinero y de ropas y los envió a Inglaterra, donde los dos amigos se separaron: Brown para entrar en la marina mercante, y Crutchley para ingresar nuevamente al ejército (1).

En 1809, el Capitán Brown contrajo matrimonio, y después de tentar fortuna con éxito nada feliz, embarcóse en Inglaterra a bordo del "Benlmond", estableciéndose en Montevideo. Allí armó un buquecito que, debido a su estrella siempre nebulosa, siempre opaca, fué condenado y vendido por las autoridades de Bahía, por no estar en orden sus papeles. De Bahía tuvo que regresar a Inglaterra nuevamente, como simple pasajero, oprimido por todas estas amarguras que ya comenzaban a modificar su carácter, labrando su ánimo de una manera profunda.

Nueva tentativa, nuevo infortunio. De Inglaterra vuelve a hacerse a la vela a bordo del "Elisa", del cual era capitán y dueño, en parte, y que al atravesar la barra de la

(1) Manuscritos citados.

Ensenada naufraga por un descuido del piloto. Felizmente, una parte del cargamento pudo salvarse y con su producto hacer por tierra su viaje a Chile, llevando un convoy de mercaderías que vendió en los pueblos del tránsito. De regreso, compró otro buque, llamado "La Industria". que fué el primer paquete que cruzó el Río de la Plata; mandó traer su familia y edificó aquel castillo original y memorable, única habitación que existía entonces en aquella planicie silenciosa, donde los vientos ásperos del río y el ruído melancólico de las olas eran los únicos ecos que podían hacer compañía a la vida de su hogar" (1).

En su nueva carrera, después de haber tomado servicio en la República Argentina, hay algo más que aumenta el triste catálogo de sus penurias y amplía la etiología de aquel dolorosísimo delirio, casi siempre enardecido por el peso de la vida, abandonada a los monólogos de la soledad, como ha dicho un ilustre historiador argentino.

A más de sus graves dolores morales, suficientes por sí para perturbar la inteligencia más firme, hay en su vida ciertas dolencias físicas que, como su *afección al hígado* y la *fiebre amarilla* que padeció en las Antillas cuando su célebre expedición a bordo del "Hércules", pueden influir poderosamente como causas accesorias. Esta última enfermedad, que él atribuía después a los venenos mortales que le habían hecho tomar en el café y que probablemente fué la causa de sus trastornos hepáticos, puede, por la profunda conmoción que produce en la economía o por cualquiera otra razón que nos escapa, influir en la patogenia de la enajenación mental; tal cual sucede con la

(1) VICENTE F. LÓPEZ. Historia de la Revolución Argentina.

fiebre tifoidea y el *cólera, cuyo* influjo es hoy indudable (1).

Todas estas afecciones físicas, poseen tan marcada influencia sobre el espíritu, que han llegado a justificar plenamente las afirmaciones, hasta cierto punto atrevidas, de la escuela somática alemana. Piensan sus principales apóstoles, y en parte piensan bien, que las frenopatías no tienen otro origen que las afecciones viscerales; que son irradiaciones mórbidas que se trasmiten de las vísceras al sistema cerebral. Nasse, Jacobi, Flemming y algunos otros, han sostenido con toda la perseverancia de los hombres convencidos (2) la misma teoría, que tiene muchísimo de verdadera, puesto que es incontestable que la inteligencia sufre poderosamente la influencia de las vísceras. Los datos levantados por varios alienistas presentan a las causas orgánicas con una cifra de ocho por ciento sobre las otras (3).

Y por lo que se refiere al vientre, que es lo que en este caso nos importa, basta recordar la importancia capital que Schoeder Van der Kolk daba a las constipaciones provenientes de la constricción del colon transverso, particularmente en los melancólicos, en los cuales una de las principales indicaciones del tratamiento es la de suprimir este obstáculo a la libre circulación de las materias intestinales.

Roel y Esquirol daban igual importancia a esta causa y es sabido que en los individuos que tienen padecimientos crónicos en cualquiera de los órganos abdominales, se en-

(1) Véase Marce. Traité des maladies mentales.
(2) Guislain. Frenopatías.
(3) Guislain. Frenopatías.

cuentran singulares anomalías de la sensibilidad moral y de la inteligencia. Hay hombres — dice el venerable Guislain — que habitualmente sufren de dispepsias, congestiones hepáticas, cardialgias o cualquier otra dolencia que produzca ese malestar abdominal tan penoso, que de tiempo en tiempo se ponen tristes, irascibles, y cuyo carácter acaba por experimentar cambios fundamentales.

Brown, que era de este número, sufría habitualmente fluxiones hepáticas de origen nervioso, cuyas repeticiones frecuentes acaban por determinar en el hígado esos trastornos crónicos que producen en las personas predispuestas al estado de hipocondría, que después se hace permanente e insoportable. El tinte ligeramente amarillento que se notaba algunas veces en su rostro, era producido por el paso de la materia colorante de la bilis a la sangre, revelando la congestión que se hacía en el hígado, bajo la influencia de emociones morales vivas, de disgustos profundos.

No insistiremos más en este género de causas y pasaremos a averiguar cuál fué el influjo que tuvieron los trastornos morales.

Si hay en el mundo alguna existencia que haya sido azotada por las más grandes penurias, esa ha sido, como acabamos de verlo, la del general Brown.

Desde su más temprana niñez (circunstancia sumamente agravante), ha venido apurando todos los enormes infortunios que encierra la vida: reveses de fortuna, miseria, disgustos prolongados, contrariedades inesperadas, temores durables, ansiedades y desconfianzas enconosas, persecuciones y crueles tormentos que han estado golpeando sobre su cráneo, desde que el niño abandonó su país natal

para vivir angustiado en la gran ciudad, hasta que una vejez avanzada apagó con sus desfallecimientos ineludibles el último recuerdo de sus ansiedades hipocondríacas. En la gran mayoría de los casos de enajenación, puede comprobarse, ya como causas predisponentes, ya como determinantes, un estado de dolor moral vivo, una *espina* que está en el fondo de casi todas estas afecciones, provocando una irritación intensa y prolongada del cerebro. Por eso, la melancolía es el síntoma que a menudo señala el período prodrómico de las frenopatías en general (1).

La impresión causada por la muerte de una persona querida, las emociones que producen las consecuencias de una especulación desgraciada, el disgusto vivísimo que provoca la mala conducta de un amigo, la conmoción que recibe un obrero sin trabajo, el terror que se apodera de una persona bajo el influjo de una revolución política; la depresión moral de un presidario sin esperanza, de un prisionero mal tratado o de un hombre despechado; y finalmente las mil circunstancias a que dan lugar esas interminables inquietudes, bajo el imperio de las cuales el hombre puede enloquecerse, pertenecen manifiestamente a un estado moral doloroso (2).

Los disgustos forman casi siempre el grupo más considerable en la etiología de la enajenación, y si tenemos presente, como lo observa Griesinger, que las emociones violentas dan por resultado ordinario una perturbación en el estado de la circulación y de todas las funciones de la vida vegetativa, se comprenderá fácilmente que estas emociones, prolongando su acción, perturben de una manera

(1) GUISLAIN. Obra citada.
(2) GUISLAIN. Obra citada.

notable las funciones cerebrales, con tanto mayor vigor cuanto mayor sea el estado de predisposición del individuo (1).

A menudo la explosión de la enfermedad no se declara sino después de oscilaciones más o menos prolongadas, como ha sucedido en Brown, cuyo estado mental anómalo ha ido desarrollándose con largas intermitencias, hasta tomar su acentuación característica. No es raro — dice Griesinger — "que a consecuencia de un accidente grave (la fiebre amarilla por ejemplo), el individuo comience por sufrir un malestar prolongado que indica un sufrimiento oscuro y que después de un tiempo más o menos largo empiece a deteriorarse la constitución, dibujándose la anemia bajo cuya influencia se manifiesta la enajenación" (2).

Este modo de acción es sobre todo evidente en los caasos de dolor moral prolongado.

La causa que determina una emoción depresiva ejerce, en la mayoría de los casos, una influencia determinada sobre el *sujeto* de las concepciones delirantes: "después de la pérdida de un pariente próximo, por ejemplo, el delirio rueda largo tiempo sobre ideas que se refieren a esta pérdida, y es a menudo difícil establecer un límite bien preciso entre el delirio y lo que es aún el resultado fisiológico, pero exagerado, de la emoción que se ha experimentado; la locura puede ser entonces el resultado de la transformación inmediata de un estado fisiológico, la continuación patológica de la emoción" (3).

---

(1) Griesinger. Tratado de enfermedades mentales.
(2) Griesinger. Tratado de enfermedades mentales.
(3) Griesinger. Obra citada.

Así, Brown, que había sufrido en su niñez y por parte de los ingleses grandes persecuciones durante su permanencia en Irlanda, y posteriormente en su épica peregrinación a bordo del "Hércules", apresado por buques ingleses también, y llevado a Inglaterra a sufrir los sinsabores de un proceso injusto, acabó por creerse realmente perseguido, envenenado, acechado constantemente por el gobierno británico, que fué después y en aquellos accesos secretos que tenían lugar dentro las cuatro paredes de su castillo impermeable, uno de sus más encarnizados fantasmas.

Aquí el estado de emoción fisiológica, las persecuciones reales, obrando sobre un espíritu excitado por otras causas morales, acabó en su término patológico natural, determinando el *delirio de las persecuciones.*

Estos estados patológicos de la inteligencia (y en este caso es importante tener presente esta circunstancia), no impiden, algunas veces, el desempeño de las funciones ordinarias de la vida; y sucede a menudo que para establecer un diagnóstico es menester tocar ciertos resortes ocultos cuyo juego descubre, de una manera inesperada, las notas falsas del teclado intelectual, como dice Lasegue en su lenguaje pintoresco; es necesario tener oído fino, oído de artista, para descubrir la nota que disuena, la cuerda rota que chilla y que en muchas ocasiones pasa desapercibida para el oído profano.

Esto explica por qué, aun cuando Brown padecía de un *delirio de las persecuciones,* podía desempeñar con tanta cordura las distintas misiones que se le confiaban. Porque algunos enfermos tienen épocas largas en que se suspende su delirio, *especie de armisticios* más o menos extensos, a favor de los cuales muchos *han podido emprender largos*

viajes, ingresar de nuevo en la sociedad, volver al seno de sus amigos y tomar otra vez la dirección de sus negocios. Pero importa no confundir — agrega Legrand du Saulle — la remisión, especie de cura provisional, con la intermisión, relámpago pasajero de razón. En la remisión verdadera y completa, con marcha retrógrada de las perturbaciones psíquicas — continúa el maestro — el enfermo reconoce su delirio, deplora los propósitos malsonantes que ha tenido respecto a su familia, lamenta sus actos inconsiderados y se muestra sinceramente arrepentido. En la simple intermisión, al contrario, niega su locura, escribe carta tras carta a la autoridad, protesta de la integridad de sus facultades intelectuales y denuncia al médico que le ha tributado sus cuidados (1).

Al principio de su delirio, tenía Brown remisiones verdaderas que le permitían entregarse completamente a sus quehaceres y aun desempeñar ocupaciones difíciles; remisiones que después perdieron su carácter de tales, para afectar el aspecto brumoso de una intermisión clara y llena de todos aquellos sombríos terrores que sostenían con tanta tenacidad sus eternas agitaciones.

Algunas veces, sin embargo, bastaba la fuerte derivación moral que trae la presencia de un peligro cualquiera, en los que Brown se mostraba bellísimo, las emociones del combate o las exigencias apremiantes de un cargo elevado, para que el equilibrio de su cerebro se restableciera temporalmente. Pero luego la triste monotonía de su infortunio, trayendo de nuevo la repetición del acceso, creó ese hábito mórbido que radica perdurablemente la enfermedad a un

(1) Legrand du Saulle. Obra citada.

órgano, ahuyentando aquellos saludables relámpagos que iluminaban tanto sus ojos singulares.

La montaña iba apretando al átomo porque las reacciones se hacían cada día más difíciles, y el pobre viejo sublime se batía desesperadamente en sus últimos atrincheramientos. Ultimamente, cuando todavía estaba a bordo, ni quería bajar a tierra, desoyendo aún las instancias de Don Juan Manuel; tenía miedo hasta del agua que en sus vaivenes contínuos, en su flujo y reflujo monótono, en sus suaves ondulaciones de nubes, escribía caracteres extraños y le echaba sobre el oído el plomo derretido de mil discursos extravagantes. Porque el agua habla, el agua grita, el agua ríe y llora y balbucea cosas extraordinarias para el oído delirante del perseguido; como ríe y llora y balbucea la puerta que cruje, el viento que sopla, la campana que vibra y se lamenta, herida por su larga lengua de hierro.

En lo sucesivo, la luz de cada día fué alumbrando una nueva arruga sobre su espíritu: la desconfianza y la taciturnidad de su carácter tomaban proporciones enormes y desconsoladoras. La vejez, mejor dicho, la senectud, con sus estados mixtos infaltables, embarazando la palabra y robando al espíritu su iniciativa y su calor saludable, hizo lo demás, dejándole en cambio esa fría indiferencia que relaja el corazón del célibe octogenario y que lo desliga del mundo, envolviéndolo en una especie de sudario artificial.

Entonces sí que fué dolorosa la vida, como si todas las amarguras de la tierra gravitaran con su fría inclemencia sobre la cabeza de esta pobre sombra que se agitaba, sin embargo, apurando los últimos destellos de la vida. Entonces fué cuando las alucinaciones lo asediaron con más

ímpetu, revoloteando como bandadas de cuervos hambrientos alrededor de su cerebro postrado e indefenso. Nunca se sintió tan embargado por tantos y tan misteriosos terrores: el olfato pervertido percibía mil olores extraños; el oído, ¡siempre el oído!, amenazas, murmullos, gritos, risas, silbidos, y todo lo que la audición mórbida es capaz de producir. Concepciones delirantes de cierto género especialísimo despertaron la idea del suicidio, que es la idea consoladora, la idea favorita de estos estados de extrema locura.

El viejo perseguido que aun amaba la vida, más que nunca iluminada por la luz de su aureola simpática, trató sin embargo de abandonarla, seducido por la suprema fascinación de la muerte voluntaria que se adhiere al corazón humano como si tuviera la garra del vampiro o la ventosa del pulpo. La soledad y el silencio de aquella casa, medio perdida entre los pajonales de la ribera, el aislamiento en que pasaba sus horas, despertaron, como era consiguiente, esta idea lógica de sustraerse para siempre a las conspiraciones de que era víctima; y embargado, asediado, perseguido por ella, tomó la determinación de arrojarse de la azotea, fracturándose una pierna.

Cuando esta extrema impulsión nace en la cabeza del perseguido, no es "el criminal que se hace justicia, es el perseguido que se sustrae a sus enemigos, es el melancólico que ha querido poner término a sus torturas morales. Aquí la muerte voluntaria no tiene la instantaneidad de un acto impulsivo, sino que es el último término de un estado patológico que ha llegado a su paroxismo final.

El general Brown padeció, pues, del *delirio de las persecuciones,* fué un perseguido según la expresión condensada de los alienistas franceses. Este diagnóstico que

sugiere la observación de los actos de su vida privada, está confirmado por la existencia de toda esa serie importantísima de causas que acabamos de estudiar; causas que reunidas o aisladas bastan por sí para determinarlo con tanto mayor vigor cuanto mayor sea la predisposición del individuo:

a) Predisposición hereditaria.
b) Trastornos morales intensos.
c) Afección hepática.
d) Educación imperfecta.
e) Sufrimientos físicos y morales durante la niñez.

Todo se encuentra en la vida agitada del general Brown.

LAS PEQUEÑAS NEUROSIS

CAPITULO IX

SUMARIO.—Frecuencia de las pequeñas neurosis.—Encuentros inesperados.—En medio de la luz.—La pequeña neurosis del amor.—Los seductores.—Los pintores.—Los literatos.—etc., etc., etc.—La neurosis de las aptitudes negativas.—Ejemplos conocidos.—Opiniones de Ball y de Luys.—Patogenia de las pequeñas neurosis.—Resortes ocultos.—Alteraciones parciales.— Rivadavia.— Olavarría.— Quiroga.— Lafinur. —etc., etc., etc.—La enfermedad de Pascal.—El terror de los espacios.—Variedades.

Bibliografía. — BALL. — L'ENCÉPHAL. — (*Journal des maladies mentales etc.*) — LUYS. — *Maladies Mentales.* — JACOBY. — *La Selection.* — GRIESINGER. — *Traité des maladies mentales.* — LEGRAND DU SAULLE. — *Terror de los Espacios.* — GUARDIA. — *La Folié.* — LASEGUE. — *La folié lucide.* — MARC. — *L'aliené.* — BAILLAGER. — *Sistéme nerveux.* — RITTI. — *Teoría fisiológica de las alucinaciones.*

En nuestras ocupaciones diarias nos codeamos a cada momento con estas modestas dolencias, que viven ocultas por un velo de irreprochable salud intelectual. Es menester insistir mucho, explorar, palpar con cierta prudente habilidad, para dar con ese *puntum cœcum* que se esconde entre la luz.

Muchas veces vivimos una vida entera con un individuo, admirando el vigoroso equilibrio de su cerebro, hasta que un día, el más inesperado por cierto, ponemos la mano sobre la nota falsa que lanza el chillido característico, revelando la abolladura.

¡Qué encuentro inesperado! Era una persona sensata, con una sensatez cervantesca e inconmovible; un hombre culto, un espíritu selecto, un corazón lleno de luz, pero dentro de un cuerpo deformado por una fealdad imponente; un hombre que se creía irresistible con las mujeres y que con cierta exaltación nerviosa semejante a una crisis, cuenta mil quinientas conquistas imposibles; asola los hogares y deshonra batallones de maridos... imaginarios.

Fijaos con qué insistencia lo miran los ojos movibles e inquietos de la mujer de X, qué suaves emociones despierta en su corazón la ligera nube de púrpura que colora las mejillas de N... cuando él, el Atila, traidoramente oculto dentro del modesto aspecto de un hombre de bien, se pone en su presencia arrojando sus mágicos e imponderables fluidos. La mujer de C... (pues son siempre las pobres mujeres casadas el objeto de sus alucinaciones seminales), lo provoca de una manera mortificante; la de L... lo pone en ridículo con sus públicas manifestaciones; y la de... (cualquier letra del abecedario, porque tienen para cada letra una mujer que los adore), se ha metido en su casa comprometiéndolo de una manera inaudita! Esta es la eterna historia de esos *hambrientos* que no tienen pan siquiera, y se contentan con mover las mandíbulas, rumiando el aire con cierta satisfacción presuntuosa para engañar al pobre estómago oprimido por una dieta interminable y desolada.

Por lo demás, aquel hombre defiende sus pleitos con un talento admirable, o cura sus enfermos o da sus batallas o mide sus tierras, según sea médico, militar o ingeniero; pronuncia bellísimos discursos, asiste a las reuniones de notables en los acuerdos oficiales; si es médico, sobre todo,

hace curas maravillosas y goza de una de esas reputaciones irreprochables, detrás de las cuales todas estas pequeñas grietas se ocultan a la mirada prudente del vulgo idólatra y meticuloso. Esa es la más frecuente, la más común de las *pequeñas neurosis,* y para que nada falte a su carácter francamente neuropático, toma un aspecto epidémico cuando algún acontecimiento conyugal escandaloso conmueve la sociedad. Tentad entonces, por medio de suaves presiones, con esa falaciosa hipocresía con que el médico arranca al enfermo un antecedente que oculta, y veréis más de una cabeza, en todo otro sentido fisiológica, presentar el flanco enfermo con cierta petulante y protectora complacencia.

¡Cuán infinitas y variadas son las facetas de este diamante henchido de luz que llamamos el cerebro humano! Hay un hombre bueno, modesto, con una sencillez bucólica de inteligencia y de costumbres; ha vivido sesenta años en un roce diario con el mundo, sin que nadie haya descubierto detrás de su cráneo la más pequeña irregularidad intelectual. Le conocéis hace treinta y no habéis hecho otra cosa que admirar la rectitud de su juicio, inflexible como la hoja de un puñal antiguo. Igual caso al anterior, pero de fisonomía distinta, como vamos a verlo.

Habláis un día con él de muchas cosas, e incidentalmente de la pintura, por ejemplo... y véis que, al invocar sus maravillas, sus ojos se iluminan con una fosforescencia extraordinaria, dejando errar por sus labios una sonrisa reveladora. Es que debajo de esa mansa y simpática apariencia hay un pintor desconocido, humilde, que vive ignorado, pero que cree sentir en su cabeza el empuje creador, la suprema vivacidad del divino cerebro de Miguel Angel: cree tener un pedazo de la pulpa encefálica de Veronese

injertado sobre la pobre corteza de su *palleum* sin luz. Pinta en el último cuarto de su casa; las paredes están tapizadas de lienzos lamentables y de todas dimensiones; y las horas de ocio, largas y plácidas, las pasa hundido en una especie de contemplación erótica admirando su propio genio. Sus cuadros deplorables, los guarda con religioso respeto y los cuida más que a su dinero y que a la niña de sus ojos.

Conversáis con él de cambios, de bancos, de derecho público, y lo encontráis admirable; posee varios idiomas, tiene nociones generales de todo, aptitudes para el comercio, disposiones para las letras, para las ciencias; en suma, es un espíritu selecto, diáfano, recto, intachable desde todo otro punto de vista. Pero al hablar de pintura, habéis apretado el botón misterioso que pone en agitación incesante el grupito de células productoras de su pequeña y desconocida neurosis. El hombre ha mostrado el flanco y le veis ridículo, pequeño, lamentablemente necio, porque no hay en la epidermis terrestre un artista que valga un comino a su lado.

Esa es la neurosis de las *aptitudes negativas*, que hace teólogos profundos a los ingenieros, médicos discretísimos a los abogados y a los militares, y jurisconsultos a los pintores y a los poetas. He conocido a un viejo comerciante a quien un par de pillos le sacaban, en calidad de préstamo a muy *largos plazos*, fuertes cantidades de dinero con sólo encomiarle sus inmensos conocimientos en mecánica. Y este hombre, sin embargo, era un modelo de sensatez y de buen sentido.

Lamartine pretendía ser un arquitecto consumado y mostraba, en un rincón de su quinta, un arco de triunfo

ridículo y zurdo; y se ha dicho de Thiers que su *pequeña neurosis* consistía en creerse un militar brillantísimo.

Tienen todos ellos un resorte escondido que juega espontáneamente o provocado por incitaciones inesperadas. Que determina ese brusco espasmo, la pequeña dolencia, sosteniendo el constante funcionamiento de una célula que produce la idea, única, fija, imborrable y pertinaz.

Es como una espina, como un cuerpo extraño, que irrita, que inflama un pedazo del tejido nervioso, alimentando este eretismo mental incoercible, pero felizmente parcial. Que tiraniza la voluntad, imponiéndole con su despotismo inapelable, el pensamiento o el grupo de pensamientos impulsivos y extravagantes que produce y reproduce, que vuelve a producir a la menor incitación y vuelve a reproducir, siempre el mismo y con una monotonía melancólica y sostenida.

Diríamos que es un pedazo pequeño y perfectamente circunscrito del cerebro, que en medio de la completa integridad del resto, vive enfermo, valetudinario, como enloquecido por ráfagas extravagantes; amamantando, produciendo, cobijando todo pensamiento extravagante que huye del resto de la inteligencia. Una Calabria cerebral — permítaseme la comparación — en donde toma fuerza y se oculta todo el vandalismo intelectual que viviría exótico en cualquiera otra parte del encéfalo.

Repentinamente un individuo (y ésta es otra familia del género), se encuentra privado de su libertad moral, diremos así, haciendo uso del arcaísmo científico consagrado. Algo extraño lo arrastra a cometer, en plena conciencia, una extravagancia dolorosísima. Una idea se im-

pone al espíritu y lo obliga, a pesar suyo, a verificar un acto intelectual, extraño, insólito.

No se trata aquí, como observa Ball, de esas ideas fijas que se apoderan del espíritu de un alienado para ejercer sobre él una incesante opresión: se trata de un estado algo parecido a un vago delirio consciente que el individuo es el primero en deplorar, sin embargo que no le es posible sustraerse a su inmensa tiranía.

Es un género menos común que el anterior, pero más sensible a los ojos de todos, porque es bullicioso y porque estalla sin tener presente el momento, ni el lugar, obedeciendo al secreto impulso que viene de adentro, y que aniquila la voluntad de una manera absoluta.

El profesor Ball ha conocido a una joven de diez y ocho años, que era un ejemplo curioso de este género de neurosis. Era una niña de temperamento nervioso, de una imaginación exaltada y que había sido educada en el convento, en los principios y teorías de una piedad exageradísima.

Nada en su conducta trascendía el menor desequilibrio intelectual, hasta la época en que se manifestó por primera vez la función menstrual. Poco tiempo después de la aparición de este importante flujo, que se hizo no sin algunas dificultades, se apoderó de ella una exaltación mística considerable, que no sólo le inspiraba deseos de hacerse religiosa, sino que la arrastraba a hacer manifestaciones extrañas, por no decir inconvenientes (1).

A cada instante, y sin ningún motivo plausible, se echaba de rodillas, hacía el signo de la cruz y exclamaba: *Jesús, María y José.* Todo se limitaba a esto. Pero esas eyacula-

(1) BALL. Artículo publicado en "El Encéfalo".

ciones piadosas — dice Ball — se producían en un salón, sobre una plaza pública o en un vagón de camino de hierro, llevando sobre su reputación graves reproches. Y sin embargo, no existía en ella el más mínimo rastro apreciable de delirio; sufría sus impresiones mórbidas a la aproximación de sus reglas y se explicaba con una claridad admirable lo absurdo de su conducta (1).

Otro ejemplo curiosísimo:

Un joven inteligente, trabajador, perfectamente dotado y libre de antecedentes neuropáticos por parte de su familia, aunque se entregaba con frecuencia al acto de la masturbación, seguía con un éxito admirable sus estudios en un Liceo de provincia. Tenía diez y siete años, cuando un día, habiendo oído jaranear a sus camaradas sobre la fatalidad misteriosa del *trece,* cruzó por su espíritu una idea absurda, inexplicable para él mismo y para cualquiera: *si el número trece* — se dijo — *es fatal, sería una cosa deplorable, incomprensible que Dios fuera trece.* Sin dar el menor valor a esta idea delirante, no pudo, sin embargo, dejar de pensar en ella sin cesar.

A cada momento verificaba mentalmente un acto que consistía en decirse a sí mismo: *Dios trece;* dando a esta fórmula extraña y absurda una especie de valor cabalístico, con atributos y virtudes preservadoras.

Por la puerilidad de su extravagante concepción — dice Ball — se le podía haber comparado a esos fakires musulmanes que pasan su vida entera pronunciando en alta voz el nombre Dios. *Yo sé perfectamente* — decía — *que es absurdo creerse obligado a repetir mentalmente esta fórmula...* Pero a pesar de esto el acto intelectual se repe-

(1) BALL. Obra citada.

tía cada segundo; y bien pronto creyó deber aplicar los mismos principios a la eternidad, al infinito, a las grandes concepciones del espíritu humano, de tal manera que su tiempo se lo pasaba repitiendo en su mente esta especie de conjunto estrafalario: *Dios trece, la eternidad trece, el infinito trece.*

Al fin, perturbado por la repetición incesante de ese acto mental, el joven se encontró en la imposibilidad de seguir sus estudios, viéndose obligado a encerrarse en su casa y a reclamar los auxilios del médico. Aquella forma ineludible se repetía sin descanso, sonaba en su cráneo con una continuidad y constancia verdaderamente enloquecedora; y como el progreso de su pequeña neurosis acabó por desvirtuar todos sus esfuerzos, pronto vió su vida mental entera consagrada a repetir a cada instante su pensamiento favorito. Salvo la tristeza profunda en que se encuentra sumido, el desgraciado neurópata no presenta *ninguna* otra perturbación intelectual (1).

A pesar de la puerilidad relativa que caracteriza esta forma, sin embargo, algunas veces, ella constituye un verdadero peligro para la inteligencia, porque la monotonía perseverante, la desoladora continuidad de sus inoportunidades, traba las operaciones del espíritu de una manera que puede ser fatal.

El hombre más razonable, si se observara cuidadosamente — dice Esquirol — percibiría algunas veces en su cabeza las imágenes y las ideas más extravagantes, asociadas de la manera más rara. Vería surgir pensamientos y sentimientos que se levantan repentinamente, se

(1) Esta curiosa historia la copio del artículo publicado por el profesor Ball en "El Encéfalo" del año 1881.

imponen a la inteligencia, aterrorizando la conciencia, para pasar después como un fuego fatuo siniestro.

Sin embargo, en ciertas ocasiones, no pasan así no más: la impresión queda como la *mancha* de luz que deja en la retina la estimulación de sus fibras. Es una especie de fosfeno doloroso que oprime al espíritu y que, si se levanta sobre un cerebro predispuesto por un vicio de organización, conturba para siempre su dinamismo exquisito. Cuando ese pensamiento maldito no encuentra en el cerebro el amor del regazo que lo fecunda y lo centuplica, pasa, diremos así, rozando el ala por la superficie y dejando sólo el recuerdo lúgubre de su amenaza. Y he dicho *el ala,* porque, efectivamente, son como aves de mal agüero, como bandadas de cuervos que se alzan chillando sobre la más implacable conciencia, sin saber dónde han nacido, qué hacen allí, cómo han entrado bajo la bóveda de su cráneo.

Es cierto que en algunos se van para no volver, pero en otros vuelven con una persistencia primeramente incómoda, irritante después, y por fin dolorosísima, hasta que se posesionan por completo de toda la inteligencia. Cuando esto último sucede, la cabeza ha perdido el timón de su conocimiento y comienza a girar, a girar siempre en el vértigo de esas alturas en que se pierde la noción de todas las cosas, y en que todo se ve como por *espejos mágicos,* transformado, invertido, adulterado. Ese es el loco: así comienza el paroxismo temible de su drama eterno y *sin sol. Penumbrata est,* es decir, eternamente en la penumbra, como decían los antiguos en su admirable lenguaje.

Las preocupaciones del espíritu, las ocupaciones gene-

ralmente apremiantes de la vida ordinaria, distraen de estas ideas fantásticas, disipan las sombras, cuando hay fuerzas suficientes para rechazarlas sin dejar que se implanten ni que se traduzcan en actos.

Algunas veces son tan débiles con relación a la energía cerebral de ciertas personas, que felizmente se borran, y cuando se repiten lo hacen con esa debilidad relativa, aunque persistente, que sólo es capaz de engendrar las pequeñas e inofensivas neurosis del primer tipo.

Pero en el segundo tipo, la facultad productora de las ideas está como herida por ese estado valetudinario que engendraba en el espíritu del *divino* Augusto la constante obnubilación de sus sentimientos.

La idea exótica nace súbitamente, se alza batiendo sus alas, y como las ideas que pueden entrar en lucha con ella, rectificarla, no surgen más, se impone y lo absorbe todo, como si las tomara por sorpresa. Una idea súbita, surge violenta en un espíritu mal dispuesto, aunque de irreprochable equilibrio; inmediatamente se traduce en acto y sigue obrando hasta que la reflexión, elemento poderoso de equilibrio mental u otro grupo de ideas, la persigue y la rechaza hasta borrarla del todo.

Las ideas y las sensaciones tienen una tendencia, tanto más marcada a traducirse en acto, cuanto más imperfecta es la vida psíquica del hombre; cuanto menos vigorosa es la reflexión. Por esto el carácter reflejo de las sensaciones y sus tendencias a transformarse, "son más pronunciadas en los animales que en el hombre, en el niño, que en el adulto; toda idea. toda imagen, toda percepción en los animales y en los niños tiende inmediatamente a traducirse en acto muscular." (1)

(1) JACOBY. La selection, etc.

Las ideas se transforman tanto más fácilmente en actos — dice el eminente Griesinger — cuánto más fuertes y persistentes son; felizmente la actividad intelectual cuida de que toda percepción no llegue a este grado de intensidad, y que en virtud de la ley de asociación de las ideas, en que las unas llaman a las otras, bien sean análogas o contrarias, no se produzcan con tanta actividad trayendo un conflicto a la conciencia.

Pero al principio de las enfermedades mentales, o en estos estados semipatológicos, diré así, que constituyen el modo de ser habitual de todos esos intermediarios, cuyas anomalías cerebrales han descripto con tanto colorido los alienistas franceses; en los hereditarios y en estas pequeñas neurosis de que me ocupo; el cerebro se encuentra torpe, embotado, laso; la asociación de las ideas está como paralizada de una manera fugaz algunas veces, y de una manera permanente otras. El conjunto de pensamientos habituales no entra ya en acción o está debilitado; "el alma se encuentra vacía, dice Griesinger, y entonces la primera percepción, la primera idea que se presenta se impone imperiosamente y no puede ser corregida ni borrada, ni rechazada."

Finalmente, todo pensamiento que surge de un modo accidental en el espíritu de un hombre, que le es sugerido por alguna circunstancia fortuita, puede implantarse sobre un *terreno mórbido* y convertirse en una idea delirante, que en virtud de la ley de generación del delirio por el delirio, transforma la oligomanía en polimanía, y finalmente pantomanía. (1) He aquí casi toda la fisiología de las pequeñas neurosis.

(1) Griesinger. Traité des maladies mentales.

Pero es difícil que en las pequeñas dolencias que he citado al comenzar este capítulo, se llegue a este término deplorable.

Todos estos estados intelectuales ambiguos, entre los cuales hay muchos que están muy lejos de ser francamente patológicos, se explica por este mismo procedimiento o por otro análogo. El predominio de una idea, la supremacía de un sentimiento que ha adquirido, ya sea por su vigor o porque dimane de un centro viciado, y que se impone a los demás, esa es, en resumen, la filiación más probable de estas *manchas* cerebrales que tantos ocultan tras una corteza de salud falaz e impenetrable.

Todo el secreto está en espiar el momento, en descubrir el estimulante apropiado que pone en movimiento el grupo celular consabido. A veces él mismo, espontáneamente, entra en ebullición, como en los casos citados por Ball.

El ruido de los truenos — por ejemplo — bastaba para despertar en dos de nuestros más reputadísimos valientes, ciertos estados de ánimo penosos que constituían sus pequeñas neurosis. La Madrid y el general Alvarado que se hubieran batido sólos contra una legión de demonios, no podian oír tronar sin sentir sus carnes crispadas por el más incomprensible terror. Alvarado se envolvia en géneros de seda y hasta se echaba debajo de la cama para huir del rayo; y el general La Madrid caia de rodillas en un acceso de inconcebible panofobia, acariciando el rosario y temblando como un azogado. Cuentan que le temblaban las mandíbulas hasta reproducir ese repiqueteo desagradable que en el chucho del miedo produce el choque de los dientes; que latía con impaciencia su corazón y que una pali-

dez lívida, la palidez del miedo supersticioso, invadia súbitamente su rostro.

Este sacudimiento emotivo profundo, se difundia tanto, que iba repercutiendo por todo el organismo; y como sucede en estos casos, despertando todas las reacciones simpáticas que son sus consecuencias, y que constituyen uno de los fenómenos cerebrales más curiosos. Propagándose al seno de las redes del sensorium "ese vasto reservorio de todas las sensibilidades del organismo" va a repercutir, unas veces sobre tal o cual centro de la vida orgánica, con el cual esté más íntimamente asociado; otras, sobre tal o cual grupo muscular, determinando así estas asociaciones simpáticas de los músculos, estas reacciones orgánicas inconscientes que expresan hacia afuera las diferentes tonalidades de las emociones y la manera especial con que el sensorium ha sido primitivamente conmovido. (1)

Así es cómo se explican los efectos súbitos y difusos del miedo, que tiene como ninguna pasión el poder de llevar su influjo sobre todos los aparatos de la vida.

Cuando los grupos musculares de la cara son los solicitados — dice Luys — la fisonomía expresa en un lenguaje mudo las impresiones íntimas concentradas en el fuero interno, y cuando es sobre la inervación visceral cómo se propaga el sacudimiento primitivo, es el corazón el que entra en una especie de convulsión, son los intestinos y sus esfínteres los que más directamente reciben el influjo (2) de ese miedo aniquilante que habitualmente elige co-

(1) Luys. Traité des maladies mentales.
(2) Luys. Traité des maladies mentales.

mo manifestación suya exclusivamente, esta deplorable característica intestinal.

Esos estados del ánimo son incurables; tan ineludibles como el sacudimiento emotivo que los produce y que es un fenómeno instantáneo, brusco, orgánico en muchas personas que no se sustraen jamás a su influjo.

Olavarria, no entraba jamás a un cuarto oscuro, ni dormia sin luz: extraña aberración de un carácter varonil, que tenía la pasión del peligro y para quien el combate desigual, usurario de uno contra veinte, ejercía una fascinación mágica e irresistible. Olavarría maniobraba con sus lanceros al frente de la metralla enemiga " como en un campo de parada"; pero sentía algo que le crispaba el cabello y que lo clavaba sobre el suelo, en presencia de ciertos peligros imaginarios, pueriles, ridículos, pero de un poder soberano para su cerebro, lleno de candidez y de bondad. Sus soldados lo atribuían al terror supersticioso que le inspiraban *las ánimas*. Pero en realidad esa era su pequeña neurosis.

Cuentan que para el fraile Aldao era de muy mal augurio perder el rebenque antes de entrar a un combate: así es que lo cuidaba tanto como a su lanza.

Quiroga no salía jamás de su casa, el día trece ni daba batalla, ni emprendía nada de fundamento.

El poeta Lafinur, famoso más por sus extravagancias que por sus versos pálidos y exangües, era un hipocondriaco reputadísimo entre sus contemporáneos. Según se me ha referido no podia subir a una torre (o atravesar una plaza probablemente) pasar un puente, mirar un espacio vacío cualquiera, sin sentir vértigos, sin *írsele la cabeza* como se dice vulgarmente. *Estas idas de cabeza,* en pre-

sencia del espacio, constituyen el síntoma capital de una curiosa forma de nervosismo recientemente estudiaba, una manera de ser de la emotividad anormal de los hipocondriacos y de tanos otros *cerebrales*.

Es la *agorafobia* de los autores alemanes, el *terror de los espacios* de los franceses: una neurosis caracterizada por un terror extremo, experimentado súbitamente a la vista de un espacio de más o menos extensión y por la imposibilidad absoluta de atravesarlo sólo. Disminuye, cuando el paciente se apoya sobre un bastón o un paraguas etc., o le tiende la mano alguna otra persona. Era la enfermedad de Pascal quien paséandose un día en una carroza sobre el puente de Neully, vió que los caballos mordian el freno; que los dos primeros se precipitaban en el Sena pero que en el instante de la caida y a consecuencia de su misma impulsión, rompíanse los tiros y el carruaje se detenia sobre el puente.

Después de este incidente, Pascal creía ver siempre a su izquierda un abismo que le impedía avanzar, a menos que le dieran la mano (1), o que se le colocara algún objeto en que pudiera apoyarse.

El *agorófobo* no da un paso ni atrás ni adelante, ni avanza, ni retrocede; todos sus miembros tiemblan, palidece, se alarma cada vez más, se sostiene apenas sobre sus piernas oscilantes y queda parado, inmóvil, convencido de que jamás podrá afrontar este vacío, este lugar desierto, este espacio que se presenta aterrante delante de sus ojos (2).

Imaginaos — agrega Legrand du Saulle — que mirais

(1) De la Kenophobie etc., por Gelineas.
(2) De la Kenophobie etc., por Gelineas.

un abismo profundo que se abre súbitamente a vuestros pies, imaginaos estar suspendidos sobre el cráter de un volcán en erupción, que atravesais el Niágara sobre una cuerda rígida, que rodais por un precipicio, en fin, y la impresión recibida no podrá ser más temible, más pavorosa que la provocada por el terror de los espacios."

Una sensación análoga, de un origen igual probablemente, es la que experimentan las naturalezas nerviosas, que sienten vértigos a una altura pequeña; que no pueden asomarse a un balcón, atravesar sobre una tabla, dormir a oscuras, ni ver una gota de sangre, como les pasa a ciertas personas que, sin embargo, no son pusilánimes. El *terror de los espacios* es una variedad más temible de este mismo estado de eretismo medio histérico que producía las *pequeñas neurosis* de Alvarado, La Madrid, etc., etc. Y es probable que los inconcebibles terrores que aquejaban con tanta imprudencia a estos arrogantes paladines, vinieran acompañados de esa *peur des espaces* comparada por Westphall al pavor que se produciría en un hombre al encontrarse súbitamente y sin saber nadar en medio de un mar inmenso.

Otra pequeña neurosis que por su olímpica magnitud aparente, sus proporciones ampulosas y sus grandes efectos, bien podría llamarse la gran neurosis de Rivadavia, era la exageración que tenía este ilustre estadista de la noción de su personalidad psíquica, que daba a sus actos y a sus maneras la magnificencia artificial de los megalómanos y que provenía de la exuberancia con que se hacía en su cerebro la irrigación sanguínea (?). Rivadavia era un tanto pletórico, de cuello apoplético, de vida sedentaria más bien, y de un apetito copioso. Comía mucho y

bien, y como tenía ciertas tendencias congestivas, que se revelaban en su rostro ancho y en sus ojos sanguinolentos, vivía con su cerebro habitualmente congestionado.

Los lipemaníacos, cuyo sensorium, falto de estímulo sanguíneo normal, cae en un período de atonía, se sienten deprimidos, como humillados y atónitos. El maniaco, por el contrario, cuando el aflujo de sangre se hace en las redes de su corteza gris, con una viva energía, con una persistencia regular, que sin afectar las proporciones depresivas de las congestiones pasivas, sostiene con cierta lozanía la vitalidad de la célula, se siente engrandecido, magnificado, más fuerte, y más potente que nunca (1).

Como la actividad vital desborda en ellos bajo todas las formas de expresión, la noción de su personalidad — dice el autor que acabamos de citar — se amplifica, se agranda, se hincha al mismo tiempo.

Era, pues, en Rivadavia, cuestión de mayor o menor aflujo de sangre sobre su cerebro naturalmente predispuesto por causas de un orden completamente desconocido. Con ciertos elementos adquiridos, y esta disposición a que aludimos, estaba constituída esa especie rara de delirio de las grandezas, incierto y oscilante que imprimía, como creo haberlo dicho en otra parte, un sello imborrable a todos sus actos, y que se mantuvo siempre dentro de los límites saludables de una noble y apasionadísima aspiración. Es suficiente que sobrevengan algunas modificaciones en la irrigación sanguínea de las redes del sensorio para que "las manifestaciones funcionales cambien de aspecto y pasen sucesivamente, de la faz de depresión extrema a la faz extrema de la más franca excitación."

(1) Luys. Traité des maladies mentales.

Estas son las *pequeñas neurosis*. Ahora completad el estudio en vos mismo, lector curioso, si acaso habéis sentido alguna vez rozar por vuestro cerebro algunas de esas mariposas negras del pensamiento.

APENDICE

FRANCIA

Cuando principié a recoger datos sobre la vida del doctor Francia, dirigí al señor D. Gregorio Machain las siguientes preguntas que me fueron contestadas de la manera que vá a verse.

No quiero dejar pasar la oportunidad de tributar a este dignísimo caballero todo el agradecimiento que debo a sus bondades.

Muchísimos de los importantes datos sobre la vida del Dictador, me los ha suministrado él, ilustrándolos con comentarios y ampliaciones que yo aprecio en su justísimo valor. El Sr. D. Gregorio Machain pertenece a una de las familias más distinguidas y más antiguas de la colonia, y fué sobre ella, más que sobre ninguna otra, donde la rabia biliosa del famoso hipocondríaco se ensañó durante veinte años, fusilando al padre, después de haberlo tenido quince años sumido en una mazmorra, privándolo de su fortuna y haciéndole pasar por mil martirios físicos y morales.

Contestacion del Sr. Loizaga

¿Puede saberse si entre sus antecesores ha tenido locos, apopléticos, borrachos, paralíticos?

¿De qué murieron sus padres? *No se acuerda.*

¿Sus hermanos ha sido alguno loco, ebrio, paralítico, etc? *Los dos hermanos han sido locos.*

¿Qué clase de gente eran sus padres? *Gente vulgar.*

Sus primeros años, dónde los pasó y cuál era entonces su carácter? *No se recuerda.*

¿De qué enfermedades padeció en esa edad? *Se ignora.* ¿De qué enfermedad padeció después en su edad adulta y en su vejez? *Hipocondría o histérico.*

¿Cuál era, antes de ser dictador, su ocupación habitual, sus relaciones, su modo de ser? *La abogacía, relaciones escasas, carácter raro, misántropo.*

¿En qué ganaba su vida? *Defendiendo pleitos.*

¿Tenía valor personal? *Cobarde.*

¿En su juventud o su edad adulta se le conocieron algunos amores? *Se le han conocido como tres hijos. Amor, parece imposible.*

¿Se le conocen grandes contrariedades en su vida? *No.*

¿Qué edad tenía cuando murieron sus padres? *No se recuerda.*

¿Tenía costumbre de andarse medicinando o purgando? *Enemigo de toda medicina en su edad madura.*

¿Era aficionado al juego, a la bebida o se le conocía algún otro vicio? *Al juego, antes de ser dictador.*

¿Qué manías, rarezas o extravagancias se le conocían en su juventud o en su vejez? *Hacer mal. Misántropo.*

¿Durante su dictadura o en alguna otra época se le cono-

cieron algunos rasgos de loco? *No, y quizá siempre lo fué.*

¿Cuáles eran sus ocupaciones durante su tiranía? *Tiranizar. Como administrador, nada.*

¿De qué enfermedad se dijo que había muerto? *Hidropesía.*

¿Tenía un carácter variable o era taciturno y sombrío? *Carácter desigual, lunático.*

¿Qué preocupaciones y supersticiones tenía? *Ninguna. Fanático, antirreligioso.*

¿Se le conoció en alguna época de su vida alguna amistad estrecha? *Ninguna, ni con sus hermanos.*

¿Fué repentina su muerte? *No.*

¿A qué edad volvió al Paraguay? (De sus estudios en Córdoba). *De treinta años aproximadamente*

Contestacion del Sr. Gregorio Machain

A 1.ª y 2.ª—No tenemos noticias.

3.ª—Dos hermanos han sido locos por temporadas.

4.ª—Mameluco Paulista: fué al Paraguay contratado para la elaboración del tabaco negro, y se casó con una criolla de clase poco conocida, seguramente.

5.ª—Los pasó en la Asunción: ya joven fué a Córdoba a continuar sus estudios, protegido en un todo por el español D. Martín Aramburu, donde manifestó mal carácter, llegando a herir con un cortaplumas a un condiscípulo suyo.

6ª—No se tienen noticias.

7.ª—Histérico o hipocondría: frecuentemente creía mo-

rirse, llamando a su lado al médico español D. Juan Lorenzo Gauna y al Canónigo Dr. Zavala; entonces debía ser aún creyente católico. Siendo ya dictador no se le conoció enfermedad, metodizando su modo de ser en general.

8.ª—La de abogado; aficionado al juego de naipes, y al trato de gentes alegres; pocas relaciones con gentes de posición, raro, intolerante y despótico con sus clientes de toda clase.

9.ª—En su profesión de abogado; por herencia, tenía casa en la ciudad y una quinta como a una legua fuera de ella.

10.—Manifestaba valor, mas generalmente se le ha tenido por cobarde: Molas en su descripción histórica del Paraguay, dice: "era atento, fraudulento, embustero, suspicaz, *tímido,* inaccesible, ladrón e impío., y Molas debía conocerle (1).

11.—Hemos dicho que era aficionado al trato de gente alegre (mujeres de vida alegre), amor, amistad, créese que nunca tuvo; riñó con el padre hasta levantarle la mano y rechazando toda reconciliación con él en los momentos últimos de su vida; vivió siempre peleado con sus hermanos, fusiló a un sobrino, apresó a otro; tuvo *tres hijos,* que reconoció a su modo, pero que no les trató, sepultando a uno de ellos en un calabozo, sólo porque le pidió en su cumpleaños, como gracia, el alivio o libertad del que fué su maestro, y estaba en prisión, etc.

12.—No: No obstante, recordaremos que en su edad adulta fué tres veces maltratado a palos por rivalidad y pretensiones amorosas por un joven Arias, argentino. Vicente Cabaña, paraguayo y padre de familia, y Manuel

(1) Debió decir también, rencoroso y vengativo.

Pabor, íd, íd. Del primero se ha dicho que fué asesinado, siendo Francia dictador, y atribuídosele a éste el asesinato; el segundo fué desterrado a una nueva población, cerca de una de las fronteras del Perú con toda su larga familia, y el tercero puesto en prisión, arrastrando cadenas y destinado a trabajos forzados. A más, habiendo solicitado casarse con una niña de familia distinguida, fué rechazado, lo que se ha dicho, lo contrarió bastante. La niña casó después, y Francia, manteniendo un odio tenaz durante todo su gobierno, se vengó de la familia de la niña y en su esposo con prisiones, fuertes multas y fusilamiento de este último después de 14 años de una prisión cruel.

13.—No se recuerda: Tendría más de 40 años cuando murió el padre; respecto a la madre, no se hacen recuerdos.

14.—No se sabe, malcuidaba su salud en un todo.

15.—Al juego, bastante, antes de ser dictador.

16.—Fué siempre de mal carácter y misántropo.

17.—No: Mantenía arrebatos y visiones propias de su hipocondría y misantropía.

18.—Su gobierno: mas sin coacción alguna, y consultando su bienestar, y sobre todo su conservación.

19.—Hidropesía; en pocos días de gravedad.

20.—Variable: irascible, como agradable, según el estado atmosférico.

21.—Ninguna: ateo e ilustrado.

22.—Ninguna: vean contestación 11.

23.—No: su gravedad conocida de pocos días.

24.—No se recuerda: tal vez de 30 años aproximadamente

Es conforme a recuerdos y noticias de tradición.

Al Alcalde Provincial del primer voto

El Dr. D. José Gaspar Francia y Velasco, hijo legítimo del capitán miliciano de artillería, Dr. García Rodríguez y Francia y de Doña Josefa Velasco, finada ante V. m., conforme a derecho comparezco y digo que a mis derechos conviene dar información plena de mi genealogía y conducta, y para ello suplico a la justificación de V. m. se sirva recibírmela con citación del Sr. Procurador Síndico General de ciudad, examinando bajo juramento los testigos que presentare, al tenor de las preguntas siguientes:

Primeramente, digan si conocen al dicho García Rodríguez de Francia, y si conocieron a Doña Josefa de Velasco, al Dr. Félix de Velasco y a Doña María Josefa de Yegros y Ledesma, y si son comprendidos en las generalidades de la ley?

It. Digan si les consta que el expresado Dr. García Rodríguez Francia fué casado y velado según mandato de la Santa Madre Iglesia con dicha Doña Josefa de Velasco, y si de ese matrimonio fué habido, procreado legítimamente, y soy tenido, y reputado de público, y notorio por tal hijo legítimo de ellos?

It. Digan, si saben y les consta, que la dicha Doña Josefa de Velasco fué hija legítima de los expresados D. Mateo Félix de Velasco y Doña María Josefa de Yegros, de público y notorio?

It. Digan, si les consta, que la estirpe de los Yegros es una de las más nobles de esta provincia, de público y notorio?

Id. Digan si les consta que el referido D. García Rodríguez Francia, desde muchos años hasta la actualidad,

ha servido y está sirviendo en las milicias de esta provincia en el grado de capitán de artillería de ellas, con desempeño de su empleo?

Id. Digan si me conocen de trato y comunicación, y si les consta, que desde que vine de la Universidad de Córdoba he cargado hábitos talares, vistiendo discretamente y si mi conducta moral ha sido irreprensible, sin haber dado la más mínima mala nota de mi persona, antes sí mucho buen ejemplo con mi recogimiento y sujeción en casa, obediencia y veneración a mi padre?

Y evacuada esta información se ha de servir la integridad de V. m. pasar vista de ella a dicho Sr. Procurador General, consecutivamente ponerla en mano del Ilustre Cabildo, para que se sirva exponer en el asunto cuanto tuviere conveniente en obsequio de la verdad y de la justicia.

Por tanto:

A V. m. pido y suplico se sirva haberme por presentado y recibirme la ofrecida información, proveyendo en lo demás según y como llevo pedido en justicia, y juro por Dios y una Cruz no proceder de malicia, sino porque así cumple a mis derechos, etc.

Dr. José Gaspar Francia

Asumpción. Marzo veinte y seis de mil setecientos ochenta y siete.—Por representada. Recíbase a esta parte la información que ofrece, precediendo citación del Síndico Procurador General de ciudad.

Francisco Olegario de la Illoxa.

Ante mí:

Manuel Benítez,

Esc. Pco. de Gob. y Cdo.

En veinte y siete del mismo, cité en su persona a don José González Ríos, Síndico Procurador General, para la información prevenida, y firmó de que doy fe.

José González Ríos.
Benítez.

En la ciudad de Asunción del Paraguay, en veinte días del mes de Julio de mil setecientos ochenta y siete años, en consonancia del auto que antecede, presentó la parte por testigo de su información a D. Martín de Azuaga, de quien por ante mí recibió su juramento y lo hizo por Dios Nuestro Señor, y una señal de Cruz, encargo del cual prometió decir verdad de lo que supiere y fuere preguntado; en cuya consecuencia se procedió a examinarlo por los puntos del interrogatorio, y responde:

A la primera, que conoció al declarante, a todos los contenidos en esta pregunta, de trato y comunicación, e igualmente a D. García Rodríguez Francia, con quien no es comprendido en las generales de la ley.

A la segunda, dijo que es público y notorio en esta ciudad, que la finada Doña Josefa Velasco fué casada legítimamente, según ritos de Nuestra Santa Madre Iglesia, con el contenido D. García Francia, de cuyo matrimonio fué habido y procreado el Dr. D. Gaspar Francia, lo cual es público y notorio en ésta, sin voz en contrario.

A la tercera, dijo que igualmente es constante en ésta que la referida finada Doña Josefa de Velasco fué hija legítima de D. Mateo Félix de Velasco y Doña María Josefa Yegros, quienes fueron casados en ésta legítimamente, lo cual le consta de positivo.

A la cuarta, dijo que el declarante ha tenido por nobles y de distinguida sangre a la estirpe de los Yegros, y por tal ha sido conocido por todos generalmente, sin voz en contrario.

A la quinta, dijo que del mismo modo le consta de positivo que D. García Rodríguez Francia es y ha sido de muchos años a esta parte Capitán de artillería en ésta, sirviéndolo con exactitud y eficacia, cual exige su conocida conducta y celo al real servicio.

A la sexta y última, dijo que, además de que el declarante conoció al presentante anteriormente de pasar a la ciudad de Córdoba a seguir sus estudios, y aun desde su niñez, en cuyo tiempo lo reconoció por de arreglada conducta sujeta en su natural, mucho más ahora que regresó de la Universidad, viviendo en casa de su padre, sujeto a sus órdenes, y por consiguiente irreprensible su conducta, sin notársele el más mínimo defecto, ante sí por el contrario adornado de virtudes que han sido dignas de las mayores atenciones, siendo igualmente cierto que se viste con hábitos talares, todo lo cual le consta que es positivo por haberlo presenciado y palpado por la continua frecuencia de la llegada a su casa.

Igualmente lo dicho y declarado es la verdad en cargo del juramento, etc., etc., etc.

Francisco Olegario de la Illoxa.
Martín de Azuaga.

Ante mí:

Manuel Benítez.
Escribano de Gobierno.

En el mismo día presentó la parte por testigo de su información a D. Juan José Bazán de Predraza, que hizo las mismas declaraciones que el anterior testigo, agregando que conoció al Dr. D. José Gaspar Francia, que desde que vino de la Universidad de Córdoba ha cargado hábitos talares, vistiendo discretamente, y que su conducta moral ha sido y es irreprensible, dando mucho buen ejemplo con su recogimiento y sujección en su casa, obediencia y veneración a sus padres, haciéndose admirable su prudencia en los pocos años que cuenta, y que a más de esto el declarante ha reconocido íntimamente en el dicho doctor una vasta ciencia en letras divinas y humanas y un genio apacible y amable y una grande aplicación a las letras.

Ante mí:

Manuel Benítez.

En la misma fecha se presentaron D. Juan Bautista Goyxí, D. Juan Bautista Cañiza, D. Fernando Fernández de la Mora, D. Antonio M. Viana y D. Juan José Echeverría, y declararon ser cierto lo dicho por los anteriores testigos.

Ante mí: *Manuel Benítez.*

Asumpción, Agosto 3 de mil setecientos ochenta y siete años.—Mediante a no presentar la parte más testigos, dáse por concluída la información pedida; corra traslado de ella al Síndico Procurador General para que exponga sobre ella lo que convenga a favor del público.

Illoxa.

Ante mí:

Manuel Benítez.

En el mismo día entregué en traslado estos autos al Síndico Procurador General, con ocho fojas hábiles; de ello doy fe.

Benítez.

Sr. Alcalde ordinario de primer voto.—

El Síndico procurador de ciudad, aviendo visto la información precedente sobre la limpieza de sangre y vuena conducta del Dr. D. Josef Gaspar Francia, yjo legítimo del Capitán de Artillería Don García Rodríguez Francia y de Doña Josefa Velasco, vecinos de esta ciudad, dice que no encuentra cosa alguna que oponer contra ella, y en subirtud seservirá la Integridad de Vm. aprobarla en Justicia que pido.—Asumpción y Agosto 4 de 1787.

Josef Gonsalez de los Rios.

Asumpción y Agosto ocho de mil setecientos ochenta y siete. — Mediante a que la parte ha expuesto verbalmente en este Juzgado no serle necesaria la remisión de este expediente al Ilustre Ayuntamiento; atenta la conformidad del Síndico Procurador General a la información vencida por el Dr. D. Josef Gaspar Francia,

Apruébase en todas sus partes, y para su mayor validación interpongo en ella mi autoridad y sindical decreto, y mando se le entregue originalmente a la parte como lo tiene pedido, dándosele testimonio si lo pidiere y pagando las costas de lo acordado.

Francisco Olegario de la Illoxa.

Ante mí:

Manuel Benítez.

Al Señor Intendente y Capitán General:

El Dr. D. José Gaspar Francia, Clérigo de Menores Ordenes, ante V. S., en la forma, que hará lugar parezco, y digo: que por disposición de V. S. como Vice Real Patrono, del Ilustrísimo Señor Obispo, ocupé la Cátedra de Latinidad de los Estudios del Real Colegio de esta Ciudad, en cuyo Ministerio serví por espacio de siete meses poco más o menos, sin interés alguno, como es constante. y por promover únicamente la enseñanza y adelantamiento de la juventud. Y siéndome conveniente tener un documento justificativo de este mérito: Suplico al celo de V. S. se digne darme una certificación de todo lo referido, o de lo que V. S. en el asunto tuviere por conveniente en justicia. Por tanto, A. S. pido y suplico, etc.

Dr. José Gaspar Francia.

D. Pedro Melo de Portugal, Coronel de Dragones de los Reales Ejércitos, Gobernador Intendente y Capitán General de esta Provincia.

Certifico ser cierto que el suplicante ha servido en el Real Colegio de San Carlos de esta Ciudad de Catedrático de latinidad, sin sueldo ni gratificación alguna en los términos y por los tiempos que se refiere en el anterior escrito, y a pedimento de la parte doy la presente, firmada de mi mano, sellada con el sello de mis armas y refrendada del *infra escriptos* Escribano y Notario Público en S. M. y Gobierno. En la Asumpción del Paraguay, a trece días del mes de Agosto de mil setecientos ochenta y siete.

Pedro Melo de Portugal.

Ante mí:

Manuel Bachicas.

El Dr. Antonio de la Peña, Dignidad de Arcediano de esta Santa Iglesia Catedral y Cancelario Director de los Estados de este Real Colegio de San Carlos.

Certifico a todos los tribunales donde ésta fuere presentada, que por disposición del Vice Patrono Real de esta Provincia y del Ilustrísimo Señor Obispo, estuvo el Dr. D. José Gaspar Francia, el año próximo pasado, enseñando latinidad en las aulas de dicho Colegio, cuyo ministerio a más de servirlo sin concepto a donación alguna por espacio de siete meses, desempeñó cumplidamente y con adelantamiento de los respectivos estudiantes, así en su enseñanza como en su buen ejemplo. Y por ser así verdad doy esta certificación, a pedido de dicho Dr., en la Asumpción, a 2 de Agosto de 1787.

Dr. Antonio de la Peña.

GUILLERMO BROWN

Soledad absoluta durante veinte años—Ideas de persecución—Valor del testimonio del alienado, a consecuencia de un atentado cometido contra él mismo.

En los alrededores de Troyes, existe una propiedad bastante extensa, conocida bajo el nombre del pequeño Castillo de Saint-Pouange. Allí habitaba, en 1846, desde hacía veinte y cinco años, y en una soledad absoluta, el individuo G..., antiguo impresor.

Su morada, verdadero castillo-fuerte, completamente aislado, estaba defendida por una triple cintura de muros, fosos y barreras. En la gran puerta de entrada, se leía con sorpresa esta inscripción: *Franc-fief de droit naturel* (1); y si algún viajero se presentaba mostrando deseos de visitar la habitación, veía de repente levantarse el puente levadizo, y una voz vibrante pronunciaba estas palabras: "¡Detente, ciudadano, respeta mi propiedad! ¿Quién eres? ¿Qué quieres?".

Esta era la voz de G..., anciano de setenta y seis años, atacado de enajenación mental, a causa de una singular exaltación de ideas, sobre todo de aquellas tocantes a la religión, la política, la justicia y las relaciones sociales.

Adorador fiel del sol, enfurecíase cuando la campana de la próxima aldea llamaba a oración.

(1) Propiedad de derecho natural.

Cuando soplaba el viento violentamente, era por culpa del cura de la aldea, *con intenciones maléficas a su respecto*. Jamás comía carne, y tenía horror a las ropas tejidas con lanas o materiales animales; llevaba siempre una espada al cinto para herir a sus enemigos.

El 23 de Agosto de 1843, G... fué asaltado en su fortaleza por cuatro malhechores, quienes después de amordazarlo y atarlo robáronle cuanto pudieron.

Habiéndose presentado al castillo algunos agentes de la autoridad con el fin de inquirir detalles sobre el suceso, no quiso dejarles penetrar en él, declarándoles desde el torreón que haría conocer lo que le había sucedido por medio de un diario.

Y, en efecto, mandó una circunstanciada carta al *Journal de l'Aube*, que fué leída en la sesión del Tribunal. Los acusados fueron condenados, contribuyendo para ello en mucho la deposición escrita por G...

Costumbres usuales y hábitos del almirante don Guillermo Brown, relatados por su camarero y más tarde su abanderado S. S. R. G.

Era el general Brown un hombre sobrio, metódico en sus manjares, modesto en su traje usual, aseado y religioso ferviente en sus creencias católicas.

Se levantaba de la cama siempre antes de salir el sol, pues jamás, durante el tiempo que con él serví, pude notar esta falta de costumbre.

Su primer paso, al levantarse, era dirigirse a su mesa privada, donde su despensero debía tener de pronto la te-

tera de té teñido, el más fuerte posible, pues para dos tazas él ordenaba se le echaran dos cucharadas de sopa, que más tarde él mismo las medía en una tapa de un tarro de lata, para ser exacto en la cantidad y no dejar al despensero que aumentara o disminuyera la cantidad; y por igual medida de dos tazas y media de agua hirviente, debía condensar el té. Si estaba en el puerto, le agregaba al té, al tomarlo, dos cucharadas de sopa con leche, no dejándola jamás hervir. Y si estaba en viaje, lo tomaba solo, sin agregarle ningún espíritu, pues era enemigo de las bebidas espirituosas; en este orden tomaba su té diariamente tres veces al día: al levantarse, a la una en punto del día, y a las siete de la tarde en verano o a las cinco en invierno; esto con toda exactitud en la hora.

Mientras él tomaba el té, su despensero tenía que estar allí parado, e inmediato, hasta que él terminara; después le ordenaba se sirviera él del mismo té que quedaba en la tetera, agregándole nueva agua; y terminando, mandaba lavar bien la tetera, no haciendo jamás uso del té usado, poniendo el general especial cuidado en que la tetera estuviera siempre bien limpia al ponerle el té.

Terminado que fuese el tomar su té, subía en cubierta, y su despensero procedía a la limpieza de su cámara, pasando el cepillo a jabón y arena en el piso de tabla, sacudir su ropa y si el tiempo era bueno traer a cubierta su colchón y cobertores para ventilarlos, y de ser tiempo malo en la misma cámara, en una cuerda tirante, abriendo las claraboyas o portezuelas de popa para ventilación de su dormitorio.

A las 8 en punto de todas las mañanas, fuese el tiempo cual fuese (aún bajo el temporal), debía estar su almuerzo

en la mesa, consistiendo en un bife a la inglesa, algo crudón, con papas que él mismo las pelaba, y en plato aparte su tarro de mostaza inglesa estirada con vinagre, y una pequeña dosis de sal que él mismo preparaba todas las mañanas en la cantidad que usaba en el acto mismo de estar en la mesa. Si había huevos, tomaba tres huevos pasados por agua, muy blandos, colocados en una huevera o en un vaso por lo general; tomaba al concluir su almuerzo unas tajadas de pan con manteca o de galleta, cerrando su almuerzo con un vaso de vino de Oporto o Madera; desviándose de las costumbres inglesas de tomar el té o café después del almuerzo.

En viaje y fuera de puerto, su almuerzo sólo se diferenciaba en la carne fresca, o en los huevos, si no los había superando estas faltas con tomar jamón, o tocino de Holanda frito; en este caso agregaba a este manjar los encurtidos ingleses que vienen en tarros.

A las doce, con la misma exactitud, debía estar la mesa puesta con la comida, que por lo general era frugal, pues el general a mediodía era de bastante alimentación; la sopa de su predilección en el puerto, cuando había carne fresca, era de cebada inglesa de la más fina, lo que los ingleses llaman (pe-sup), y en viaje con la carne salada, que por lo general sólo se cuece con el tocino inglés, la alberjilla holandesa: que es una sopa sustanciosa y se amolda al buen gusto con el tocino.

Los demás platos en carne fresca: el asado a la inglesa en un gran pedazo hecho al horno económico algo crudón hasta salir de su interior la sangre, con papas y bastante sal-

sa sustraída de la misma carne; y en viaje la suplantaba con un gran pedazo de carne salada de Holanda, con papas cocidas en el orden ya indicado que debían venir a la mesa naturales con otros platos que es inoficioso detallar que la que antecede la refiero para demostrar que este hombre, a pesar de su larga residencia en este país conservaba sus costumbres en alimentación y usos los de su primitiva patria, tomando siempre por postre el budín con pasas de Corinto y sus ingredientes de composición de coñac, grasa de vaca y una pequeña dosis de azúcar, que hecho en una masa flexible envuelta en una limpia toalla de algodón, que es preferible al hilo se cuece solo en una vasija hirviéndolo bastante hasta estar bien cocido se ponía en la mesa caliente el cual con una salsa preparada para mezclarlo en la cantidad que comía compuesta de vino Oporto o Jerez era su manjar agradable como postre, pues nunca hacia uso del dulce, pues sólo alternaba algunas veces con el queso inglés. Del sobrante del budín pues por lo general era de tres libras de peso, a la tarde el hacia su cena con tajadas delgadas del mismo budín fritas en manteca inglesa de cuñete, las cuales bien tostadas las tomaba con el té lo cual en regular cantidad hacia de esto el alimento de cena, no tomando otro alimento hasta la mañana siguiente: Pues durante la noche en aquellas que el general tenía que estar de pié y atender a la navegación, tomaba una que otra vez una taza de café de cebada inglesa tostada que suple e imita al café de Habana, o Brasil, siendo más saludable según él lo decía: Pues era enemigo del verdadero café (que decia: Los ingleses me quisieron envenar en las Antillas cuando me tomaron prisionero, con este líquido) del cual no daba a las tripulaciones ración de café, y si lo toma-

ban tenían que comprarlo, que a pesar de no gustarle que la gente lo tomara, no lo prohibía; más siempre en sus habituales manías del veneno, decia que el café era un veneno.

Esta regla en sus alimentos no la variaba, salvo en aquellas ocasiones en que se trasbordaba de un buque a otro por las necesidades del mejor desempeño de las operaciones de guerra; mas como estas eran rápidas y perentorias, pronto volvia a la Capitana que era su buque predilecto el Belgrano (pues él decia mi Belgrano).

En su campaña naval, fué este buque la Capitana, y sólo en la suba del Paraná lo dejó por su mucho calado trasbordándose primero al bergantín Echagüe y más tarde a la Nueve de Julio (Alias Palmar) en la cual mandó la acción de Costa Brava.

Está dicho lo bastante con respecto a la sobriedad de su alimentación. Pues como está dicho él no bebía bebidas espirituosas, más que el vino muy regular y necesario en el acto de su manjar.

Su modestia en traje y manjares eran singulares: De uniforme sólo se le veía el día del combate, en cuyo acto se presentaba de toda gala, mostrando todas sus condecoraciones, su elástico, y su invicta espada; terminaba la acción, tornaba el general a su hábito usual, distinguiéndose sólo en su gorra de galón a lo marino, la cual no abandonaba, de su cabeza aún bajo del agua y el temporal, cambiándola así cuando el agua ya la ha humedecido a fin de conservar siempre su cabeza seca.

Sus órdenes, como todas sus relaciones con sus subalternos eran siempre afables: Revelando la modestia: Y sólo en los casos imperiosos del servicio era enérgico y terminannante revelando su autoridad.

Religioso en sus creencias católicas, sin imponerlas a bora nadie, por cuanto cada uno las observaba según su conciencia: No se usaba como en otras armadas extranjeras en las cuales los domingos tienen establecido horas de misa, según las religiones de Estado; Brown el domingo, dejaba que su tripulación lo observara como mejor fueran sus creencias religiosas; así era que en ese día la gente fondeada el Puerto tan sólo se le obligaba a vestir de limpio, y a la Oficialidad con el mejor traje; al buque lo diferenciaba con cruzar sus vergas de juanete, enarbolar la mejor y más grande de las banderas como igualmente la corneta de su insignia: No permitiendo ningún trabajo a bordo exceptuando a aquellos que en orden a la seguridad suprema que se hacen necesarios a las naves que flotan sobre el agua.

El general en estos días se le veía contraído en su camarote o cámara distraído en lecturas religiosas; y si subía en cubierta se paseaba al costado de estribor solo, muy rara vez hablaba con nadie. A más de estos hábitos religiosos, sabido es que él hacia donación mensual de una parte de sus haberes a las Monjas Catalinas; a las cuales hacia esta donación en aras de sus creencias, teniendo especial empeño en que se les entregara aunque sus sueldos no hubieran salido de Tesorería. Algunas veces el que relata estos apuntes le ha oído decir que aquellas mujeres confinadas en un claustro eran más dignas de su aprecio que muchas de las que en las calles lucian su lujo.

A más de esto tenia por costumbre al acostarse, fuese a la hora que fuese se persignaba.

Su dormir era a veces tranquilo, notándose algunas veces, y siempre como signo de su próxima manía, que algunas noches era muy soñador; al extremo de alarmar a su

camarero: Una de estas noches el referido despensero se acercó en puntas de pies a la puerta de su camarote a escuchar un monótono dialogo que decia medio dormido: ¿Por qué, Dios mío, permitís que me envenenen?

Su despensero creyéndolo despierto guardó sigilo, pero observó que al instante seguido calló y roncaba como totalmente dormido y no se notó hasta la siguiente mañana ninguna alteración en el sueño. Al amanecer de esa noche, al aclarar, el general se levantó precipitadamente, no quiso tomar su té, y se expresó de esta manera: A bordo hay envenenadores: Yo los voy a castigar, esto diciendo se paseaba en su Cámara; y en estos instantes saliendo de su camarote de la segunda cámara el oficial Alvaro Alzogaray que hacia entonces de su Secretario, y fué entonces cuando lo mandó encerrar en su alcoba arrestado a pan y agua como ya está referido por el mismo autor de estas líneas, y comprobado por cartas existentes del finado Coronel Toll a este respecto.

Creo ser lo suficiente, y no abundar en este relato; dejo al estudio de una autoridad más competente las observaciones filosóficas, que agregados estos relatos a los ya hechos sobre sus manías que tanto han dado que hablar al estudio del espíritu del alma de este hombre cuya vida en sus dos tercios consagró en Cuerpo y alma en servir a su patria adoptiva la *"República Argentina"*.

Los hijos de esta tierra sabrán algún día estimar los importantes hechos de armas con qué él contribuyó a afianzar la existencia de la Nación.

Los filósofos se encargarán de la parte moral y espiritual de su alma: A mí sólo me compete decir: Que lo consideré y le tributé respecto: 1º por su valor e intrepidez,

2º por cualidades en partes desarrolladas, y por mi reconocidas practicamente como testigo ocular, 3º por los sentimientos benévolos de humanidad: Por cuanto jamás ejerció actos de tiranía, aun con sus enemigos. Es el único tributo que a mi me compete rendir a su memoria: — 1º Por patriotismo Argentino por sus relevantes servicios, 2º Por ser un deber tributar respeto a los hombres a cuya alma se amoldaba la de Guillermo Brown.

Buenos Aires, Abril 14 de 1881.

S. J. R. Gonzálvez.

INDICE DEL TOMO II

INDICE DEL TOMO II

LA MELANCOLIA DEL Dr. FRANCIA

CAPITULO I

Juicios sobre el dictador Francia emitidos por diversos autores: Rengger y Longchamp, Moreau de Tours, etc. —Los padres de Francia.—Su origen y antecedentes.— La niñez.—Primeros síntomas de locura.—Incidentes íntimos.—D. Martín Arámburu.—En la Universidad de Córdoba.—Influencia de la educación que recibió allí, sobre su enfermedad.—¿Qué era la Universidad de Córdoba y cómo pudo influir de una manera tan poderosa? —El Colegio de Montserrat.—Opinión de Funes.—Influencia de la educación en el desarrollo de los trastornos mentales.—Cómo iba acentuándose su melancolía.—Síntomas avanzados.—Episodios de su vida de colegial.—Contextura moral de los educandos de Loreto y Montserrat.—Sus entretenimientos.—Otros síntomas. 9

CAPITULO II

Llegada de Francia al Paraguay.—Nuevos síntomas.— Ataques de hipocondría.—El Dr. Gauna.—Retrato de Francia.—Sus trajes.—Sus hábitos.—La organización interna de su casa.—Acentuación de su enfermedad.— Accesos de furor.—Sus sobrinos y su hermana.—La dispepsia.—Efectos de la dispepsia sobre su espíritu.— Síntomas neuropáticos de los dispépticos.—Delirio de las persecuciones.—Desfallecimiento de sus facultades.

—La *Cámara de la Verdad*.—Sus sueños mórbidos.—Efectos de ellos.—Su constipación habitual.—La melancolía termina su evolución.—Derrame seroso.—Decrepitud.—Muerte de Francia.—Estigarribia.—Sultán 31

CAPITULO III

Los íntimos.—Los chambelanes.—Los heraldos y los verdugos.—Bejarano.—El médico Estigarribia, su retrato, su vida y sus talentos.—La terapéutica de las enfermedades de Francia.—Sus insomnios y su constipación.—Preocupaciones de Estigarribia.—Patiño.—Sistema penal de Francia.—El gabinete de estudio.—Su ama de llaves.—El perro Sultán.—El negro Pilar.—Los cuervos.—Extravagancias dolorosas.—Matanzas de perros.—Ejecuciones.—Servilismo.—Sus únicos amigos.—Minuciosidades administrativas.—Conclusión 55

EL ALCOHOLISMO DEL FRAILE ALDAO

CAPITULO IV

Efectos del alcoholismo.—Casos notables.—La dipsomanía, su origen, su rol en el alcoholismo.—Dipsomaníacos célebres.—Impulsiones irresistibles.—La antropofagia.—El alcoholismo y la parálisis general.—La embriaguez en Europa, según las últimas estadísticas.—Los trabajos de Magnus Huss.—Influencia del alcohol sobre ciertos acontecimientos políticos.—Salomón y la Mazorca.—El consumo de alcohol durante la tiranía de Rosas.—Quiroga.—Francia.—Artigas, etc., etc., etc.—La dipsomanía del Fraile Aldao.—Sus enfermedades físicas.—Su origen y sus primeros años.—Guardia-Vieja.—Importancia médica de este acontecimiento.—Cómo obraba el alcohol en el Fraile.—Episodios de sus borracheras.—Exaltaciones manfacas.—¡Sangre! ¡Sangre!—Depresión moral.—Embrutecimiento.—Alucinaciones.—Muerte del Fraile 77

EL HISTERISMO DE MONTEAGUDO

CAPITULO V

Predisposición del organismo para los trastornos de la inervación.—Letourneau.—*El hombre nutritivo, el hombre moral, el hombre sensitivo.*—Temperamentos.—Principios de la histeria.—Descripción.—Resumen de su sintomatología.—La educación y la posición social.—Rasgos histéricos de Monteagudo.—Su esmero y cuidados en el arreglo de su persona.—Su tipo.—Retrato hecho por el Dr. López.—Sensualismo histérico.—Sibaritismo.—Su contextura moral según el autor de la Historia de la Revolución Argentina.—Sus excesos.—Su manera de vivir.—Síntomas múltiples del lado de la inteligencia.—Falta de síntomas físicos.—Escasez de datos con respecto a su vida privada.—Su hijo.—Sus trajes, etc., etc. 109

CAPITULO VI

Rasgos fundamentales de la histeria.—La movilidad de ideas, la volubilidad de sentimientos, la extremada excitabilidad del sentido genésico.—La Grasser, tipo de la histérica consumada.—Su vida, su enfermedad.—Cuáles eran los síntomas capitales que predominaban en Monteagudo.—Monteagudo monárquico y aristócrata.—Monteagudo demagogo.—Monteagudo republicano, demócrata, monárquico nuevamente, etc., etc., etc.—Brusquedad de sus cambios afectivos.—Odios y amores brutales.—Descenso súbito de su nivel moral.—Exaltación de su sentido genésico.—Antecesores históricos.—Cómo entendía Monteagudo el amor.—Sus fantasías.—Sus olores y sus plantas favoritas.—Terapéutica de su enfermedad.—El café y el agua fría 129

DELIRIO DE LAS PERSECUCIONES DEL ALMIRANTE BROWN

CAPITULO VII

Síntomas prodrómicos de la melancolía.—La *hipocondría corporal* y la *hipocondría mental*.—Fisionomía de los melancólicos.—El delirio de las persecuciones es una manifestación frecuente de la melancolía.—Temores nosomaníacos.—Análisis de enfermedades imaginarias.—Cómo principió Brown a sentirse perseguido.—Las primeras extravagancias.—Patología del *delirio de las persecuciones*.—Opiniones de Legrand du Saulle.—El cocinero de Brown.—La casa del Almirante.—Episodios de su vida.—Explosiones de perseguido.—El veneno.—Las persecuciones del gobierno inglés.—Sus complots.—Diagnóstico de D. Juan Manuel.—El *viejo Bruno está loco*.—*Alucinaciones* del oído.—Situaciones dolorosos.—En su castillo.—Sus preparativos para resistir ataques de enemigos imaginarios 155

CAPITULO VIII

Frecuencia del delirio de las persecuciones.—Estadística de los autores franceses.—Etiología del delirio.—Edad, sexo, profesiones.—Causas.—Herencia.—Grandes disgustos y grandes privaciones.—Otras causas.—Primeros años de Brown.—Antecedentes de familia.—Predisposición de familia.—El hambre en Irlanda.—Efectos del hambre.—Predisposición de raza.—Prisión en Verdún y en Metz.—Sus desgracias y sus grandes disgustos antes de venir al Río de la Plata.—Enfermedad al hígado.—Ultimos años de decrepitud.—Encierro.—Influencia de las enfermedades del vientre en la producción del delirio de las persecuciones.—Fin 187

LAS PEQUEÑAS NEUROSIS

CAPITULO IX

Frecuencia de las pequeñas neurosis.—Encuentros inesperados.—En medio de la luz.—La pequeña neurosis del amor.—Los seductores.—Los pintores.—Los literatos, etcétera, etc.—La neurosis de las aptitudes negativas.—Ejemplos conocidos.—Opiniones de Ball y de Luys. Patogenia de las pequeñas neurosis.—Resortes ocultos.—Alteraciones parciales.—Rivadavia.—Olavarría.—Quiroga.—Lafinur, etc., etc., etc.—La enfermedad de Pascal.—El terror de los espacios.—Variedades 211

Imp. A. Contreras,
Av. de Mayo 1351

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00004285295